



NEBULAE

*J.H. Rosny Ainé*

**LA FUERZA  
MISTERIOSA**

Lectulandia

“La fuerza misteriosa” es una de las novelas del mayor de los hermanos Rosny, contemporáneo de H. G. Wells y junto a Julio Verne, el escritor del género ciencia ficción más conocido.

Escrita en 1913 en “La fuerza misteriosa” un científico y su ayudante detectan extrañas variaciones de la luz solar que alteran de forma notable el comportamiento humano. La perturbación de la luz provoca revueltas, asesinatos, primero en París, y después en el resto del mundo. Un viejo científico y su ayudante se reúnen con la hija y los nietos del profesor para intentar salvarse de la brutal caída de la temperatura, los actos violentos y la neblina que invade el mundo. Un profundo sueño, cercano al estado de congelación quizá los salve.

Rosny, al tanto de los descubrimientos científicos de su época, no se ocupa tanto de ellos en esta novela, como de mostrar los esfuerzos de concordia y solidaridad entre los humanos para conjurar el peligro. El protagonista de “La fuerza misteriosa” es así un científico puro, que ocupa el lugar de los sacerdotes en las viejas religiones cuya misión será salvar a la humanidad del caos.

**Lectulandia**

J. H. Rosny Ainé

# **La fuerza misteriosa**

**Nebulae - Primera Época - 82**

ePub r1.0

Thalassa 07.04.17

Título original: *La Force Mystérieuse*

J. H. Rosny Ainé, 1913

Traducción: Antonio Ribera

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

## LA ENFERMEDAD DE LA LUZ

La imagen de Georges Meyral parecía estar atravesada por zonas brumosas que tan pronto se encogían como se ensanchaban débilmente; parecía menos luminosa de lo que hubiera debido ser.

—¡Esto es inadmisibile! —rezongó el joven.

Después de examinarlas, constató que ambas bombillas eléctricas eran normales, y secó el espejo. El fenómeno persistía. Y continuó persistiendo cuando Meyral hubo reemplazado una tras otra ambas bombillas.

—Le sucede algo al espejo, a la electricidad o a mí.

Al mirarse en un espejo de mano, comprobó idénticas singularidades; además, el espejo era irreprochable. Para eliminar la posibilidad de que se debiese a un defecto de su propia visión, Georges llamó a su criada para todo. Aquella criatura huraña, de rostro abrasado y ojos de pirata, acudió a examinar su propia imagen. De momento, ella nada observó, pues casi había perdido el sentido de la coquetería; luego, sin que él le hubiese indicado nada, declaró:

—Diríase que hay unas rayas y además un pequeño vaho.

—¡Mis ojos son inocentes! —observó Meyral—. Marianne, tráigame una vela.

Dos minutos después, a la luz de la vela, el fenómeno se confirmaba, agravado por una condensación de las zonas; se reprodujo en las diversas piezas de la casa... Así, no podían hacerse responsables de cualquier anomalía peculiar ni a la electricidad, ni al espejo, ni a los ojos de Meyral. Había que recurrir a conjeturas de carácter más general. Éstas afluían en tropel. Era lógico pensar ante todo en que a la luz le ocurriese algo singular. ¿Pero qué demostraba que la perturbación no se extendiese al conjunto del medio ambiente? ¿Y dónde terminaba este medio ambiente? Podía ser la casa, la calle, el barrio, toda la ciudad, Francia, Europa...

Meyral se sumió en un ensueño apasionado. Era un hombre de treinta y cinco años, de la clase delgada y musculada. Los ojos impedían darse cuenta, de momento, de su cara: aquellos ojos de color de berilo, con estrellitas andarinas, eran vigilantes pero distraídos, y pasaban de una confianza excesiva a la inquietud o la sospecha. Su boca escarlata revelaba un alma de niño, la frente estaba inundada por una cabellera formada por copos y espirales, que sólo obedecía al cepillo metálico.

Meyral era uno de estos sabios para quienes el laboratorio es un campo de batalla. Atraído por el mundo corpuscular, por las profundidades del «subsuelo», buscaba el Génesis en mezclas atrevidas, en el seno de la evolución salvaje y brumosa de los coloides. La anomalía que acababa de descubrir lo sumía en una de aquellas crisis de exaltación en que creía entrever «los otros planos de la existencia».

Sin embargo, tenía prisa. Debía ir a visitar a Gérard Langre, su maestro, a quien admiraba por encima de todos los hombres. Terminó su aseo, sin olvidar llevarse un

espejo de bolsillo. Por tres veces se detuvo ante otros tantos espejos para contemplar su imagen. Mientras se examinaba, cerca de la camisería Revelle, una voz de cristal rajado le interpeló:

—¿Te encuentras guapo, simpático?

El vio a una joven de ojos burlones y patéticos a la vez.

—¡No me miro a mí! —repuso distraídamente.

—¡Ah, vaya! —exclamó ella—. ¿Miras a tu padre?

—¡El fenómeno persiste!

—¡Ya lo creo que persiste! ¿Y también me invita, el fenómeno?

Meyral se echó a reír.

—Yo te invito si quieres mirarte con atención en este espejo y decirme lo que ves.

Ella le miró asustada:

—¡Está chalado!

Sabiendo que a los locos hay que seguirles la corriente, la joven obedeció de buena gana:

—¡Bueno, pues ya me miro!

—Presta mucha atención.

Ella así lo hizo con la mejor voluntad.

—¿Qué ves?

—¡Qué quieres que vea! Mi cara... —¿Sin nada de particular?

La muchacha parpadeó varias veces.

—Dijérase que hay unas rayitas que no son corrientes.

—¡Bien! —dijo Meyral sonriendo—. Este es el fenómeno. Toma, para que bebas algo.

Y le entregó un billete.

En las terrazas había cierta excitación; muchas personas chillaban. En la esquina de la calle Soufflot, unos guardias intervinieron en un altercado.

—¡La humanidad es irascible!

El joven llegó a casa de Gérard Langre en el mismo instante en que sonaban las nueve en Saint-Jacques-du-Haut-Pas. El físico acudió a abrirle la puerta personalmente. Era un anciano excitable y fatigado, cuya cabeza se inclinaba hacia la derecha; su cabellera era enorme y tan blanca, que lo conocían por el apodo de *el Faro*.

—Tengo a la criada en cama —dijo—. Tiene un ataque de hígado y horribles presentimientos.

—¿Por qué tiene usted una criada tan lúgubre?

—La alegría me enerva.

Langre llevaba una vida desorbitada. Sus rencillas con los universitarios le habían dado una juventud muy difícil. Lleno de genio, dotado de la terquedad y la destreza de los grandes experimentadores, conoció la amargura terrible de verse adelantar por hombres inspirados en sus descubrimientos o en sus comunicaciones. Trabajaba con

aparatos tan rudimentarios y con tal penuria de materiales, que sólo alcanzaba sus objetivos gracias al milagro de su obstinación, de su vigilancia y de su agilidad profesional. Una visión exaltada suplía la miseria de sus laboratorios. Su peor derrota, la que le corroía el alma, fue la del diamagnetismo rotatorio. Realizaba diversas experiencias que hubieran elevado el diamagnetismo al rango de los fenómenos directores, cuando condujo a Antonin Laurys a su laboratorio. Laurys, admirable asignador, era conocido por tres o cuatro descubrimientos menores, de orden parasitario. En una obra de colaboración conjunta, aquel joven sabio podía prestar servicios inmensos. Pero le faltaba la vista que atraviesa las nubes. Reducido a sí mismo, hubiera acumulado los trabajos que completan o precisan y especialmente las «variantes». Encantaba a Langre por su comprensión elocuente y por sus elogios, de los que el pobre hombre, molido de fatiga y ahído de injusticia, tenía la más urgente necesidad. Una mañana, presa de un súbito deseo de confidencias, Langre refirió sus miserias, exhibiendo el precario instrumental con el que estudiaba el diamagnetismo rotatorio. Había obtenido dos resultados al propio tiempo característicos y detestables. Contrariamente a su costumbre, Laurys no pareció comprender muy bien. Sus elogios quedaron de lado, su admiración se asió a puntos tangenciales. Tres meses más tarde, comunicó a la Academia de Ciencias un descubrimiento capital que no era otro que el descubrimiento de Langre, *pero incontestable*, rodeado de todas las garantías que ofrecen los experimentos realizados con aparatos excelentes y materiales de primera calidad. Abrumado, luego febril y loco de indignación, Langre protestó con vehemencia.

El plagiaro respondió de manera modesta y deferente, distribuyendo al propio tiempo notas anónimas en que recordaba las anteriores reivindicaciones de Langre y sus polémicas con los universitarios. Al divergir, la querella se oscureció. Gérard fue tildado de espíritu malhumorado, pronto a dejarse llevar por ilusiones y acostumbrado a lanzar acusaciones temerarias. Salieron en su defensa dos o tres jóvenes oscuros, que tenían cerradas las puertas de las revistas más importantes, y perdió el descubrimiento capital de su vida como se pierde una herencia. Jamás se consoló. En su vejez, desprovisto de honores y dotado de este renombre inseguro que sólo reconocen algunos pobres diablos acrimoniosos y algún que otro entusiasta solitario, pobre, cansado, enfermo, se enfurecía al ver a Laurys colmado de prebendas, tapizado de condecoraciones y saturado de una gloria que prometía ser inmortal. Con todo, el vencido contaba con Georges Meyral, y semejante discípulo lo llenaba de orgullo.

—Ha hecho usted muy bien en venir —dijo tras un silencio—. He tenido el día lleno de siniestras obsesiones y una amarga hipocondría.

Estrechó con ambas manos la diestra de Meyral; sus ojos palpitaban, ardientes, hundidos y lamentables.

—¡Estoy tan cansado y tan solo! —balbució con una especie de vergüenza—. Había momentos, durante el crepúsculo, que sentía pasar por mi frente aquel viento

de imbecilidad de que hablaba Baudelaire.

—Yo también me he sentido anormal —contestó—. Como si hubiese tomado demasiado café. Mi doncella se ha mostrado particularmente excitable: hablaba sola. Además, esta tarde la gente estaba muy soliviantada...

Viendo *Le Temps* sobre una mesa lo tomó diciendo:

—Discúlpeme usted, mi buen amigo.

Desplegando la amplia hoja, repasó las columnas.

—Efectivamente... La agitación humana ha aumentado, como los suicidios, la locura, los asesinatos. Ayer ya era perceptible.

Gérard, impresionado, se inclinó sobre el periódico. Reinó un breve silencio, lleno de emoción.

—Usted nunca habla a la ligera —dijo el anciano—. ¿Cual es su opinión?

—Creo que ocurren cosas insólitas en este rincón del planeta. ¿Se ha mirado usted al espejo?

—¿Al espejo? —dijo Langre, sorprendido—. Tal vez esta mañana, para peinarme.

—¿Y no ha observado nada?

—Nada. Bien es verdad que me observo de manera distraída.

Meyral, tomando una de las dos lámparas que iluminaban la estancia, fue con ella ante el espejo.

—Mire.

Langre consideró su imagen con la atención precisa de un investigador.

—¡Ah, diablo! —gruñó—. Hay unas zonas... —¿No es verdad? *La luz tiene algo*. No podría decir desde cuando... Me he dado cuenta de ello hace poco, cuando acababa de vestirme para salir...

—¿Ha realizado usted las pertinentes comprobaciones?

—Me he limitado a comprobar la existencia del fenómeno... incluso lo he comprobado por el camino, ante la camisería Revelle.

Los dos hombres meditaban, con aquel aire brumoso y casi embrutecido de los sabios absortos en cábalas y conjeturas.

—¡Si la luz está *enferma* —continuó por fin Langre— bien será preciso saber qué tiene!

Y se dirigió hacia una mesa sobre la que se discernía un gran surtido de aparatos ópticos: prismas, lentes, placas de vidrio, de cuarzo, de turmalina, de espató de Islandia; nicoles, espectroscopios, espejos, polariscopios...

Langre y Meyral tomaron sendas placas de vidrio, con el fin de comprobar si la luz refractada confirmaba la anomalía que mostraba la luz reflejada. De momento nada se observó. Al cabo de un instante Gérard, y después Georges, creyeron observar cierta nebulosidad en los bordes de las imágenes. Recurrieron a pilas de placas: la nebulosidad se acusó, los contornos de la imagen se divisaron finamente.

—Una débil anomalía —murmuró Langre—. Era de esperar, pues los medios refractados del ojo no nos la señalan.

Meyral pegaba un hilo negro sobre una de las placas. Después de haber orientado de diversas maneras las láminas, observó:

—Es perceptible una doble refracción, pero el índice extraordinario difiere apenas del índice ordinario... y como no hay ni señales de eje, me veo obligado a suponer que cada uno de los rayos sigue las leyes de Descartes.

—¿Que no hay eje? —gruñó Langre—. ¿Que no hay eje? ¡Esto es absurdo, muchacho!

Frunció las cejas con irritación.

—Nada permite suponer un eje. Sea cual sea la orientación que intento, las imágenes permanecen inmutables.

—Entonces, tal vez cabría imaginar una doble refracción en un medio isótropo. Esto es una locura.

—Sí, provisionalmente esto es una locura —convino Meyral.

Gérard revolvió el montón de vidrios con humor. Sus ojos penetrantes parecían los de un ave rapaz. Por último, después de comprobar muchas veces la distancia de las imágenes con ayuda de proyecciones micrométricas, gimió:

—¡Es una locura! ¡Es una locura! Ambos rayos siguen las leyes de Descartes.

Con gesto furioso tomó una placa de espato de Islandia y la depositó sobre un folleto.

Una inmensa consternación le contrajo el semblante; sus manos se elevaron hacia el techo:

—¡Hay *cuatro* imágenes!

—¡Cuatro imágenes!

Ambos permanecían boquiabiertos en un silencio en el que se mezclaban la curiosidad, el espanto y la angustia.

Fue Gérard quien tomó nuevamente la palabra:

—¡Nuestro asombro es estúpido! La segunda experiencia es la demostración de una lógica dentro de la extravagancia. Como el vidrio da dos imágenes, fatalmente el espato debe dar cuatro.

—Todas las imágenes actuales deberíamos parecerlos dobles —observó Georges—. Sin duda la diferencia de índices es demasiado pequeña para ser captada por la retina.

—¡Y esto sin contar con nuestros condenados poderes de acomodación! —gruñó el otro sabio.

A tiempo que decía esto, dirigió un haz de rayos paralelos sobre un prisma de cristal de plomo, mientras que Georges recibía el «espectro» sobre una pantalla.

—La invasión es visible. El rojo se extiende sobre el anaranjado... y el amarillo sobre el verde.

Produce la impresión de que se sobreponen imperfectamente dos espectros casi idénticos.

Entre tanto Meyral se había aproximado a un aparato de polarización rotatoria; asestó un haz de rayos rojos.

—No hace falta que pregunte por el resultado —exclamó el anciano—. No consigue obtener su extinción... —Exactamente.

—*Ergo*, la luz está positivamente desdoblada en todo el curso del espectro... *¡y esto no es un fenómeno de refracción!*

—No —asintió pensativo Georges—, no, no es un fenómeno de refracción. Cada rayo parece poseer una vida independiente, refractándose y polarizándose aproximadamente como su rayo gemelo. Hay una ligera, una ligerísima desigualdad en el punto de partida, o sea en los índices normales de refracción, pero hasta el momento, no constatamos ninguna otra diferencia. Es un misterio desconcertante.

—Es un misterio espantoso, una negación intolerable de toda nuestra experiencia, y no entreveo ni siquiera la sombra de una explicación, pues en resumidas cuentas el problema es éste: *si tenemos una luz, supongamos que se desdobla sin intervención de la refracción o la reflexión, sin recurrir a una polarización*. Estamos en plena aberración.

—Observemos de todos modos —apuntó tímidamente Georges Meyral— que, en su conjunto, la intensidad de la luz parece haber disminuido. Ello quiere decir que la luz se ha desdoblado, cierto, pero también se ha debilitado. Además, este desdoblamiento ha podido hacerse a expensas de una parte de la energía luminosa disponible.

—¿Y qué explicación cabría dar a ello? —exclamó Gérard con tono agresivo.

—¡Ninguna! —admitió el joven—. Al menos, esto tiende a salvar el principio de la conservación.

—¡Me importan un bledo los principios de conservación en este caso! Más bien me molestarían... Prefiero la idea de una intervención energética exterior, culpable de la enfermedad de la luz. Así, al menos, podría esperar sorprender a la energía perturbadora en el semicírculo. Mientras que si hay pérdida... —¿Y por qué ha de ser inaprehensible esta pérdida? ¡No hay ninguna dificultad en hallar un residuo!... Y la pérdida tampoco niega una intervención exterior.

—¡Bah! Todas las hipótesis parecen pueriles. Experimentalmente, apenas hemos rozado el problema... Lo que sucede es algo tan grandioso, que temo haber estado hablando a tontas y a locas. ¡Trabajemos!

—¡Trabajemos! —repitió Georges con la misma exaltación que dominaba al anciano.

Se acercaban a la gran mesa para continuar sus experiencias, cuando un timbre agudo resonó en el corredor.

—¡El teléfono!... ¿A esta hora? ¿Qué primate puede tener algo que decirme?

Y Langre se dirigió al aparato con una mirada rencorosa.

—¡Diga! ¿Quién es?

—Yo... Sabina. Ven en seguida. Tiene una peligrosa crisis de neurastenia... ¡Casi está loco por completo!

En el receptor sonaba una voz angustiada que hizo palidecer al físico. No se

entretuvo en pedir explicaciones.

—Huye, toma un automóvil y ven aquí.

—Es imposible. Me ha encerrado con los niños... Solamente tú puedes hacer algo. No escuchará a nadie más...

—¡Pues bien, ya voy!

Langre soltó el teléfono y se precipitó a su laboratorio.

—¡Mi hija me llama! —exclamó—. ¡Ese miserable Pierre se ha vuelto loco! Espéreme aquí.

—Prefiero acompañarle. Tal vez tenga necesidad de ayuda.

Langre no aceptó inmediatamente. Como suele suceder a los caracteres emotivos, su inquietud se hizo de pronto intolerable; sentía verdadero vértigo. Pero esto fue de breve duración.

—Sí, venga —dijo—. Siente cierta amistad por usted. Entre ambos lo calmaremos.

Para añadir, pensativo:

—¿No estará ya loco?

—¡Puede estarlo *esta noche!*... Mientras el automóvil los conducía, Langre pensaba en aquel desdichado matrimonio que contribuía a agravar su melancolía. Siempre había censurado la elección hecha por su hija, que le parecía incomprensible. ¿Por qué había preferido aquel personaje taciturno e hipocondríaco a tantos otros? Pierre Vérannes era un hombre sin gracia, de carácter intratable, de humor brutal, cuya inteligencia no se elevaba sobre la del rebaño.

—¡El misterio de las preferencias! —suspiró el padre.

No era el misterio de las preferencias. En la clara Sabina, nada se ajustaba a las calidades y a los defectos de Vérannes. Ella no amaba a su idiosincrasia. Y, ante todo, *no fue ella quien lo escogió*. Fue él quien la quiso, con una energía salvaje, con una terquedad intolerable. Para conquistarla, supo refrenar su grosera impaciencia, domeñar sus frenesíes y disimular su rudeza. No exhibió más que su melancolía. Humilde y sombrío, parecía un gran drama humano; aportó el infinito de la inquietud, el sacrificio y aquel aspecto de entregarse a la muerte que trastorna a las mujeres. Lo fugaz de sus entrevistas, su porte temeroso y furtivo, en lugar de perjudicarle le fueron favorables, pues permitían una extremada densidad de emoción, disimulaban la torpeza, las fisuras, las heces del alma, disponían las frases incompletas y daban un sentido sutil o misterioso a los gestos... Tuvo además a su favor la juventud de Sabina y las vicisitudes. Ella conocía demasiado bien, a causa de la vida destrozada de su padre, la historia de los sufrimientos injustos, la leyenda de las grandezas despreciadas. Los rasgos de aquel hombre, su acento, sus gestos, sus modales jadeantes, la palidez ardiente de los celos correspondían extrañamente a esta leyenda. El temblor se apoderaba de Sabina al pensar que pudiese portarse con Pierre como la sociedad se había portado con Langre.

Su alma patética vivió aquel drama; la ilusión fue total, pues amó a Vérannes. No

lo amó como hubiera amado a un hombre de más matices y más adaptado a su naturaleza, pero de todos modos se enamoró de él. El azar social es tan limitado como complejo. Los que han sido hechos los unos para los otros se rozan por las calles, en el teatro y en los salones pero, a pesar de hallarse tan próximos, se encuentran a distancias inconmensurables... o más bien dicho, los separan aislantes sutiles. Además, las elecciones son falsas. Una oscura fortuna las determina y en ella nuestra propia acción es negligible... Vérannes correspondió en suerte a Sabina porque las combinaciones de horas, de encuentros y otras coincidencias así lo decidieron.

Pero no tardó en pagarlo. Encadenada, objeto de los despiadados celos de aquel hombre, asfixiada por la inquietud, le tocó vivir la vida consumida de las mujeres rodeadas por la sospecha. A causa del amor de su compañero, se convirtió en una pequeña criatura temblorosa, que no tenía seguridad ni de día ni de noche, ni entre sus semejantes, ni en el pequeño desierto del hogar, ni en las caricias, ni en el trabajo. En el vasto mundo y en el mundo íntimo, sólo la asediaban peligros. Tanto una palabra como un silencio, un gesto como una lectura, una estrella como la luz de una lámpara, todo excitaba a la fiera. Había días en que todo sugería la paz, la serenidad y la confianza. No se habían separado ni un minuto. No habían visto a nadie. Sus pasos no salían del jardín... el cárdeno atardecer moría deliciosamente en la noche negra... Y de todos modos nacía la sospecha, como una llamita al extremo de una brizna de hierba; crecía, penetraba en toda el alma de Pierre, la llenaba de choques odiosos y siniestros...

Vinieron dos niños, que no consiguieron curar a aquel hombre sombrío. Aunque no era muy perspicaz fuera de sus retortas, de sus microscopios y sus bobinas, Langre terminó por conocer la desdichada historia de su hija. Cuando ella vio que lo sabía, le faltó valor para seguir disimulando. Su padre intervenía de manera intermitente; Vérannes temía a aquel viejo alto y huesudo, de cuya valía se percataba confusamente y cuya amarga elocuencia lo hipnotizaba.

## II

# LA NOCHE ROJA

El automóvil corría a gran velocidad. La gente lo injuriaba a su paso; las bocacalles vomitaban seres furibundos; el chofer hacía gestos superfluos, movía la cabeza como un demente o respondía a los vituperios con gritos roncOS y bocinazos.

—¡El desgraciado se exalta! —murmuró Meyral cuando llegaron al puente del Alma.

Él mismo sufría una especie de embriaguez; los ojos de Langre brillaban salvajemente bajo las gruesas cejas blancas. Aquella hiperestesia inquietaba tanto más al joven cuanto que parecía aumentar... No se sorprendió al ver, en la avenida Marceau, cuatro transeúntes bien vestidos precipitarse unos contra otros repartiendo furiosos bastonazos. Una mujer se echó ante las ruedas del automóvil con un lúgubre alarido y el chofer, que la esquivó por milagro, se puso a reír como una hiena. Ante el Arco de Triunfo se organizaba un gran tumulto; varios centenares de individuos acosaban, vociferando y blandiendo armas, a varios agentes de la autoridad con aspecto de moloso. De pronto los gritos se hicieron espantosos: un automóvil, después de haber atropellado a muchas personas, proyectó a su conductor entre la multitud.

Esto no fue más que una visión momentánea. Ante ellos, la avenida del Bosque de Bolonia abría su amplia perspectiva; el automóvil corría como un coche de carreras, otros bólidos pasaban rugiendo en la penumbra y de casi todos los cristales chorreaba la luz.

—La fiebre se extiende —gruñó Meyral con una «melancolía exasperada»—. La demencia siega la humanidad como una carga de caballería.

El taxi se detuvo en la calle Marteau, ante un hotelito construido con piedras molares que alternaban con ladrillos rojos. Lo antecedía un raquítico jardín, en el que se distinguían un álamo, unos tejos y malvarrosas.

—¡Espérenos! —dijo Gérard al taxista.

El hombre hizo una mueca truculenta:

—¡Como usted quiera! —respondió con voz ronca—. De todos modos, no me haga esperar mucho, pues tengo necesidad de reposo: llevo quince horas al volante.

Tenía una boca de dogo, y unos ojos sanguinolentos y cándidos, pero estaba muy exaltado. Meyral lo examinaba con atención ansiosa:

«¡Está normal!».

Y añadió en voz alta:

—Trataremos de no hacerle esperar —dijo con dulzura.

La fisonomía del hombre casi denotó cordialidad.

En el momento en que Langre tendía la mano hacia el botón del timbre, la puerta del hotelito se abrió bruscamente; con la cabeza descubierta y los cabellos en

desorden, un hombre saltó al jardincito y se precipitó hacia la verja.

—¡Mi suegro! —exclamó, con ronco estupor.

Y en voz tonante, añadió:

—¿Dónde está Sabina? ¿Dónde están los niños?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió acaloradamente Gérard.

Ambos se miraban a través de los barrotes de la verja, como fieras. Sus ojos fosforecían de idéntica manera, y la misma expresión de reto les contraía las mandíbulas. En aquel primer segundo, enfebrecidos por la influencia misteriosa, parecían dispuestos a saltar el uno sobre el otro. Pero la cólera cedió el paso a la inquietud.

—Sí, ¿cómo voy a saberlo yo? —prosiguió Langre con voz quejumbrosa—. Hace veinte minutos yo estaba en casa y Sabina...

—...aún estaba aquí —completó febrilmente Pierre.

—Por lo tanto, no puede estar lejos —intervino Meyral, que se mantenía a cierta distancia de la verja.

Vérannes volvió hacia él una boca huraña, pero la observación había producido su efecto.

—¿Ha registrado bien la casa y el jardín trasero? —preguntó el anciano.

—¡Todo! Lo he registrado todo.

—¿Y ella, se ha ido sola?

—Se ha llevado a los dos niños y una doncella.

—Entonces —dijo Langre—, lo mejor que podemos hacer es dividir la búsqueda. Usted, Vérannes, registre las calles vecinas. Meyral, el taxista y yo exploraremos una zona más amplia.

—¡No quiero que unos extraños se metan en mi vida íntima! —gritó furioso el marido.

—¿Conque no lo quiere? —dijo Langre, exasperado—. ¿No lo quiere? ¡Ah, vaya, ya es hora de que esto se acabe! Por el momento, usted no es el compañero de Sabina, sino un malhechor. Ni siquiera debería participar en la búsqueda; si yo consiento que tome parte en ella lo hago porque estoy seguro de que se portará como un hombre íntegro en estas circunstancias. Aunque sea usted un maníaco, no deja de darse cuenta de su iniquidad.

El odio, la angustia y la rebelión convulsionaban a Vérannes. Con todo, se hallaba dominado. Taciturno, se limitó a hacer un gesto breve y duro y luego volvió a entrar rápidamente en el hotel.

—Va a buscar a la criada —gruñó Langre—. No vale la pena esperararlo. Empecemos la búsqueda.

—¿Por dónde? —preguntó Georges.

—Por la avenida del Bosque.

—Yo no soy de esa opinión. Su hija se ha salvado al azar, mientras su marido, por una razón o por otra, estaba en el primer piso. Seguramente sólo tenía una idea:

refugiarse en casa de su padre.

—Sabía que yo iba a venir.

—Lo sabía, contaba con ello y sin duda ha vacilado antes de salir. Luego, el miedo la ha dominado; un miedo nacido del aspecto de Vérannes, que sin duda ha pronunciado palabras dementes, pero también resultado de la sobreexcitación que ella comparte con todos nosotros. Entonces ha apelado a la huida y aseguraría que se oculta... no muy lejos de aquí. Uno de nosotros dos debería esperarla..., el otro podría ir al Metro de la avenida del Bosque, o al de la avenida de la Grande-Armée, y también a las paradas de taxis más próximas.

—¡Tiene usted razón! La doncella que acompaña a Sabina volverá a pasar por aquí para advertirme. Incluso me sorprende que aún no haya venido.

—*¡Esta noche es tan difícil!* —refunfuñó Meyral—. ¿Quién se queda a esperar?

—Es preferible que sea yo. Usted váyase con el taxi.

Georges no se hizo esperar. Dio una orden al conductor y subió en el coche en el momento en que Vérannes volvía a salir del hotelito. En dos minutos el coche llegó a la avenida de la Grande-Armée, donde Meyral inspeccionó la parada de taxis. Luego bajó a la estación del Metro. Sacó un billete y fue hasta el andén. Vio a algunos hombres y mujeres que esperaban, mostrando signos de impaciencia.

En el momento en que el físico salía, la taquillera lo interpeló con aire furibundo:

—¿Adónde va usted?

—¡A usted qué le importa! —replicó Meyral.

—Habría que ver porqué entra aquí sin motivo.

Con esto la taquillera se calló y Georges volvió a la avenida. Reinaba en ella gran alboroto. En un restaurante brillantemente iluminado, varios hombres y mujeres cantaban, vociferaban o gritaban; dos vagos, a la puerta de un bar, amenazaban al dueño; los transeúntes mostraban un aspecto insólito.

—¡Esto continúa! —se dijo Meyral.

Se disponía a dar una orden al chofer, cuando vio la pequeña estación de Ceinture, que él nunca había utilizado y de cuya existencia apenas se acordaba; constituía un punto de espera excelente. Después de rehuir un grupo en el que resonaba un incoherente palabreo, Georges penetró en el vestíbulo. Estaba vacío, según comprobó, decepcionado. Examinó febrilmente el piso polvoriento, a un viejo inclinado ante la taquilla, la esfera de un reloj que señalaba las once y media, y, de triste, el lugar pasó a ser lúgubre.

Una formidable impaciencia se apoderó del joven.

—Uno para Saint-Lazare —pidió a la taquillera.

La mujer tuvo un largo estremecimiento y perforó el billete con mano temblorosa.

—¿Cómo terminará todo esto? —se preguntó Meyral mientras descendía por la escalera—. Mi exaltación se agrava. Otro tanto debe de sucederles a los demás. ¿No nos volveremos todos locos furiosos antes de que termine la noche?

Un estremecimiento recorrió su cuerpo, sin dificultar su marcha; los andenes y los

raíles aún tenían un aspecto más siniestro que la sala de espera. La iluminación era lamentable; dos sombras erraban por allí con aire desvalido, y el corazón de Georges le dio un brinco en el pecho: acababa de descubrir en el fondo, casi oculta por una columna, a una mujer sentada. Tenía un niño al lado y otro en su regazo.

—Sabina —cuchicheó.

En su interior brotaban recuerdos, tan dulces, tan frescos y tristes, que le sacudían los cimientos del alma. Rechazándolos, se presentó ante *Madame Vérannes* con un rostro tranquilo. No hubiera sido menor su espanto si ella hubiese visto a un lobo. Su pequeña mano temblaba; abrazaba convulsivamente a su hijo; el fuego de sus pupilas titilaba como una estrella; de manera simultánea, revelaba una sorpresa exagerada y un terror inexplicable.

—Ha sido la casualidad que... —balbuceó.

Y le falló la voz.

—No ha sido la casualidad —dijo Meyral—. La buscaba.

—¿Usted me buscaba?

Una vaga sonrisa iluminó su rostro; parecía más tranquila y casi contenta. Era una criatura radiante, merced al brillo de sus rubios cabellos, a su tez de enredadera y gavanza, patética a causa de sus grandes ojos inciertos y tímidos.

—Cuando usted llamó a su padre, yo estaba con él —prosiguió Meyral—. Hemos venido juntos. Él la espera cerca de su casa, pues hemos supuesto que usted le enviaría la doncella.

—Ya debe de estar allí —susurró ella.

—¿No quiere que vayamos en su busca?

Ella exhaló un débil gemido:

—¡Oh, no..., oh, no! No quiero volver a casa esta noche; no quiero exponerme a encontrarme de nuevo con...

No terminó la frase; el espanto se pintaba en su cara; sus labios se movían en silencio.

—Esperaremos, pues —dijo él, turbado por el espanto de la conmovedora criatura—. La distancia es corta.

Merced a un cambio en sus sentimientos, análogo al que antes había experimentado, ella se tranquilizó de pronto.

—¡Oh, qué nerviosa estoy! —declaró.

Él respondió maquinalmente:

—Esta noche, todos estamos nerviosos.

Su acento denotaba tristeza y malestar. Los recuerdos afluían en cruel multitud, en tropel disolvente y mágico.

—¿No sería mejor esperar allá fuera? —prosiguió, para cambiar de conversación.

Ella aprobó con una inclinación de cabeza; Meyral levantó suavemente a la niña, que estaba sentada al lado de su madre, mientras Sabina tomaba en sus brazos al infante.

No tuvieron que esperar mucho. Apenas habían transcurrido cinco minutos, cuando vieron aparecer a Langre con la doncella. Gérard demostró una alegría excesiva; le temblaban las manos; exhibía aquella sonrisa crispada de los viejos, en que la felicidad incluso mezcla algo de inestable y de trágico. Y sus ojos vivos no cesaban de acariciar los dos pequeños, la raza incierta que debía extenderse por el profundo futuro.

—¿Qué deseas, querida? —murmuró por fin—. ¿Quieres que volvamos junto a tu marido?

Ella lanzó la misma queja que había dejado oír a Georges:

—¡Oh, no, ahora no... tal vez nunca!

—No soy yo quien te obligará a verlo, si tú no quieres —respondió el padre, sombrío.

Cuando el grupo volvió a pasar por la avenida de la Grande-Armée, una riña sin motivo convulsionaba a dos hordas de individuos frenéticos; la algazara iba en aumento; sospechosos individuos vagaban cerca de la barrera.

Fue imposible descubrir un segundo vehículo; se acordó que la doncella tomase el Metro.

El taxista lanzó un grito de cólera:

—¡Yo no soy un autobús!

—No, pero es usted un hombre honrado y cabal —respondió vivamente Meyral— que no se negará a ayudar a unas personas honradas.

E indicó a la joven y a los niños. El taxista, presa de un brusco enternecimiento, se golpeó el esternón, gritando con voz generosa:

—¡Tengo corazón... y de los buenos!

El coche tomó varias calles desiertas; aquí y allá se percibían siluetas agitadas; casi todas las ventanas estaban iluminadas. Nada turbó a los viajeros hasta la iglesia de San Francisco Javier. Allí surgieron unas bandas errantes, compuestas de obreros procedentes de Grenelle o del Gros-Caillou, y que evolucionaban rápidamente en la misma dirección. A veces un grito repercutía de boca en boca, para terminar por un clamor unánime. El automóvil fue saludado con vituperios e injurias. Un individuo tiznado de yeso, con brazos de gorila, graznó:

—¡La venganza...! ¡La venganza!... Y bajo los faroles, todos los que formaban el grupo se pusieron a cantar:

—¡La ven-gan-za! ¡La ven-gan-za!

A cada vuelta de rueda, la multitud se hacía más densa; los hombres surgían sin cesar de las vías laterales y el taxista, después de algunos bruscos desvíos y quites, tuvo que aminorar la marcha.

—¿Es que quieres aplastar a los trabajadores? —dijo un hombre negro, de nariz aplastada y ojos circulares, riendo burlonamente.

—¡Yo soy un trabajador más consciente que tú! —le espetó el taxista—. ¡Y, además, sindicado!

—Entonces, tira a tus burgueses al suelo.

—No son burgueses... Son gente cabal... ¡Y llevan a una mujer con dos niños!

El chofer lanzaba verdaderos bufidos, roncros y terribles, como un gran moloso en la noche.

El hombre de los ojos redondos ya había quedado unos veinte metros atrás; un rumor formidable surgía de la estación de Montparnasse:

—¡La muerte, la muerte!

Casi inmediatamente se elevó un canto en oleadas sucesivas, como una marea:

*¡Es la gran noche, es la gran noche,  
Es la gran noche del obrero!*

—¡Buena la hemos hecho! —gruñó el taxista—. ¡Ya estamos! ¡Ha llegado la noche roja!

El auto avanzaba despacio, sin despertar protestas, pues el taxista se había puesto a cantar con los demás y las palabras brotaban de su pecho como un rugido:

Haremos que el verdugo muerda el polvo,  
Levántate tú, pueblo de mil brazos,  
Mataremos contentos la miseria,  
La noche roja se alza allá abajo...

Masas innumerables corrían hacia la estación. Varios aviones cruzaban el cielo estrellado.

En el coche, Langre y Meyral, muy pálidos, se miraban:

—¿Es la revolución? —dijo el anciano.

—No es más que un episodio —murmuró Meyral—. La misma orden debe haber sido difundida por los suburbios y cientos de miles de hombres deben de estar ya en marcha.

Bruscamente el canto vaciló y se fragmentó; una ola corrió de cabeza en cabeza; la multitud aminó su marcha y se escucharon disparos, primero aislados y después en salvas incoherentes... —¡La policía, la policía! ¡Que los maten! ¡Asesinos..., queremos su piel!

Acababan de llegar fuerzas de policía, que hacían retroceder a la muchedumbre; lanzando rugidos y quejas, el gentío se dislocaba, chocando con las masas humanas que desembocaban por la calle de Vaugirard, la de Cherche-Midi y la de Sévres; las caras desencajadas, los ojos furiosos evocaban las espumas y las fosforescencias de la mar.

En la retaguardia, el gentío formaba una balsa negra compacta y pesada, que oscilaba sin romperse. Todos huían ante ellos. Se escucharon nuevas detonaciones y

luego vino la carga: los perros se lanzaban al azar sobre los fragmentos huraños de la revuelta, destrozando las caras, pisoteando los cuerpos derribados con sus botas, ludiendo vertiginosamente los dientes. Un furor sin límites exaltaba a los atacantes; a los clamores y a las blasfemias de las víctimas, respondían rugidos y jadeos de carnívoros... Mas un rumor inmenso se esparció por la avenida del Maine. Incoherente, como una ráfaga, de él brotaban abucheos, amenazas, exhortaciones; luego penetró en él el ritmo y, canalizando el entusiasmo, el grito de guerra le infundió un alma:

*Mataremos contentos la miseria,  
la noche roja se alza allá abajo...*

Un hombre de torso esquelético y que casi medía dos metros blandía un andrajito escarlata; una horda de peones lo seguía, dándose el brazo y con las barbas al viento; la balsa de los gendarmes fue hecha pedazos y destrozada. Por doquier volvían los fugitivos como un reflujito. Se oían los golpes sordos que producían los cuerpos al caer, el choque de los cráneos contra el adoquinado, los gritos de los heridos y de los agonizantes.

—¡Adelante! —aulló una voz de coloso—. ¡A los ministerios, al Elíseo, al telégrafo!

Se desató un huracán de clamores y la multitud se precipitó frenéticamente hacia Montparnasse. Durante diez minutos, la corriente pareció inagotable; luego se aclaró; solamente quedaban bandas dispersas, solitarios exaltados, mujeres con la cabellera deshecha, mirones y curiosos asomados al alféizar de las ventanas.

Entonces se vieron los muertos tendidos en las aceras o en el arroyo; algunos heridos se arrastraban hacia las puertas, otros jadeaban, gritaban o proferían un estertor... Los aviones habían desaparecido.

—¡Es inmundo! —exclamó Langre.

—¡No saben lo que hacen! —suspiró Meyral, mientras Sabina, con los ojos muy abiertos de espanto y más pálida que las nubes, estrechaba a los niños con sus brazos temblorosos.

El automóvil se había arrimado a la acera y el chofer lo había abandonado para ir a atacar a la policía.

—Quizá sería preferible que volviésemos a pie —observó Georges.

En aquel mismo instante reapareció el taxista, con la barba llena de sangre y las pupilas furibundas.

—¡La miseria ha muerto! —vociferó, asomando su cara de moloso por la ventanilla.

El reinado de los explotadores ha terminado y comienza el de los pobres... ¡Ja, ja, ja!... Se han terminado los sufrimientos... y el hambre.

Una detonación lejana y grave le interrumpió.

—¡El cañón!

Dio un salto al azar y giró sobre sus talones.

—Vaya —gruñó—. De todos modos, os llevaré, antes de unirme con mis camaradas. Sólo perderé tres minutos... y después... y después... ¡Ah, y después!...

Las palabras no acudían a sus labios; tenía las sienes hinchadas, los ojos fosforescentes y la boca abierta; un furor jovial sacudía su cuerpo.

—¡Se han terminado los tiranos! —tartamudeó—. ¡Jo, jo! ¡Y los vampiros! Haremos un buen escarmiento.

Dio violentamente varias vueltas a la manivela del coche, se colocó ante el volante y arrancó. Las calles estaban despejadas; algún que otro grupo rezagado profería injurias o levantaba rudamente los puños... pero el taxista bramaba:

—¡Viva la noche roja!

Cuando llegaron al arrabal de Saint-Jacques, una campana se puso a tañer, lanzando fúnebres campanadas; entre los astros temblaban cárdenos resplandores; la voz del cañón, que resonaba con intermitencia, dijérase que era el verbo oscuro de los elementos mezclados con el frenesí incoherente de los hombres.

### III

## LA FIEBRE DE LA HUMANIDAD

Eran las dos de la madrugada cuando Meyral dejó a Langre y a Sabina. La calle del arrabal Saint-Jacques parecía casi adormecida, pero de todos modos el número de ventanas iluminadas era insólito; seres excitados corrían por las aceras o surgían de los rincones.

El incendio proseguía bajo las nubes y se escuchaban explosiones lejanas. Después de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, los seres humanos se multiplicaron: pululaban en la calle Gay Lussac; formaban masas compactas en la embocadura del bulevar Saint-Michel. Georges consiguió deslizarse hasta muy cerca de la estación.

El espectáculo que allí presenció se hacía siniestro por momentos. Todas las luces estaban apagadas hacia el Odeón; la parte baja del bulevar parecía un negro abismo en el que brillaban confusamente cascos y corazas. A intervalos, la caballería hacía una carga... sin encontrar a nadie. Se oía el repiqueteo de los cascos, se veía surgir una masa ecuestre; la multitud lanzaba espantosos mugidos. Aquella multitud heterogénea, en la que eran raros los revolucionarios, no pensaba en combatir. Atravesada continuamente por remolinos de rabia y remolinos de pánico, sufría una sobreexcitación misteriosa, que compartía con la soldadesca.

A intervalos se elevaba una larga queja y se adivinaban a los heridos que yacían entre las tinieblas... Pero el drama se hallaba más lejos: en el Barrio Latino los revolucionarios habían sufrido una derrota y, después de destruir los faroles y saquear algunas tiendas, habían ido a unirse con las hordas que inundaban el bulevar Saint-Germain, los muelles, el Louvre y los Campos Elíseos.

—¡Nuestros hermanos han vencido, allá abajo! —gruñía un personaje barbilampiño, cuyo labio superior se fruncía continuamente sobre unos dientes yesosos—. Es el fin que he predicho: ¡Los arrastraremos a todos por las calles!

Acercó su cara cetrina a la de Meyral:

—¡Vamos a tomarnos la revancha! ¿Por qué no podríamos empezar por aquí?

Señaló a la parte alta del bulevar, en dirección al Observatorio; y presa de súbita excitación, exclamó:

—Por allá hay jaleo. Con que fuésemos veinte, bastaría. A ver, ¿quién viene conmigo?

Algunas caras descoloridas surgieron de la penumbra, pero simultáneamente resonaron los cascos de los caballos; dos hileras de corazas parecían flotar en el vacío; la multitud vociferante inició la desbandada.

—¿Qué saldrá de todo esto? —se preguntó Meyral, mientras retrocedía arrimado a las fachadas—. Si la exaltación continúa, mañana por la mañana toda la humanidad será lunática... ¡comprendido yo mismo!

Tras varios fatigosos rodeos, consiguió volver a su casa. Allí le esperaba

Cesarina, su sirvienta, horriblemente trastornada, embriagada de dramas y de espanto. Había pasado las horas en un cuartucho oscuro, en compañía de ropas viejas, de cajas vetustas y de vajilla desportillada.

—Señor —gimió—. ¡Señor!

Unas lágrimas mugrientas surcaban su rostro.

—¿Es que nos asesinarán, nos asarán vivos o nos ahumarán como ratas?

La efervescencia de aquella criatura exasperó a Meyral. Examinó con nerviosismo la cara abotargada, los ojos chispeantes bajo las lágrimas, los cabellos que se habían soltado de las horquillas y que colgaban como restos de una melena raída; sintió deseos de romperle una retorta en la cabeza o de echarla a golpes de mano de mortero. Al propio tiempo la compadeció, imaginándose su terror fuliginoso y los saltos de una imaginación servil.

—¡Ante todo, váyase usted a la cama! —le ordenó—. Acuéstese inmediatamente.

Haga como las cucarachas... vuelva a su agujero; velar no le hará ningún bien. El mejor refugio está arriba, en su habitación; a ningún revolucionario se le ocurrirá la idea de subir allí. Además, ¿para qué subirían? Ellos no van contra las sirvientas.

Las palabras brotaban de su boca como el agua de un depósito agrietado; hacía gestos enormes; su conciencia se desgarraba, sin que dejase de conservar cierto dominio sobre sí mismo.

—¡Vamos, vamos! —prosiguió—. Es aquí donde su preciosa vida corre peligro. Arriba la espera un oasis... una fuente en el desierto, el puerto de la salvación. ¡Suba, le digo... márchese por la tangente!

Ella lo escuchaba con aturdimiento, sacudiendo sus greñas grasientas, primero indecisa y luego convencida. De pronto tomó su lamparita de cobre y subió por la escalera de servicio, sin dar siquiera las buenas noches a su señor.

Él se refugió en su laboratorio y de momento su sobreexcitación pareció aumentar. Los recuerdos afluían como torrentes y adquirirían colores intolerables.

—A trabajar, lamentable átomo —exclamó.

Durante algunos minutos intentó realizar experiencias. Sus manos vacilaban; su retina recogía imágenes trepidantes; sus pensamientos, tan incoherentes como sus movimientos, erraban a la ventura.

—¡Es peor que una borrachera! —suspiró—. Sin embargo... el fenómeno persiste... pero... ¿no irá en disminución? Los índices de refracción... Sabina... Langre... ¿Qué será de Francia?...

El vértigo se hacía insoportable. Georges abandonó el polarizador, en el que analizaba un rayo rojo, dio algunos pasos al azar y se dejó caer en una especie de cátedra, fulminado por el sueño.

Se despertó hacia las ocho; de pronto tuvo la impresión de que su excitación había desaparecido. Solamente subsistía la angustia, aguda, ardiente pero normal. Los acontecimientos de la víspera producían un extraño sobresalto en su memoria.

Llamó a Cesarina. La sirvienta acudió, amarilla de fatiga, con los labios

semejantes a ternera trinchada.

—¡Ah, señor! —susurró.

Se la veía azorada, molida, pero ya no tenía el aspecto huraño de la víspera.

—¿Y el tumulto? —preguntó Meyral.

—¡Han matado al Presidente! Pero en el barrio hay tranquilidad. Están recogiendo a los muertos.

—¿Quién los recoge?

—Los de la Cruz Roja, los policías y la gente.

—Entonces, ¿el gobierno se ha hecho dueño de la situación?

—No lo sé, señor. Eso es lo que dicen. Yo no entiendo nada... parece que incluso han apagado los incendios.

—Déme los periódicos.

—No los ha habido, señor.

—¡Diablo! —gruñó Georges.

No experimentó la menor sorpresa. Solamente inquietud, una inquietud algo lenta y pesada, con estremecimientos que le hacían saltar el corazón como un animal que se hubiese despertado sobresaltado. Tomó a toda prisa una taza de chocolate, se puso el sobretodo y salió. La temperatura era tibia y por el cielo bogaban nubes níqueladas en las que se abrían cisternas. La gente circulaba pesadamente. Una vendedora ambulante de frutas y hortalizas ofrecía cerezas de Borgoña con voz lacrimosa; el mozo de un colmado colocaba las cajas con aire pensativo; el carnicero trinchaba la carne con una mano distraída y sucia. Todo el mundo parecía fatigado; una vieja declaró a una repartidora de pan:

—Mañana ya no habrá República y Víctor se sentará en el trono...

A medida que se aproximaba al bulevar Saint-Michel, Meyral encontró vestigios de la lucha y los desórdenes; muchas tiendas estaban cerradas; patrullas de policía y escuadrones de caballería circulaban por la calzada. Todo demostraba la brutalidad de los hombres: las hojas de los árboles habían sido arrancadas, los faroles doblados, los escaparates de algunas tiendas estaban destrozados, hundidos por barras de hierro; en las ventanas faltaban vidrios.

Aquel espectáculo empañado y sin brillo evocaba conjuntamente los derribos, la resaca de una borrachera, una suma de furores cristalizados, espantos desvanecidos y algaradas muertas.

—¡Una fiebre humana —se dijo Meyral— que ya se ha disipado en la noche de las edades!

Los guardias urbanos le impidieron el paso; no tuvo más remedio que regresar por la calle Monsieur-le-Prince y atravesar un sector del Luxemburgo. Cuando desembocaba en las proximidades de la calle Gay Lussac, surgieron varios vendedores de periódicos, que agitaban tumultuosamente las hojas impresas:

—*L'Eclair... Le Journal...*

*L'Eclair* y *Le Journal* no tenían más que dos páginas cada uno. Un

encabezamiento advertía a los lectores que por falta de tipógrafos, de minervistas y de fuerza motriz, se habían visto obligados a lanzar una edición improvisada. Con grandes titulares podía leerse:

MUERTE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. LA REBELIÓN TRIUNFANTE Y APLASTADA. PARÍS A SANGRE Y FUEGO. LA BATALLA DE LOS BULEVARES Y DE LOS CAMPOS ELÍSEOS. EL SITIO DE LOS MINISTERIOS.

Al parecer, los revolucionarios se habían lanzado al asalto del ministerio del Interior, invadiendo la Central telegráfica, asesinando a los urbanos y poniendo en fuga a los gendarmes y a los dragones. A las tres de la madrugada se apoderaron del Elíseo e hicieron prisionero al Presidente de la República. Entre tanto, un tremendo incendio asolaba el bulevar de los Italianos; otro devoraba los almacenes del Printemps; varias bombas destruían la fachada del palacio legislativo; los anarquistas y los apaches cundían por sus respetos en los distritos primero, segundo, séptimo, octavo y noveno, donde se tomaban la «revancha»; se calculaba que el saqueo ascendía a cincuenta o sesenta millones de francos.

Fue en este momento cuando el general Laveraud entró en escena. Venía al frente de cinco regimientos de línea, cuatro regimientos de caballería, muchas baterías ligeras y concentró estas tropas en el distrito decimosexto. Sus hombres revelaban una extremada sobreexcitación y el propio general hacía gala de un humor de perros, pero ello no quitaba un ápice a sus cualidades militares; por el contrario, las rejuvenecía. Al parecer, estaba resuelto a no tener en cuenta ninguna orden superior. Comenzó cañoneando la avenida del Bosque de Bolonia y la avenida de la Grande-Armée, en la que había grupos dispersos de revolucionarios. A continuación, emplazando sus baterías, ordenó el bombardeo de los Campos Elíseos y del arrabal de Saint-Honoré, en el que se apiñaban millares de energúmenos. Las granadas segaban las existencias como si de hierba se tratase. El pánico cundió entre los revolucionarios; un pánico tan ardiente como su audacia anterior. Una vez limpia la avenida, las tropas de Laveraud desfilaron hasta la glorieta. Luego se libró un breve combate. La flor y nata de los revoltosos se había hecho fuerte en Saint-Philippe-du-Roule, la calle del arrabal Saint-Honoré y el Elíseo. Allí los revolucionarios resistieron durante un cuarto de hora a ráfaga tras ráfaga de proyectiles, hasta que por último cedieron. Varias cargas de la infantería y la caballería despejaron el camino hasta Saint-Philippe... Acto seguido comenzó la carnicería. Las tropas fusilaban sin descanso a las masas aglomeradas, que su propia multitud inmovilizaba; las granadas, entre tanto, destrozaban el palacio presidencial.

Entonces, a la luz de los incendios y del alba, se alzó una bandera blanca y Laveraud consintió en recibir a los parlamentarios. Eran tres hombres ebrios de rabia, de pólvora y de sangre.

—¡Tenemos al Presidente! —declaró el más frenético—. Si vuestras tropas no evacuan el barrio, lo mataremos como a una hiena.

—Y yo —respondió Laveraud, temblando de furor—, yo os doy cinco minutos para evacuar el palacio.

—Tened cuidado... Nosotros no vacilaremos, especialmente yo... Volvió hacia el general su rostro purpúreo.

—¡Sobre todo yo, no vacilaré!

—Yo no tengo más que una consigna —gruñó Laveraud—: ¡Vuestro exterminio!

El revolucionario se retiró profiriendo amenazas. Cinco minutos más tarde, el cañoneo continuó; y a las cuatro de la madrugada, Laveraud entraba en el Elíseo. El cadáver del Presidente yacía en la escalinata de Palacio, pero la Revolución había sido vencida.

—¿Está vencida? —se preguntó Meyral con estupor.

Contempló a los seres humanos que lo rodeaban y se sorprendió de ver sus caras grisáceas. Era excesivo el contraste entre esta calma y las convulsiones de la noche precedente. Él mismo se sentía un espíritu opaco e insípido.

—¡Pues, sí!... está vencida. Ha desaparecido el ritmo exasperado que la impulsaba a la violencia.

Tenía prisa por volver a ver a Langre.

El anciano apenas acababa de despertarse; su aspecto era vago y sombrío.

—Él ha venido —murmuró—. Después de rechinar los dientes, de proferir quejas y maldiciones, ha desaparecido. ¡Pero volverá!

—¿Cuándo ha venido? —preguntó Georges.

—A las tres... con aspecto muy fatigado..., sin sombrero..., con una cuchillada en el cuello. Cuando se ha ido, un cansancio sin límites se ha apoderado de nosotros.

—¡De mí también! —susurró Meyral.

—Sabina y los pequeños aún duermen. Hay que salvarla, Georges. No quiero que vuelva a caer en manos de ese loco.

Poco a poco iba despabilándose y animándose. Su expresión trágica reaparecía bajo aquella máscara de cansancio.

—He cometido un crimen al entregársela; he cometido otro crimen dejándola sufrir.

—Usted lo ignoraba.

—No tenía derecho a ignorarlo. Sin duda soy un mal observador social: el laboratorio me ha despojado de sentido humano, pero no se puede entregar a la propia hija sin ciertas garantías. Debiera haber consultado a mis amigos... y a usted el primero, a usted que no es únicamente esclavo de las actitudes de la substancia. Usted me hubiera puesto en guardia.

—No lo sé.

—Sí, usted lo sabe. No me trate con una indulgencia degradante. ¡Usted lo sabía!

—Lo adivinaba —repuso quedamente Meyral—. Adivinaba que ella no podría ser feliz con este hombre. Y, además, veía... —¡Veía usted sus sufrimientos! Conocía los peligros que la acechaban. Debiera habérmelo advertido.

—No me sentía con derecho a hacerlo.

—¿Por qué?

Un rubor de vergüenza tiñó las mejillas del joven. Hizo aquel gesto interrumpido que expresa el embarazo y la duda.

—Sentí escrúpulos —murmuró.

Langre no descifró el gesto ni interpretó la frase.

—¡Malos escrúpulos!

Se hundió en un ensueño huraño.

—¿Sabe usted que los revolucionarios han sido vencidos? —Continuó de pronto Meyral—. ¿Y que el Presidente de la República ha muerto?

—¡Yo no sé nada! —exclamó Langre.

Meneó violentamente la cabeza y un tinte rojizo se extendió sobre el *bistre* desteñido de sus mejillas.

—Execro a mis contemporáneos —dijo con tristeza— y sin embargo siento vergüenza de haber sido tan ajeno a su drama.

—¡Nada podemos hacer!... Nuestra humilde presencia sólo hubiera servido para agravar el desorden. No es esto lo que yo siento. Nuestro papel no estaba allí... y no hemos sabido realizarlo. ¡Quién sabe lo que ha pasado durante las horas en que dormíamos! ¡Quién sabe qué observaciones prodigiosas hemos perdido (y la humanidad con nosotros), si otros!... —¡Si otros no han ocupado nuestro lugar!

Ambos se miraron, dominados por la profunda angustia de los sabios que han dejado pasar la hora del descubrimiento.

—¿Por qué será ya demasiado tarde? —gruñó Langre.

—Ayer, antes de acostarme, me pareció que el fenómeno había decrecido. No he podido asegurarme completamente de ello: la fatiga me dominaba. Pero la gran calma de esta mañana que sucede a la hiperestesia de las multitudes, indica seguramente una metamorfosis del ambiente.

—¡Pues bien! Trabajemos. De todos modos nada urgente le reclama.

A partir de los primeros experimentos —los más sencillos y elementales— ya no subsistió la menor duda: la refracción luminosa había vuelto a ser normal. A lo más se discernían, después de atravesar un montón de vidrios, algunas zonas confusas en los espectros obtenidos por medio de un prisma de cristal de plomo, algunas trazas normales de corrimiento. Las pruebas de polarización no dieron ningún resultado.

—¡Hemos perdido la partida! —gimió Langre con tono apenado—. Ha sido por culpa de este abominable Vérannes. Mientras nosotros estábamos metidos en una aventura absurda, los otros trabajaban.

Sus ojos desesperados buscaban en lo invisible aquellos rivales desconocidos de los que por su destino singular creía hallarse rodeado.

—Pues en resumidas cuentas —prosiguió con amargura— todos los que se dedican a la óptica...

—¡Quién sabe! —dijo Meyral, soñador—. Tal vez no se podía ver más de lo que hemos visto nosotros.

—¡Pero se podían estudiar las bases del fenómeno! ¿Y por qué no podían ser

éstas las más apasionantes que el fenómeno podía ofrecer?

Georges se encogió imperceptiblemente de hombros. Ante el hecho consumado, casi ignoraba la rebeldía.

—¡Sin duda alguna! —dijo—. ¿Pero qué le vamos a hacer? Por otra parte, yo creo que la evolución del fenómeno continúa. Pasan cosas infinitamente interesantes... ¡lo siento!

—¡Ah, con que usted lo siente! —exclamó Langre con ironía.

Meyral había vuelto a tomar el prisma de cristal de plomo. Contemplaba el espectro proyectado sobre una placa, con aquella especie de atención distraída que muestran con frecuencia los hombres de ciencia.

—Yo diría —observó— que hay una anomalía en el violeta.

Langre se sobresaltó como un caballo de guerra que oyese sonar el clarín.

—¿Qué anomalía?

—En primer lugar, cierta palidez... y después aseguraría que la región violeta es menos extensa. Puedo equivocarme, pues, desde luego, mi «ecuación personal» está muy trastornada esta mañana.

Sin pronunciar palabra, Gérard se puso a efectuar mediciones.

—¡Tiene usted razón! El extremo violeta ha sido *comido*.

Una emoción igual a la de la víspera crispaba sus facciones.

—¡Comprobémoslo! —dijo Georges.

Realizaron la comprobación. Después de varias experiencias precisas con el micrómetro, fue evidente que faltaba la región extrema del violeta y que la región vecina tenía una intensidad reducida.

—¡Ha desaparecido aproximadamente una treintava parte del espectro! —Fue la conclusión a que llegó Langre—. Y, por consiguiente, el ultravioleta... No tuvo necesidad de continuar. Meyral ya lo ayudaba a montar nuevos dispositivos.

Las observaciones fueron decisivas. La ausencia de cualquier efecto químico sencillo o fosforogénico no les dejó ninguna duda sobre la desaparición o el debilitamiento extremo de los rayos ultravioleta.

—Tiene usted razón —murmuró nerviosamente el anciano—. El desorden continúa. ¡Y la continuación es tan desconcertante como al principio!

Analizaron sucesivamente la luz producida por la electricidad, el gas, el petróleo, la estearina, la madera y el carbón; todas manifestaron la misma laguna.

—¡Ocurren cosas formidables! —suspiró el sabio—. Si la anomalía es general, pueden emitirse las peores hipótesis. ¿Qué habrá pasado esta noche en Europa?

Volvió a tomar los periódicos que había tirado sobre una mesa y buscó las noticias de provincias y del extranjero. No revelaban nada especial, con excepción de tres, transmitidas antes de que la revuelta se extendiese a la Central telegráfica: un breve despacho anunciaba disturbios en Marsella, otro relataba el sabotaje de un acorazado, y un tercero señalaba una efervescencia insólita en Londres.

—No es aventurado suponer que la transformación se extiende sobre una zona

considerable —comentó Langre—. Veamos si han aparecido otros periódicos.

Tocó el timbre; la sirvienta no tardó en mostrar su cara manchada de azufre.

—Catalina, vaya a buscar más periódicos.

—¡Si puedo! —respondió ella con acritud.

—Claro que puede —observó Meyral, prestando oído.

Se empezaba a oír el vocerío desaforado de los vendedores de periódicos, que anunciaban las ediciones extraordinarias.

Catalina salió con aire trágico. Cuando volvió, traía *La Presse*, *Le Journal*, *Le Petit Parisien* y el *Fígaro*. Las primeras páginas estaban consagradas a la rebelión vencida. Pero en las páginas siguientes, numerosos telegramas señalaban el estado morboso de toda la familia humana. En Madrid y Barcelona, la revolución había triunfado. Varias algaradas homicidas habían ensangrentado la península italiana. Se había luchado con violencia en Berlín, en Hamburgo, en Dresden, en Viena, en Budapest, en Praga, en Moscú, en San Petersburgo, en Varsovia, en Bruselas, en Amsterdam, en Londres, en Liverpool, en Dublín, en Lisboa, en Nueva York, en Chicago, en Buenos Aires, en Constantinopla, en Kioto y en otras cincuenta ciudades. Por doquier las luchas, tras un período de frenesí, terminaban en un extraño torpor. Sin embargo, la revuelta triunfaba en México, en el estado brasileño de Sao Paulo, en Atenas, en Cantón y, sin duda, en muchas regiones aisladas completamente del resto del mundo por los propios desórdenes.

—¡Esto disipa nuestras últimas dudas! —dijo Langre dejando el *Fígaro*—. Todo el planeta ha sido alcanzado.

—¡Y no hay ninguna noticia de carácter científico!

—Pues bien. ¡Pongamos de nuevo manos a la obra!

Durante una hora se entregaron con pasión a la tarea de descubrir nuevas características. Sólo encontraron una: la región del anaranjado y del rojo actuaba con una extraña intensidad sobre las sustancias fluorescentes.

—Incluso parece —observó Meyral— que esta región sea ligeramente más luminosa que de ordinario.

—¿Sin duda por comparación? Lo que queda del violeta debería estar debilitado; yo deduzco por ello que incluso el azul está atacado. Observe usted que la luz diurna es amarillenta.

La criada trágica penetró de súbito en el laboratorio.

—La señora Sabina desearía ver al señor.

—¿Es que tiene miedo de entrar en el laboratorio? —preguntó Langre.

—Como el señor trabaja...

—Dígale que no nos molestará.

Sabina mostró los rodetes rubios de su cabellera. Su semblante ya no mostraba agitación ni miedo, sino una lánguida melancolía, que oscurecía sus ojos turquíes. Meyral la contemplaba con disimulo, con una dulzura llena de rencor. Aquella tez de jacinto y de enredadera, aquel porte de ondina bajo la luz de las estrellas, tantos

resplandores, ritmos y frescor, eran el cuento de hadas en que se había extraviado su juventud. Al irse con otro, Sabina cambió todas las leyendas... Él no se lo perdonaba. Al verla, sentía el agobio de los vencidos y le corroía su misma vergüenza; las noches embalsamadas, repletas de astros y de aventuras, ella oscurecía el esplendor del mundo.

—¡Me he despertado tarde! —se excusó ella.

—Estabas molida de fatiga —respondió su padre, después de abrazarla. A todos nos ha dominado un sueño extraño. ¿Y los niños?

—Duermen.

—¡Estuvieron despiertos hasta las tres!

Sabina se dirigió a Georges.

—¡No lo olvidaré nunca! —dijo.

Él apretó los puños para no revelar el inmenso temblor que recorría su ser. El principio de las edades reaparecía, con sus fuentes y sus colinas cubiertas de verdor.

—Sí, harás bien de no olvidarlo —exclamó el anciano—. Sin Georges, pasaba el tiempo... y el tiempo, en aquella noche feroz...

La inquietud cruzó como una onda el rostro de la joven.

—¿Qué ha pasado?

—¡Cosas espantosas, mi pobre pequeña!... tal vez menos espantosas que... Pero interrumpiendo su propia frase con un gesto rudo, añadió:

—Los revoltosos han sido dispersados, la ciudad y el país están tranquilos; los supervivientes están sumidos en este caos en el que pataleamos desde nuestro primer aliento hasta nuestro último suspiro.

Sabina sacó la conclusión, por lo que decía su padre, que sólo subsistían peligros individuales. Y al pensar en Vérannes, se enfebreció.

—¡Yo no podré seguir viviendo con él! —susurró.

—Tú vivirás conmigo —declaró Gérard—. Yo me he conducido como un idiota rematado al permitir que este hombre se te llevase consigo. Ya no puedo reparar lo inevitable... ¡pero cortaré las amarras!

Ella se puso a sonreír. No era una mujer previsoras; el porvenir se perdía para ella en aquella bruma en que se pierde para los salvajes. Pero una imagen amenazadora la sobresaltó.

—¿Y si apela a la violencia?

—¡Que lo intente! —gruñó fogosamente el padre.

Puso una mano sobre el hombro de Meyral.

—Me encontrará a mí, y encontrará a éste. ¡Ah! —continuó con una mezcla de cólera y amargura—. ¡Por qué no has sido tú, hijo mío, el esposo de Sabina!

Georges palideció y una sonrisa convulsiva crispó sus labios.

## IV

# EL CREPÚSCULO DE LA VIDA

El día fue apacible. Los cablegramas anunciaban el fin de la agitación en todo el planeta, salvo en los estados meridionales de la República Argentina, en Tasmania y Nueva Zelanda, donde sin embargo había disminuido notablemente la efervescencia. Pero al propio tiempo no cesaban de surgir nuevas inquietudes. Apenas alcanzaban aún el subsuelo popular, pero, vivamente diseminadas entre los hombres de cultura superior, rozaban ya las capas medias. Los sabios seguían con ardiente ansiedad la «enfermedad de la luz». Varios investigadores habían observado la singularidad que Meyral había descubierto el primero. Sin añadir nada esencial a las observaciones de Langre y de Georges, las que hicieron estos investigadores siguieron, hasta que desapareció, el fenómeno de doble refracción anormal o más bien de desdoblamiento de la luz. En París, en Berlín, en Londres, en Bruselas, en Roma, en Amsterdam, en toda la Europa Central, el final de las primeras fases del fenómeno se produjo hacia las tres y media de la madrugada. Se manifestó un poco antes en la Europa Oriental y en Asia, y con mayor antelación aún en las regiones boreales. Norteamérica iba atrasada, salvo en las altas latitudes. En los trópicos y principalmente en las regiones australes, el retraso aún era más notable. Todas las horas se referían a la hora de Greenwich. Al parecer, las fases eran completamente independientes del sol. En cuanto a las nuevas fases, seguían su curso propio. Desde las siete de la mañana, hora en que tanto en París como en Londres, Liverpool, Amsterdam y Jena, se señalaba la desaparición de una banda estrecha del extremo violeta (y de todas las radiaciones ultravioleta), se veía palidecer y desaparecer progresivamente los restos de la zona. Sin embargo, a las siete de la tarde todavía subsistía una parte de ella, pero el índigo aparecía apagado.

Tuvieron lugar diversos fenómenos secundarios. Se comenzó por comprobar, como lo habían hecho Langre y Meyral, que el brillo y el poder fluorescente del anaranjado y del rojo no cesaban de crecer; asimismo, no se tardó en observar que estos dos colores adquirirían propiedades químicas singulares, si bien poco intensas. Por otra parte, la conductibilidad eléctrica de los metales disminuía; el hierro era el más afectado. Las comunicaciones por el cable submarino se volvieron caprichosas. Si bien el rendimiento de las líneas terrestres seguía siendo normal para las líneas medias, se debilitaba en las grandes líneas; costaba mucho producir ondas hertzianas; el trabajo de las centrales eléctricas daba lugar a numerosos errores de cálculo.

Las perturbaciones se hicieron más acusadas durante la noche. Por la mañana, la zona violeta del espectro era inevitable; las comunicaciones por vías submarinas habían cesado de existir; las grandes líneas telegráficas apenas funcionaban y sólo de manera intermitente; todas las centrales eléctricas estaban en huelga; las reacciones químicas se hacían caprichosas, tanto en las fábricas como en los laboratorios, y

algunas dejaron de producirse; por si aún no fuese bastante, la madera y el carbón ardían mal, desprendiendo llamas descoloridas; el magnetismo terrestre se debilitaba, con el resultado de que la aguja imantada daba indicaciones inciertas, que ponían en peligro a la navegación; una luz amarillenta bañaba al planeta.

Fue un día fúnebre. Un soplo de fin del mundo pasó sobre la humanidad. Los seres vivientes sentían la inmensidad del fenómeno, su terrible misterio y se agrupaban frioleros dominados por el instinto gregario. Se veían surgir aquellas criaturas fantasmagóricas que anuncian los cataclismos. ¡Y nadie sabía nada! Los hombres de los laboratorios y los hombres de los libros, los sabios que dan nombre a los astros y los que pesan los átomos, no ofrecían ni siquiera una conjetura para calmar las ansias de la multitud; su poder se limitaba a describir minuciosamente los episodios del drama.

La tercera noche vio desaparecer las últimas comunicaciones eléctricas: las pilas daban corrientes irrisorias, la inducción dinámica parecía abolida, ningún aparato producía ya ondas hertzianas. Por la mañana los hombres se encontraron privados de aquel sistema nervioso que los unía «de manera innumerable» por todo el planeta. Por la noche, demostraron ser inferiores a los pueblos de las antiguas edades: el vapor los abandonó a su vez. Los alcoholes, los petróleos y aún más la madera o el carbón, se convirtieron en algo inerte. Para producir un poco de fuego, había que recurrir a productos raros que, y de esto se tenía la certidumbre, no tardarían en hundirse en la muerte química.

Así, en tres días, y sin que ningún indicio permitiese conocer el origen de la catástrofe, la humanidad se encontró reducida a la impotencia. Los hombres aún podían navegar a la vela o a remo, uncir animales de tiro a sus carruajes, pero les estaba prohibido encender aquellos fuegos cuya roja caricia deleitaba a sus salvajes antepasados a la linde de los bosques, en las amplias llanuras o a la orilla de los ríos.

Pero lo que aún era más enigmático, infinitamente más sorprendente, era que la vida se mantuviese. La hierba continuaba creciendo en las praderas, el trigo en los campos, la hoja al extremo de las ramitas; tanto la bestia como el hombre realizaban todas sus funciones sutiles; en una palabra, la *química orgánica parecía intacta*. Pero no era así. Un tinte cuproso se mezclaba con el verde vegetal, la piel humana se volvía cenicienta; los fisiólogos percibían por doquier un retardo en las funciones pigmentarias. La emotividad también parecía disminuir. Sin duda un miedo continuo agitaba a los seres, pero las «pulsaciones» de este miedo eran menos violentas que al principio. Al extenderse a todo el mundo, la amenaza parecía menos terrorífica. Nadie experimentaba ya la rebelión individual, que es desde luego la más áspera y la más intolerable. Entre los viejos, los enfermos, los débiles y aún más entre los que sufrían males incurables, un sentimiento de «desquite» atenuaba la angustia. Pero además de estos elementos psicológicos, había que tener en cuenta la narcosis. Los nervios perdían su sensibilidad habitual; las contusiones y heridas sólo despertaban dolores sordos; la imaginación se había vuelto pesada y pobre. Solamente la

inteligencia deductiva no mostraba el menor desfallecimiento. En cuanto al espíritu de observación, lo que perdía en prontitud parecía ganarlo con creces en precisión y constancia.

La mañana del cuarto día, Langre y Meyral, tras un frugal desayuno, celebraban consejo en el laboratorio.

—¡El azul casi ha desaparecido! —murmuró el anciano.

Estaba pálido y afligido; sus ojos perdían su fiebre; una expresión de estupor aflojaba su máscara ferviente.

—Ya nada puede salvar a los hombres —afirmó.

—Es probable —asintió Meyral—. Las probabilidades de salvación son muy escasas. Sin embargo, no han desaparecido por completo. Dependen de lo que yo llamaría la trayectoria del cataclismo. Pues yo no creo, mi querido amigo, que estos fenómenos sean duraderos. Pasarán.

—¿Cuándo? —preguntó Langre, taciturno.

—Este es el nudo del problema. Suponiendo que las fases sean regulares y comparables, podríamos alcanzar el límite.

—¿Qué límite? ¡Yo veo varios! Pues al final toda la luz y los rayos infrarrojos desaparecerán o bien la destrucción se detendrá... en el verde... en el amarillo... en el anaranjado... en el rojo... ¡Todo esto pueden ser límites!

—El límite supremo será el fin de toda radiación, que corresponderá al fin de toda la vida superior. No creo que los mamíferos resistan a la desaparición del amarillo y del anaranjado, aun admitiendo que la última fase sea corta. Es inútil prever esta eventualidad. Pero imaginemos que la crisis alcance su máximo cuando una parte de los rayos amarillos estén extinguidos, y que en este momento comience la reacción. Parece evidente que cuanto más breves sean las fases, mayores serán nuestras probabilidades de supervivencia. Han hecho falta tres días para destruir el violeta, el índigo y el azul... Se requerirá aproximadamente un día para que desaparezca el verde. Pongamos otro día para que empiece a atacarse el amarillo. Dentro de cuarenta y ocho horas alcanzaremos el límite y, al propio tiempo, el retroceso comenzará.

Gérard miraba con lástima a su compañero.

—¡Mi pobre amigo! Cuando todos los cálculos humanos son escarnecidos de esa manera tan terrible, ¿cómo podemos atrevernos aún a sentar hipótesis? No hay ninguna razón para que las radiaciones no desaparezcan de la primera a la última.

—Sin embargo, veo una cierta lógica «de compensación» en la marcha del fenómeno, a pesar del incuestionable aumento de intensidad del rojo y del anaranjado, la temperatura es casi normal. Este último hecho permite abrigar ciertas esperanzas.

—¡Pero tan débiles! —protestó quejumbrosamente Langre—. Desde luego, esto puede significar que la energía perdida por un lado tiende a aumentar por otro, pero esto puede no ser más que un residuo de transformación. Pues si suponemos que las radiaciones de orden luminoso se convierten gradualmente en energías desconocidas,

habrá que esperar reacciones... Pero estas reacciones no demuestran en absoluto que la conversión no se realice hasta el final... ¡Además, yo no creo que la humanidad soporte la desaparición, incluso momentánea, de las ondas verdes! Yo siempre he sostenido que el verde es un color esencial para la vida. Entre tanto —terminó con una sonrisa triste— es posible —yo diría probable en cualquier otra circunstancia— que el fenómeno sea transitorio. Su comienzo ha sido demasiado brusco y su evolución demasiado rápida, para que nuestra lógica no vea en él más que a un inmenso accidente. ¿Pero de qué sirve aquí nuestra lógica?

Guardó silencio y se entregó nuevamente a su trabajo. Durante media hora, realizaron melancólicos experimentos. Luego Meyral suspiró y dijo:

—¿Habría que buscar la causa del accidente en el espacio interestelar?

—Como simple perturbación del planeta, esto me parecería excesivo —respondió Langre, observando una placa fluorescente— y como perturbación solar, inverosímil: habría que complicar al infinito la influencia solar para admitir que la abolición de las ondas superiores se verificase exactamente tanto de día como de noche... tanto para el menor fuego encendido por el hombre como para la luz de las estrellas. Me inclino a admitir que la catástrofe es de origen interestelar.

—En este caso, influiría en el sol, y también admitiendo este origen, deberíamos descubrir diferencias entre la acción diurna y la acción nocturna.

—Pero diferencias incomparablemente menores que si el sol ejerciese únicamente su acción. No importa, es necesario que tratemos de descubrirlo. Tal vez una lectura atenta de nuestro diario de experimentos nos revelará algunas de ellas... Entonces...

Algo de aquel entusiasmo amargo que lo había sostenido contra las expoliaciones y las negaciones de justicia, ascendió a su cara.

—¡Pobre viejo maniático! —Refunfuñó, golpeándose irónicamente el pecho—. ¡Mezquina máquina de truenos! ¡La humanidad se halla en vías de perecer y tú!... Una aflicción febril hizo temblar sus hombros.

—¡No puedo más! —gimió—. Agrupémonos. Unamos nuestras pequeñas vidas, antes de hundirnos en la niebla sin forma.

Meyral lo escuchaba con una compasión inmensa, que se vertía también sobre su propia persona.

—Sí —respondió—, debemos vivir juntos; no debe usted separarse de los suyos... ni que sea durante una hora. ¡Sería impío!

—¡Catalina! —gritó el anciano.

La siniestra sirvienta apareció. En aquella luz cobriza, mostraba un rostro en el que el espanto había abierto orificios y arrugas. Sus pupilas se dilataban como las de los gatos al crepúsculo.

—Diga a *madame* Vérannes que la esperamos aquí con los niños, así como a Berta y Cesarina —dijo el viejo sabio con tono amistoso—. Usted también podrá quedarse con nosotros si lo prefiere...

—¡Oh, sí, señor, claro que lo prefiero! —exclamó ella.

El instinto gregario se manifestaba en el ademán de sus brazos tendidos hacia su amo; no sólo tenía confianza en el anciano, cuyo espíritu valiente y fiel apreciaba, sino también en los instrumentos enigmáticos alineados sobre las mesas y junto a las paredes.

—¿No hay cartas ni periódicos? —preguntó el sabio.

—Ni cartas, ni periódicos; el señor ya sabe que se los hubiera traído.

—¡Qué desgracia!

—Tal vez saldrá un periódico al mediodía... como ayer.

Unos instantes después apareció Sabina con los niños y la doncella. Cesarina la seguía con pasos furtivos. El resplandor rojizo disimulaba mal la palidez de las caras, pero los niños no demostraban ninguna tristeza; sólo una cierta languidez retardaba sus gestos.

El cáncer que corroía su espíritu había hecho adelgazar a la joven. Ya no tenía ninguna esperanza. La larga prueba que tuvo que soportar junto a Vérannes y la vida dramática de Langre la habían «entrenado» para las sensaciones negras. Después de haber visto con tanta frecuencia lo peor, apenas se sorprendía del inmenso y sutil desastre que amenazaba a la humanidad. Una correspondencia mística se establecía entre este infortunio total y las aflicciones que se habían acumulado en ella. Si bien Sabina esperaba el fatal desenlace sin rebelarse, ello la hacía sufrir amargamente al pensar en los demás; sentía también un insondable remordimiento por haber hecho un uso tan ridículo de su juventud.

Su mirada interrogó temerosa las facciones de Langre. El anciano se volvió; pero en su rostro se distinguían los matices de sus rasgos impacientes, incapaces de disimular.

—¿Es el milenio? —preguntó la joven, pues no quería asustar a Berta ni a Cesarina.

—No lo sabemos.

Oyó el tañido de la campana de Saint Jacques; después, un grito penetrante se alzó en la calle.

—¡El diario! —dijo Catalina.

Tres minutos después volvía con una hoja titulada *Le Bulletin*, una hoja improvisada impresa merced a una prensa de mano y en la que un grupo de periodistas y de sabios condensaba las noticias. En aquella hoja no había prosa superflua; la forma anecdótica había sido suprimida.

Langre la recorrió ávidamente con la mirada. Con excepción de algunos matices, las informaciones de orden científico no le dijeron nada que ya no supiese. Los demás hechos sólo eran la consecuencia del hecho general; pero había uno, entre ellos, que inspiraba serios cuidados: en París, la mortalidad se había triplicado durante las últimas veinticuatro horas. Seguía una marcha ascendente. De ocho de la mañana al mediodía, los médicos habían certificado treinta y nueve defunciones; de las doce a las cuatro, cuarenta y cuatro; de las cuatro a las ocho de la noche, cincuenta y ocho;

de las ocho a medianoche; ochenta y dos; de las doce de la noche a las cuatro de la madrugada, ciento dieciocho; de las cuatro de la madrugada a las ocho de la mañana, ciento setenta y siete. En total, quinientas dieciocho defunciones. Las dos terceras partes de los enfermos habían sucumbido a causa de un mal misterioso y rápido, sin sufrimientos positivos, con excepción de una terrible crisis de inquietud que se manifestaba una hora aproximadamente antes de la agonía.

Esta inquietud desemboca en un estado de estupor seguido del coma.

En ningún momento se constató fiebre, aunque los movimientos del enfermo acusasen, al principio de la enfermedad, temblores y una gran sensación de fatiga. Las pupilas estaban constantemente dilatadas, la piel seca y roja, de un rojo bermejo, que no se debía en absoluto a la afluencia sanguínea.

Langre pasó el periódico a Meyral, diciendo:

—¡Le ha llegado el turno a la química orgánica!

—¡Sí, por desgracia! —dijo Georges en voz baja, después de haberlo leído—. Si yo aún espero contra toda esperanza, es porque, en mi opinión, la crisis morbosa hubiera debido producirse más pronto.

Langre medía la estancia a grandes pasos. Sabina, adivinando noticias siniestras, prefería no interrogar a los dos hombres. ¿De qué hubiera servido, puesto que ella esperaba lo peor? En cuanto a Berta, Catalina y Cesarina, acurrucadas en un rincón, renunciaban a comprender nada, poniendo su destino en manos de su señor.

Meyral continuaba la lectura. En párrafos breves se comunicaba que los animales habían sido diversamente alcanzados por el mal: éste atacaba enérgicamente a los herbívoros; en cambio, los perros y especialmente los gatos resistían mejor que los hombres. Las aves domésticas se entorpecían y adormecían sin que su mortalidad sobrepasase mucho la normal; no se habían podido hacer estadísticas con las aves silvestres ni tampoco con los insectos, pero su vitalidad parecía haberse hecho más lenta.

Los dos hombres cambiaron una mirada pesarosa.

—Si las radiaciones verdes desaparecen... —empezó a decir Langre.

Se puso a examinar atentamente el espectro solar. Durante un cuarto de hora, ambos sabios efectuaron mediciones exactas. Por último, Meyral susurró:

—¡El verde empieza a ser atacado!

Reinó un silencio de muerte. Las palabras les parecían a todos irrisorias. El frío de la nada envolvía a aquel grupo de seres perdidos en una catástrofe sin límites... Por las ventanas se veía el Val-de-Grace y el Luxemburgo teñidos por unos resplandores de fuegos de Bengala. Algunos seres se escurrían por las aceras como fantasmas; un silencio negro se cernía sobre el barrio. Sin embargo, el campanario próximo dio las doce del mediodía y las campanadas adquirieron una grandeza extraña, como si surgiesen del fondo de las edades, temblorosas y cargadas de recuerdos milenarios.

—¡La hora del almuerzo! —dijo maquinalmente Langre.

Catalina se levantó del rincón en que se había acurrucado y dijo:

—Voy a servirlo.

Diez minutos más tarde, todos se hallaban reunidos en el comedor. Ante ellos tenían fruta, galletas, conservas y vino. Langre y Meyral observaban los alimentos con desconfianza; temían que se hubiesen vuelto incomedibles. Pero desde los primeros bocados se vio que estaban intactos. Y a pesar de todo, aquella frugal colación tuvo su encanto. Todos tenían hambre, un hambre «retardada», pero continua, y el vino los animó: su alegría confusa, deslizándose de fibra en fibra, despertaba insólitas confianzas.

—¡En cierto sentido, el cataclismo se ha mostrado clemente con la vida! — exclamó Meyral.

Langre apuró una copa llena hasta el borde para combatir la niebla pesimista que espesaba su pensamiento y mintió con una sonrisa:

—¡Saldremos de esta!

Había puesto a la pequeña Marta sobre sus rodillas; era como un condenado a muerte cuya sensación de la nada y cuya angustia hubiesen sido exaltada y calmada, respectivamente, por el opio o la morfina. Una ternura extraordinaria llenaba su viejo corazón... el amor del padre y del abuelo estrechamente amalgamado con el amor a la raza humana, a toda la vida terrestre, rodeada por una fuerza incomparablemente más cruel que todas cuantas habían asaltado a los seres vivientes a través de los siglos.

—¡Vamos a ver a nuestros semejantes! —dijo, impulsado por un deseo súbito y violento.

Apenas hubo hablado, el mismo deseo se contagió a Georges, Sabina e incluso las sirvientas. Cada cual, a la medida de su instinto y de su inteligencia, sentía el gran vínculo de la especie.

La calle de las Bernardas estaba desierta; algunos transeúntes circulaban por la calle Saint Jacques y la calle Gay Lussac; andaban furtivamente en la luz cárdena; los que iban por parejas o en grupo no se dirigían la palabra. Daba la impresión de uno de aquellos crepúsculos que evocan los poetas del Norte y que no son los crepúsculos de un día, sino de una época. La ausencia de coches hubiera bastado para hacer silenciosa a la ciudad; en la atmósfera bochornosa, los ruidos se disolvían; las botas de los transeúntes parecían afelpadas. En todas las caras se pintaba la melancolía, la amargura y un temor atenuado por la lasitud.

En el bulevar Saint Michel, la multitud se hizo compacta. La gente joven, abandonándose al instinto gregario, formaban bandas; pobres muchachas empolvadas y con los labios pintados, como si realizasen un rito, se deslizaban lúgubrementemente por la acera; aquí y allá surgía alguna nivea cabeza de sabio o de filósofo; se veían también artesanos, domésticos, tenderos, rentistas, pequeños industriales, parásitos de la vida alegre, mendigos e incluso una florista que, con aire aturdido, ofrecía lilas marchitas.

Las fronteras sutiles que separan los instintos, los gustos y las mentalidades, dividían aún a aquellos seres, manteniendo una vaga jerarquía. Además, la multitud era dulce y andaba despacio. La naturaleza de la catástrofe, la siniestra sutileza de las peripecias refrenaban los impulsos brutales. El propio espanto era contenido y parecía dilatado por el estupor. Y había una gran unidad de emoción; las almas sencillas sentían con la misma vivacidad que los más intelectuales hasta qué punto aquella aventura estaba en contradicción con el destino humano. Que la tierra tragase a sus habitantes, que los mares sumergiesen a los continentes, que una epidemia funesta exterminase a todos los seres, que el sol se extinguiese, que un astro de fuego los calcinase o que un planeta desorbitado chocase contra el nuestro... todo esto eran acontecimientos concebibles, hechos a imagen de lo que se había realizado desde los orígenes... Pero aquella muerte fantástica de la luz, aquella agonía de los colores que alcanzaba desde la más humilde llama hasta los rayos del sol y de las estrellas, desmentía de una manera irrisoria la historia entera de los animales y de los hombres...

—*Lo aceptan* más fácilmente de lo que yo hubiera imaginado —constató Langre—. ¿Y por qué no, después de todo? La destrucción que los amenaza a todos por igual debía amenazarlos a uno después de otro... ¡Cómo evitan el cáncer, el cólico nefrítico, las noches de ahogo, las neuralgias faciales, todo cuanto amenaza a la ínfima criatura humana!

Este discurso no lo consolaba. Aquella humanidad, que él creía despreciar y odiar, se le hacía extrañamente querida. Aunque la espera de su muerte y de la muerte de los suyos bastase para llenar su alma, experimentaba un horror sagrado, un dolor fraternal que iban mucho más allá de su propio drama.

Este horror era más profundo en Meyral, que atisbaba la multitud con una tierna compasión. En las reservas de su ser se elevaba un sentimiento religioso, pues él era de aquellos para quienes el porvenir de la humanidad es una pasión y una promesa. En todo momento, la energía y la persistencia de la especie habían exaltado su propia energía y el sentimiento de su persistencia.

Mientras pasaban ante Cluny, Sabina experimentó un sobresalto y se acercó a los niños. Unos segundos más tarde, Meyral se estremeció a su vez: acababa de distinguir a Vérannes.

—¡Y qué importa! —se dijo—. No es más que un desgraciado.

Bajo la luz anaranjada, Vérannes tenía un aire doliente y débil. Estaba en el lado opuesto de la calle, tratando de disimularse entre la multitud. Era evidente que espiaba a la joven.

—¿Qué mira? —preguntó Langre.

Volviendo la cabeza, distinguió a su vez al personaje. Esta visión lo reanimó hasta enfurecerlo y esbozó un gesto de amenaza. Un grupo ocultó al marido de Sabina y vieron a un adolescente que acababa de desmayarse, sostenido por dos hombres. Se esparció un rumor, el rumor de una multitud lánguida, de emociones retardadas.

Luego un estudiante se dejó caer apoyándose en una fachada y un niño rodó por el arroyo... Los levantaron del suelo y se los llevaron. Se escuchó una especie de jadeo colectivo.

—¡El mal se agrava! —susurró un hombre largo y huesudo que subía por el bulevar.

Langre y Meyral reconocieron en él al doctor Desvallières.

—¿Qué mal? —preguntó maquinalmente el viejo físico.

Desvallières, que se disponía a cruzar la calle, tendió la mano a Langre.

—No lo sé —manifestó—. ¿El mal planetario? Estas tres últimas horas han sido espantosas. Además, las muertes cada vez son más repentinas.

Mientras hablaba, se escuchó un débil gemido. Una mujer acababa de desplomarse sobre la acera. Un guardia urbano y dos obreros la levantaron. Tenía los ojos muy abiertos; su mirada se extinguía por momentos. Desvallières, inclinado sobre ella, le palpó el cuello, sobre una de las carótidas. Unas palabras confusas erraron por las comisuras de sus labios lívidos:

—Cecilia... quiero... ¡ah!...

—Ha muerto —declaró el médico.

El horror paralizó a Sabina, que tenía los ojos anegados en llanto. Meyral susurró al oído de Langre:

—Hay que volver a casa cuanto antes. Temo el contagio mental.

Antes de que el pequeño grupo hubiese doblado la esquina de la calle del Sommerard, pudieron ver aún a un viejo que sufrió un desvanecimiento ante el café Vachette y a una niña inanimada en los brazos de un artesano. Langre había tomado la mano de Sabina; Meyral llevaba a uno de los niños y las criadas andaban con paso vivo. En la calle Saint Jacques, casi desierta, los transeúntes ya no paseaban ociosamente; todos se apresuraban para ponerse a buen recaudo; en el cielo leonado el sol adquiría un siniestro tinte rojizo.

El camino parecía interminable, una creciente fatiga agobiaba la marcha y la angustia hubiese sido terrible si la facultad de sufrimiento no hubiese quedado singularmente reducida.

—¡Por fin! —suspiró Langre cuando se vio ante la puerta de su casa.

Empujó vivamente a Sabina, pues a lo lejos había distinguido a varios hombres que transportaban a un cuerpo inerte... Tres minutos más tarde, se hallaban todos reunidos en la pequeña patria de las habitaciones. ¡Dulce refugio! El inmenso peligro ya dejaba de ser perceptible; ellos se acercaban unos a otros, buscaban como los niños aquella seguridad que nace de la mutua compañía en el mismo nido, en el seno de los elementos misteriosos.

Pero esto no duró mucho. Un gran malestar estremecía su debilidad; se asustaban al ver sus caras, en las que la palidez adquiría tintes cobrizos, en las que el secreto de la hora inscribía sus amenazas.

Furtivamente, Meyral se dirigió a una de las grandes mesas del laboratorio;

Langre lo siguió.

—¡El verde disminuye! —dijo el joven en voz baja.

—Y lo que quizá es igualmente grave —respondió Langre en el mismo tono—, la temperatura baja... parece como si el brillo del rojo hubiese dejado de aumentar. *Ya no hay compensación...*

—Un grado... no es mucho, y puede depender de causas normales. En cuanto al brillo del rojo, si bien permanece estacionario en la región elevada, ha aumentado en las cercanías del infrarrojo. Incluso parece... sí, parece que la región se ha ensanchado ligeramente...

Midieron la anchura de la banda roja en el micrómetro:

—Se ha ensanchado.

—¡Aún constituye una cierta compensación! —dijo amargamente el anciano.

## V

# LA MUERTE SIEGA VIDAS HUMANAS

Langre tiritaba. La criada trágica también tiritaba; un frío súbito penetraba hasta lo más íntimo de sus carnes. Este frío fue seguido por un período de sobreexcitación y de miedo. Una angustia intolerable pesaba sobre las nuca. Berta, la doncella, rodaba junto a las paredes, con aspecto de bestia acorralada:

—¡La muerte!... ¡La muerte!... ¡La muerte!... —decía con voz ronca.

De pronto giró sobre sí misma, como si hubiese recibido una bala en el cráneo, levantó los brazos con un gesto de angustia suprema y rodó bruscamente por el suelo. Langre y Meyral la levantaron. La infeliz temblaba, con breves sobresaltos; tenía las mejillas hundidas entre las mandíbulas; sus ojos, muy abiertos, «perdían» de una manera fantástica su mirada.

—¡Berta!... ¡Pobre Berta! —gemía Sabina.

Sentía gran afecto por aquella joven, dulce y paciente.

—¡Me muero! —murmuró la agonizante.

Sus manos se agitaron en el vacío, una sonrisa trágica crispó su boca y la mirada continuó extinguiéndose.

—¡Un médico! —ordenó Langre.

La criada trágica se dirigió titubeando hacia la puerta, pero Meyral se le adelantó... De los labios de la moribunda brotaron aún algunas palabras confusas, como guijarros en un arroyo; lanzó un gemido seguido por un estertor y se hundió en la noche eterna.

El médico que trajo Meyral era un hombre rechoncho y patituerto, cuya barba era entrecana a la izquierda, mientras que a la derecha aún era negra. Examinó con indiferencia el cadáver y tartamudeó:

—¡Ya no sabemos nada! ¡Esta enfermedad no tiene nombre! Si esto continúa... no quedará nadie... Hizo un gesto de renuncia y contempló en silencio el cadáver.

—¡No hay nada que hacer! Los excitantes fracasan. ¡Nuestra presencia de nada sirve... de nada!

Y pasándose la mano por la frente, con un ademán de inmenso cansancio, añadió:

—¡Me esperan en otro sitio... me esperan en todas partes!

Se deslizó fuera del laboratorio como un espectro.

Pasó una hora, agobiante, monótona. Ellos aguardaban en la espera sin nombre, más perdidos en el seno del misterio que los naufragos en pleno océano. Solamente hallaban alivio en su propia debilidad, que les producía largas pausas de embotamiento, durante las cuales los pensamientos y las sensaciones pasaban frente al organismo sin penetrar en él, tan lentos, tan indecisos, que diluían el sufrimiento. Luego venía un atroz despertar, un despertar glacial, en que el alma se llenaba de terror y la angustia oprimía las gargantas como un lazo corredizo. El despertar y el

embotamiento a un ritmo seguido, pues se producían simultáneamente en los adultos y en los niños.

Alrededor de las cinco, Langre y Meyral comprobaron que la temperatura bajaba con mayor rapidez.

—¡Y esta vez la intensidad de los rayos rojos permanece estacionaria! — murmuró el anciano con voz siniestra—. El fin está próximo... Una llamada a la puerta de entrada le interrumpió.

—¿Un visitante? —rezongó con débil ironía.

La criada trágica se arrastró hasta el vestíbulo; se oyó una exclamación y unos susurros; luego una elevada silueta se irguió en el umbral del laboratorio:

—¡Vérannes! —gruñó el anciano.

—Sí, Vérannes —respondió el visitante.

Mostraba una cara humilde, de facciones hundidas que inspiraban lástima; su elevada estatura parecía reducida, un continuo temblor agitaba sus manos musculosas.

—He venido —prosiguió en tono suplicante— porque todo va a terminar... y querría morir junto a mis hijos y la mujer que amo.

—¡Usted no lo merece! —gritó Langre.

Si Vérannes se hubiese presentado en el momento en que la crisis de abatimiento aún duraba, tal vez lo hubieran acogido sin protestas. Pero la fase de excitación alcanzaba su paroxismo: la vista del «enemigo» exasperó al anciano y desesperó a Sabina.

—¡No! —Prosiguió Gérard, cuya exaltación se mezclaba con algo de delirio—, usted no merece morir junto a su víctima, ni nosotros merecemos que nuestros últimos instantes se vean turbados por una presencia odiosa.

—¡Soy un desgraciado! —Suspiró Vérannes—. Mis errores son irreparables, mas piense usted que fueron provocados por un amor sin límites... Piense también que estas pobres criaturas son mis hijos. No pido más que un poco de compasión. Concédanme un rincón, en un cuarto donde tenga la impresión de estar cerca de la que amo. Sabina, ¿no tendrás piedad de mí?

—Sí, sí... que se quede —suspiró la joven cubriéndose el rostro.

Reinó un largo silencio. El frío parecía aumentar, la luz cárdena rodeaba a los seres como el resplandor de una hoguera a punto de extinguirse, la muerte se cernía en la atmósfera cargada de espanto y todos tiritaban lamentablemente.

—¿Qué hago? —preguntó el anciano dirigiéndose a Meyral.

—¡Perdonar! —respondió el joven.

—¡Perdonar, jamás! —exclamó Langre—. Pero soportaré su presencia.

—¡Gracias! —suspiró Pierre con voz ahogada.

Temblaba más violentamente que los demás; Hubiérase dicho que su rostro enflaquecía a ojos vistas.

—¿Dónde me meteré? —preguntó tras un nuevo silencio.

—¡Quédate con nosotros! —dijo Sabina.

Él tomó sollozando la mano de su mujer y depositó en ella un ósculo de esclavo.

Pasó otra hora y el crepúsculo se avecinó. Por la ventana occidental podía verse un inmenso sol carmesí; las nubes parecían estar bañadas en sangre coagulada. Desde hacía unos instantes, Vérannes parecía amodorrado. Inclina la cabeza sobre el hombro derecho; tenía un ojo cerrado y otro entreabierto; respiraba pesadamente, como un animal perseguido... De pronto levantó la cabeza, examinó el laboratorio y sus compañeros con una mirada lejana y susurró:

—¡Pasan... cosas horribles!

Levantándose después, con el cuerpo sacudido por grandes estremecimientos, se precipitó hacia la ventana crepuscular. Hubiérase dicho que iba a lanzarse a través de los vidrios. Pero dando media vuelta, volvió sobre sus pasos y se arrodilló ante Sabina.

—¡Oh! —Gimió—, perdóname... ten compasión de mí. Te he querido tanto... tú no puedes saber lo que eras para mí... ¡Toda la vida, todas las primaveras, toda la belleza de la tierra! ¡Todos los latidos de mi pecho te querían feliz! ¡Por tu amor, yo estaba dispuesto a todas las crucifixiones! ¡Pero tenía tanto miedo de perderte! Y este miedo me torturaba como una bestia implacable, convirtiendo en un verdugo a quien te quería más que a sí mismo.

Tomó entre las suyas las pequeñas manos de Sabina y las cubrió de besos ardientes.

—¿No es verdad... que me perdonas?

—En mi corazón no hay rencor —murmuró ella.

—¡Gracias! —dijo Vérannes con un sollozo.

Permanecía arrodillado como si rezase; luego, el temblor de sus miembros aumentó, volvió su rostro convulsivo hacia el poniente y empezó a vagar junto a la pared.

—¡La muerte! —jadeaba—. ¡La muerte!... Meyral lo sostuvo en el momento en que iba a desplomarse y lo sentó en un sillón. Sus dientes castañeteaban; su mirada se hacía vidriosa; sus manos palpaban débilmente Agitó dos o tres veces la cabeza de una manera lúgubre y, tras un estertor, desapareció en la noche eterna.

Entonces Sabina, con un gran grito, se lanzó sobre su cadáver y le dio un beso. Todos permanecían de pie en torno a la pálida estatua. La muerte profunda disolvía los rencores... A lo lejos, entre el ramaje, desaparecía el sol inmenso que quizá no vería más ninguna pupila humana.

Meyral recitaba:

*Cambiaremos un relámpago único,  
Como un largo sollozo cargado de adioses.*

Humildemente contempló a Sabina. En el crepúsculo leonado volvió a los días de

su juventud, cuando todos sus sueños giraban en torno de la virgen, como una bandada de palomas torcaces... Sabina luminosa, Sabina odorífera..., gran cabellera mágica, el Edén... Y allí estaba, libre; las esperanzas ilimitadas podían crecer a su alrededor... ¡y era el fin del mundo!

El sol había abandonado los vidrios y un crepúsculo de cenizas sangrientas erraba por las nubes; venía la noche, espesa y mortal. En algunos minutos, la temperatura descendió muchos grados; Langre dijo:

—Hará mucho frío... y la noche será oscura como boca de lobo, pues la luna no saldrá hasta después de las doce. ¡Debemos taparnos!

Catalina preguntó:

—¿Hay que acostar a los niños?

—No en su habitación —respondió el anciano—. No nos separaremos. Vamos a buscar abrigo, mantas y colchones, antes de que lleguen las tinieblas.

Se instalaron unos lechos improvisados en el laboratorio. Todos se habían puesto ropas de abrigo. Hicieron una rápida refección, mientras los últimos resplandores se extinguían en la inmensidad. En los desiertos del cielo aparecieron algunos astros rojizos: Vesper, Altair, Vega, la Brillante del Cisne, Aldebarán, Júpiter, Capella: las estrellas más pequeñas permanecían invisibles...

La crisis de torpor comenzaba. La tristeza se evaporaba en la somnolencia. Con un último sobresalto, Langre, Meyral y Sabina adoptaron algunas medidas contra el frío creciente.

—¡Es el invierno... el invierno eterno! —decía el anciano, con una risa sarcástica y apagada.

Las formas se borraban, convirtiéndose en bloques de oscuridad.

—¡Ah, ah! —continuó Gérard con voz ronca—. Ni siquiera veremos desaparecer los rayos verdes.

Dominada por la somnolencia, que embotaba su cerebro, Catalina se movía con los gestos rígidos de los sonámbulos. Sostenía una caja de cerillas e instintivamente quería procurarse luz; hablaba como en sueños:

—¿Es que no habrá nunca más fuego?

Ya no se veían; estaban sumidos en la noche; la claridad extenuada de las estrellas rojizas ni siquiera hacía brillar los cristales, las lupas, los espejos y los prismas.

Cuando los niños estuvieron acostados, Catalina y Cesarina, titubeantes, fueron a acostarse a su vez.

—¡Mi pobrecilla Sabina! ¡Mi querido Georges! —balbuceó el anciano.

Atrayéndolos hacia sí, susurró, ya dominado por el torpor:

—¡Ha llegado la última noche de los hombres! ¡Ah... hubiéramos podido... os he amado tan tiernamente!... Pero ya nunca...

Ellos lo escuchaban, ateridos. El frío se hacía intolerable.

—¡Adiós! —sollozó el anciano—. El océano de las edades...

Los tres se abrazaron en un súbito impulso de dolor y ternura. Langre aún tuvo

fuerza para ayudar a Sabina a tenderse junto a los pequeños y luego se dejó caer sobre un colchón. Sólo Meyral quedó de pie.

Un sueño lo embargaba: el sueño inmenso de los Hombres, el sueño de los siglos y de los milenios. En las tinieblas infinitas, en la superficie de un astro negro, volvía a ver las auroras de su infancia, tan jóvenes como las primeras auroras de la bestia vertical, cuando ésta hacía fuego a orillas del río o en las colinas.

A pesar del gabán que se había puesto, sentía que el frío se insinuaba arteramente en sus miembros.

—¡Millones y millones de semejantes míos viven su última hora! —murmuró.

Después escuchó la respiración entrecortada de sus compañeros. Su temblor aumentaba; una gran debilidad vencía sus músculos. El instinto lo llevó a su colchón. Envolviéndose en las mantas, se dejó caer como un fardo.

## VI

### EL ALBA

Cuando se despertó, un resplandor débil y cobrizo se filtraba por la ventana oriental.

Permaneció tembloroso, presa aún del recuerdo pesado del sueño. Poco a poco, sus pensamientos se aclararon y se coordinaron. El horror del sueño apareció ante él. El frío se había hecho insoportable; Meyral tenía el rostro transido... Mirando a su alrededor, distinguió confusamente los colchones en que estaban tendidos sus compañeros. Ni un soplo turbaba el gran silencio.

—¡Están muertos! —balbuceó Meyral, aterrorizado.

Levantándose se dirigió, sintiendo vértigos, al colchón más próximo y discernió confusamente una cabellera clara. Una angustia mortal lo inmovilizó; estuvo a punto de regresar a su lecho para esperar el decreto de lo invisible... La fuerza que aún había en él y que no quería desesperar antes de exhalar el último suspiro, lo reanimó y palpó el rostro de Langre.

Estaba frío. Ni el menor hálito parecía brotar de sus labios.

Georges se arrastró hasta los demás lechos. Todas las caras estaban frías como la del anciano.

—¡Dios mío! —suspiró el joven.

Permaneció inclinado más tiempo sobre Sabina; un sollozo subió hasta su garganta. Pero su dolor era algo demasiado inmenso y religioso para manifestarse en lágrimas. Postrado de hinojos en las tinieblas, dispuesto a morir, ya que todos aquellos que amaba habían desaparecido y todos sus hermanos estaban condenados, animado sin embargo por un espíritu feroz de rebelión, no podía admitir que el largo esfuerzo de las edades se hundiesen en aquella nada abominable. Durante algunos minutos, esta rebelión sacudió las raíces de su ser, hasta que descubrió la terrible grandeza de la catástrofe. Incluso llegó a parecerle hermosa. ¿Por qué no podía simbolizar los recursos infinitos del mundo? El sacrificio de una humanidad apenas tenía mayor importancia en el ciclo inagotable de las energías, que el sacrificio de una colmena o de un hormiguero. Aquellos milenios durante los cuales se sucedieron las generaciones surgidas del mar primitivo, eran tan fugaces en la vida de la Galaxia como un segundo en la vida de un hombre. Tal vez era admirable que la larga tragedia del Animal y de la Planta terminase con una destrucción desdeñosa... ¿Qué había sido la vida terrestre sino una guerra sin cuartel y qué era el Hombre sino el que había asesinado, sojuzgado o envilecido a sus hermanos inferiores? ¿Por qué el final había de ser armonioso?

—¡No, no! —exclamó Meyral—. No es admirable... ¡Es horroroso!

Sus pensamientos empezaban a distenderse y hacerse más lentos. El torpor volvía a apoderarse de sus miembros y de su inteligencia. Ya no era más que un pobre ser tembloroso y dolorido. Se plegaba bajo las fuerzas enormes como el insecto ante el

frío otoñal.

Sus pensamientos fueron perdiendo su coordinación; incluso las imágenes se hicieron raras; dominó el instinto. Volvió trabajosamente a su lecho y se cubrió con las mantas.

Después del alba vino el día, un día parecido a las noches polares, cuando la aurora boreal asciende a través de las nubes. En el gran laboratorio, nada se movía. De nuevo fue Meyral quien se despertó. De momento permaneció en el limbo de los sueños, con los ojos cerrados a medias y el pensamiento cautivo. Luego la realidad lo agarró por la garganta, el espantó creció como una horda de fieras. Y levantándose a medias, contempló largo rato las formas vagas e inmóviles de sus amigos.

—¡Estoy solo!... ¡Completamente solo!

El horror lo dominaba. Luego tuvo una especie de delirio. No podía aprehender ninguna idea, ninguna impresión: todas giraban como briznas de hierba en el río. Aquel vértigo le infundió una especie de fuerza; consiguió levantarse y se sintió dominado por una sola sensación, ardiente, intolerable: el hambre... Esta sensación le condujo fuera del laboratorio, a la cocina, donde comió vorazmente y al azar unas galletas, azúcar y un poco de chocolate. Esta comida fue eficaz, el pensamiento readquirió su lucidez y un vago optimismo henchó el pecho del joven.

Pero el dolor hizo nuevamente presa en él cuando volvió a hallarse en el laboratorio. No se atrevía a inclinarse sobre sus compañeros; quería conservar una sombra de esperanza... y para conseguir un aplazamiento, se acercó a una de las grandes mesas.

El termómetro marcaba siete grados bajo cero.

—¡Veintitrés grados por debajo de lo normal! —murmuró maquinalmente el sabio.

Acto seguido analizó el espectro solar. Inmediatamente su corazón se puso a palpar tumultuosamente: ¡La zona verde permanecía estacionaria! O al menos, lo que era igual, no había disminuido.

—Teniendo en cuenta el ritmo del fenómeno —se dijo—, el verde hubiera debido desaparecer. Es probable que...

Interrumpiéndose, volvió a examinar la zona y prosiguió, pues sentía alivio formulando su pensamiento en voz alta:

—Es muy posible que el verde haya sido comido más profundamente. Esto indica que la reacción ya ha comenzado.

Con tono místico repitió:

—¡La reacción ya ha comenzado!

Y esto le infundió valor para volver junto a sus amigos. Principió por inclinarse sobre el pequeño Roberto. La carita del niño continuaba fría; no se percibía el menor aliento. Meyral le palpó el pecho y lo auscultó, tratando en vano de percibir los latidos del corazón; el niño tenía los miembros rígidos, pero su rigidez parecía incompleta.

El joven examinó sucesivamente a Langre, a la pequeña Marta y las sirvientas; apenas si se atrevió a tocar las mejillas de Sabina. El estado de todos ellos parecía idéntico al de Roberto.

—¡No es la rigidez de la muerte! —murmuró Georges.

Además, su temperatura, tomada en la axila en Langre y en el niño, era de casi veinte grados. Meyral se cercioró de que esta temperatura no descendía.

—¡Viven!... Es una vida precaria, ciertamente... una vida íntima... ¡Pero viven! ¡Ah, si la reacción continuase!... Su emoción, al principio ardiente, disminuía. Temió que se apoderase de él nuevamente el torpor. ¡Si volvía a dormirse ellos quedarían *solos* ante las fuerzas funestas!

Tras un cuarto de hora de espera, comprobó que su estado presente difería de su estado de la víspera. Su sensibilidad estaba amortiguada, sus movimientos eran algo tardos, pero no experimentaba torpor ni entumecimiento. Por el contrario, se sentía muy lúcido y mientras continuaba observando a sus amigos, se puso a medir de nuevo las zonas del espectro. Pronto tuvo la certidumbre de que los rayos verdes no disminuían. Adoptó precauciones extraordinarias para el próximo experimento, que aplazó para más tarde, con el fin de reducir «el azar de la ecuación personal», e hizo algunas comprobaciones en el polariscopio.

A las diez, el termómetro señalaba nueve grados bajo cero; por este lado, la situación empeoraba y ningún cambio era aún aparente en el estado de los enfermos. Pues Meyral ya no abrigaba la menor duda: ni Langre, ni Sabina, ni las sirvientas ni los niños estaban muertos; su estado parecía intermedio entre el que es propio de los seres presa del sueño de la hibernación y el letargo patológico. Mas el peligro era muy grande. Posiblemente no podrían resistir al frío, a pesar de que el joven había amontonado más mantas sobre ellos y les había envuelto cuidadosamente la cabeza.

A las diez y media, Meyral se decidió a continuar el examen del espectro solar... Lanzó un gran grito; a pesar de su apatía, tenía el rostro convulsionado por una esperanza indescriptible: ¡La zona verde había aumentado... la reacción comenzaba!

—¡Ah! —balbuceó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Al fin!... ¡Este horrible drama no llegará a sus últimas consecuencias!

En aquel primer minuto se olvidó de sí mismo y su frágil estructura desapareció en el océano de los seres, pues sólo pensaba en la salvación de la Vida. Luego reapareció su apatía. Sufrió un estremecimiento apenas perceptible, mientras se preguntaba:

—¿No será esto un simple sobresalto del fenómeno?

A mediodía le fue imposible negar la evidencia: ¡La zona verde se continuaba ensanchando! Por desgracia, el termómetro descendió a diez grados bajo cero. A pesar del abrigo de las mantas, Georges sentía un frío atroz.

Al apoderarse de él un voraz apetito análogo al que había experimentado por la mañana, volvió a devorar chocolate, galletas y azúcar. Aquella comida le hizo bien, pero le infundió sueño. Hundido en un sofá, con los pies bajo una colcha y la cabeza

bien cubierta, se hundió en la inconsciencia.

Al despertar, se sintió muy sobreexcitado y se aseguró febrilmente del estado de sus compañeros: éste era estacionario.

Luego se lanzó hacia los aparatos...

*¡El verde había reconquistado sus límites y los rayos azules se esbozaban!*

Entonces las dudas de Meyral se disiparon. Su alma se dilató como una primavera en abril. Fue la gran esperanza, la esperanza de resurrección, vasta como el alba de un universo. Toda la poesía de los génesis henchía el corazón del joven sabio, que recitaba con fervor:

*Y más tarde un ángel, entreabriendo las puertas,  
reanimará, muy fiel y amoroso,  
los espejos mate y las llamas muertas.*

Era una fiesta del instinto, una primavera astral, una beatitud que rezumaba resplandores de Vía Láctea. Y en aquel gran minuto ya no dudaba de la salvación definitiva de sus compañeros de arca.

Pasada la exaltación, comprendió que las circunstancias continuaban siendo oscuras y temibles. El frío seguía reinando; el letargo, si bien no había empeorado, no manifestaba ningún síntoma de mejora; a decir verdad, aquellos seres inmóviles, cuyo aliento el oído no percibía, cuyo pálido semblante conservaba una extraña rigidez, más bien parecían muertos que seres vivientes.

—¿Y si pudiese encender fuego? —se dijo Meyral.

Por lo que pudiera ser, lo intentó. Los fósforos no «prendieron»; no pudo iniciar ninguna combinación química; los aparatos eléctricos permanecieron inertes. Sin embargo, con una extrema lentitud, la luz continuaba ascendiendo hacia las ondas superiores: la banda azul cada vez se hacía más neta. Hacia las tres se produjo un segundo fenómeno de «retorno»: la aguja imantada, hasta entonces insensible, mostró tendencia a fijarse apuntando al noroeste, a quince grados de su posición habitual. Este hecho, insignificante en apariencia, animó considerablemente a Georges: el magnetismo terrestre era una de las «constantes» cuya desaparición más le había impresionado.

—No tardará en reaparecer también la electricidad.

Tardó aún una hora en reaparecer en el aparato de Holtz; pero por más que se esforzaba el joven en hacer girar la máquina, no pudo obtener la menor chispa.

Nuevamente se sintió abrumado por la tristeza. No era la tristeza de antes, la tristeza del drama planetario, sino una aflicción puramente humana. Continuaba convencido de que sus compañeros vivían, pero a cada minuto que pasaba le parecía más improbable poder reanimarlos. Y como la desesperación reviste una forma acorde con las circunstancias, lo que entonces más lo desolaba era pensar que la vida

renacería por doquiera, la luz divina reanudaría la obra creadora, y que ni su viejo maestro ni Sabina asistirían a la resurrección.

Él creía que sólo el calor podría salvarlos, pero sin duda pasaría la noche antes de que pudiese obtener fuego. Trató repetidamente, mediante cambios de posición o de masajes, de producir algún efecto en los niños, cuya vitalidad le inspiraba mayor confianza que la de los adultos.

El día tocaba a su término y el tiempo pasaba con rapidez, a pesar de tantas inquietudes. El sol ya descendía hacia las frondas del Luxemburgo y su globo aumentaba de tamaño de minuto a minuto. Antes de media hora desaparecería y menos de una hora después caería la noche completa: la luna no saldría hasta las dos de la madrugada.

Meyral, arrastrado simultáneamente por su emoción y por su curiosidad científica —que ni siquiera la proximidad de la muerte había podido extinguir— multiplicaba los experimentos. Todos concordaban... en sentido evolutivo: la aguja magnética cada vez se aproximaba más a su posición normal; la máquina de Holtz, a pesar de que aún no daba chispas, registraba tensiones más fuertes; la región azul del espectro, a pesar de la proximidad del ocaso, no cesaba de aumentar.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gemía Meyral—. El frío aumentará durante la noche. Están demasiado débiles... sus reacciones son insignificantes. ¡Ah, si pudiese hacer fuego!

Cayó el crepúsculo, menos sombrío que la víspera; fuegos escarlata erraron sobre las copas del Luxemburgo... Y de súbito la máquina de Holtz se puso a dar chispas. Eran chispas cortas y cobrizas, pero llenaron de esperanza el corazón del físico. Las contemplaba con embriaguez, escuchaba su leve crepitar, que recordaba el vuelo de algunos insectos. De pronto se le ocurrió una idea: conectó la cabeza de la pequeña Marta al polo positivo y uno de sus pies al negativo. Acto seguido hizo girar la máquina con prudencia, observando la tensión. Nada. El cuerpo permanecía inerte; Georges aceleró el movimiento. No tardó en revelarse una palpitación, que agitaba los labios y alzaba el pecho de la niña: ¡Marta respiraba!

Durante algún tiempo, Georges mantuvo la rotación; el resultado seguía siendo estacionario. ¡No importaba! La experiencia demostraba «positivamente» la persistencia de la vida en la niña.

Cayó de nuevo la noche. Las frías sombras se hicieron más espesas en la larga sala; con todo, no eran las sombras espantosas de la víspera: las grandes constelaciones estaban casi completas; se veían bien las siete estrellas de la Osa Mayor. Además, el termómetro señalaba tres grados más que la noche precedente.

Una inmensa lasitud abrumó a Meyral, pero aquel cansancio también era normal. No trató de resistir al sueño: ¡de qué serviría! Sin luz, se hallaba reducido a la impotencia. Desde luego, disponía del pequeño resplandor del Holtz, pero para conseguirlo tenía que accionar continuamente la manivela. Era preferible dormir. Durante su reposo, las fuerzas normales continuarían readquiriendo su dominio...

## VII

# LA RESURRECCIÓN

Al despertar, el día bañaba el laboratorio. Inmediatamente, a pesar de un resto de fatiga, el joven experimentó un gran bienestar. La luz que inundaba la sala era casi idéntica a la luz de una hermosa mañana primaveral. Indudablemente, seguía siendo confusamente crepuscular, pero cuán distinta era de la luz siniestra de los días precedentes...

Así que estuvo de pie, Georges se precipitó hacia los aparatos. Lanzó un grito como los que profería en su adolescencia ante la perspectiva de una hermosa mañana: la mayor parte de la zona azul había reaparecido.

—¡La reacción es más rápida que la acción! —dijo, frotándose las manos—. Antes del mediodía alcanzaremos el índigo.

Este primer movimiento, que por otra parte apenas duró un minuto, fue tan impetuoso, que olvidó el peligro en que estaban sus amigos; la vista de los cuerpos tendidos sólo le sugirió la idea del sueño... Después se le oprimió el corazón. Dominado nuevamente por el temor, se dirigió a Langre. El anciano permanecía en la misma posición de la víspera, pero, poco a poco, Georges fue apercibiéndose de algunos cambios capitales: había vuelto el aliento, el corazón latía débilmente e incluso el pulso, muy lento, se hacía sensible. Pudo constatar lo mismo en los niños, Sabina y las sirvientas. Con todo, seguían sumidos en un profundo sueño.

—¡Salvados! ¡Se han salvado! —afirmó Meyral temblando de felicidad.

En aquellos minutos deliciosos, la duda parecía imposible. Georges lanzó una larga mirada hacia el Luxemburgo saturado de luz y saboreó la joven mañana con un alma de niño. Se dijo que esperaría aún dos horas antes de despertarlos, convencido de que, en aquellas circunstancias, era preferible dejar obrar a la naturaleza.

Como la víspera, un terrible apetito le roía las entrañas; devoró con sensualidad galletas, pan duro y chocolate. El sabor de los alimentos le pareció nuevo, más fino y más intenso a la vez.

—¡Es la mejor comida de mi vida! —murmuró ligeramente embriagado—. Este pan viejo es incomparable y el aroma del chocolate más dulce que el perfume del espino albar, las lilas y las praderas recién segadas.

Trabajó con entusiasmo, variando y afinando los experimentos, acumulando las notas. Cuando dieron las once en Saint-Jacques-du-Haut-Pas, dio un respingo. ¿Había que intervenir o seguir esperando? Indudablemente, el estado de los durmientes continuaba mejorando. El pulso de Sabina y de los niños era casi normal; el de Langre se aceleraba, como el de las sirvientas. Todos respiraban plenamente.

Además, la temperatura ascendía; desde hacía una hora había rebasado el cero y se aproximaba a los cuatro grados. La máquina de Holtz daba chispas de ocho centímetros. Las radiaciones azules habían reaparecido íntegramente; la zona índigo

empezaba a aparecer...

Frotó una cerilla y palideció: ¡Allí estaba el fuego... el fuego sagrado, el fuego salvador!... ¡Qué emoción verlo ascender por aquel palito insignificante! Meyral echó al olvido su ciencia y se convirtió en la antigua criatura ingenua que ve en la llama a una divinidad. Fue a buscar a la cocina un haz de leña y carbón. Unos minutos más tarde, el fuego rugía en la salamandra. Luego el calor empezó a esparcir sus ondas. Antes del mediodía el termómetro marcaba dieciséis grados... Después de reflexionar, Georges comprendió que ninguna intervención suya sería mejor para sus amigos que el ascenso gradual de la temperatura. Esperaba, yendo de uno al otro, escrutando las caras o palpando las muñecas. La cara pálida de los niños y de Sabina se coloreaba paulatinamente. La pequeña Marta fue la primera en moverse: con el brazo derecho trataba de quitarse las mantas, que la sofocaban... Luego lanzó un suspiro y, tras algunos parpadeos, entreabrió los ojos:

—¡Marta! —gritó alegremente Meyral.

—¡Tengo calor! —respondió la niña.

Sus ojos azules miraban a Georges, al principio de una manera vaga.

—¡Mamá! —llamó la niña.

Sabina se estremeció. Una vaga sonrisa flotó sobre su rostro plateado.

—¡Sabina! —exclamó el joven.

Sus grandes ojos se abrieron como dos flores maravillosas; Sabina, sumida a medias en el sueño, continuaba sonriendo.

Era el episodio encantador de la resurrección; la inmensa dulzura de las razas rejuvenecidas llenaba el pecho de Georges.

—¿He dormido? —preguntó Sabina contemplando con sorpresa el mobiliario cabalístico del laboratorio.

—¡Habéis dormido todos! —respondió Meyral.

Ella se sobresaltó al oír esto y el espanto hizo temblar sus facciones: lo recordaba todo.

—¿Vamos a morir?

—¡Vamos a vivir!

Ella alzó la cabeza, viendo a la pequeña Marta que volvía hacia ella su cara alegre e inocente.

—¿Nos hemos salvado, pues?

—¡Hemos resucitado! La luz creadora ha triunfado de las tinieblas eternas... Contempla el sol, Sabina. Dentro de pocas horas, habrá vuelto a convertirse en el gran sol de nuestra infancia.

Sabina se volvió hacia la ventana, vio la extensión bañada de claridad, el cielo que empezaba a readquirir el tinte que matizó los más bellos ensueños de las generaciones.

—¡La vida! —suspiró la joven, mientras en sus ojos brillaban lágrimas de éxtasis.

Luego se sonrojó; ya no se atrevía a mirar a Meyral. Éste se volvió y Sabina,

recordando que no estaba desvestida, alzó las mantas y apareció en el traje oscuro que se había puesto la antevíspera, en señal de luto.

Cuando estuvo levantada, se apoderó de su alma cierta inquietud... Sabina llamó a Langre y al niño. La cabeza rubia y la cabeza canosa se agitaron.

—Déjales que se despierten por sí mismos... es preferible —aconsejó Meyral.

Ella asintió y se llevó a Marta junto a una de las ventanas.

El Luxemburgo era el jardín de su juventud; en él todo palpitaba como en los tiempos en que pasado y futuro se confundían en un mismo sueño... Cuando se volvió, vio que Georges la contemplaba con humildad. Y fueron como el Hombre y la Mujer, en el país de los Siete Ríos, mientras que Agni devoraba la carne seca de los árboles y los rebaños claros pacían en las colinas, a la luz del sol.

—¿Dónde estoy? —preguntó una voz grave.

Gérard acababa de despertarse. Un estupor llenaba aún de bruma su cerebro. Su vieja alma salía trabajosamente de la nada; huraña, trataba de coordinar sus ideas.

—¿El laboratorio?... Sabina... Georges... Dejó escapar un largo gemido; las ideas iban adquiriendo forma.

—¿Es el último día?

—¡Es la nueva vida! —respondió Meyral.

Con un ademán violento, Langre apartó las mantas; su humor combativo y fogoso emergió de la bruma.

—¿Qué nueva vida? —preguntó—. La luz... —¡La luz ha vencido!

Las pupilas de Gérard centellearon bajo las tupidas cejas.

—No me haga concebir falsas esperanzas, mi querido Georges —exclamó—. ¿Han reaparecido los rayos verdes?

—Los rayos verdes, los rayos azules y casi la totalidad de los rayos índigo...

—¡El sol! —gritó la voz clara de Sabina.

Las sirvientas y el pequeño Roberto se despertaron sucesivamente. Langre contemplaba arrobado la claridad que bañaba los cristales; tartamudeó:

—¿Desde... desde cuando vuelve a ascender?

—Desde hace treinta y seis horas.

—Entonces, nosotros hemos dormido durante...

—Durante casi dos días.

—¡Y tú! —murmuró el viejo físico con una sorda cólera—. Así, tú has asistido a la resurrección. ¡Tú has visto renacer el mundo! ¿Por qué no me despertabas?

—Era imposible.

Langre permaneció pensativo y melancólico. Experimentaba una amarga decepción; estaba celoso. Luego el júbilo lo dominó. Sus viejas venas acarrearón la esperanza: en la tierra renovada viviría días gloriosos y por fin se le haría justicia.

—¡Arriba! —exclamó—. No hay que perder ni uno solo de estos minutos magníficos...

Y lanzándose sobre los aparatos como un lobo sobre su presa, se entregó a

apresuradas investigaciones; leyó con avidez las notas de Meyral.

—¡Ah! —suspiraba a intervalos—. Es demasiado grande... demasiado hermoso.

Entre tanto Catalina preparaba chocolate. De acuerdo con los deseos de Langre tomaron aquel primer desayuno en el laboratorio. Cuando el líquido humeante hizo su aparición, reinó un minuto de entusiasmo. Incluso el viejo sabio interrumpió su labor para participar en la comunión y el humilde refrigerio fue una fiesta incomparable.

—¡Cuidado! —gritaba Langre riendo—. ¡Hay que economizar las provisiones!

—Tal vez nos falte la carne —respondió Georges— pero no nos faltará la harina, ni el azúcar, ni el café, ni el chocolate... La pobre humanidad debe de estar diezmada... y sus reservas están intactas.

Una sombra cruzó sobre aquella beatitud. Sabina pensaba en los restos de Vérannes, tendidos en la habitación contigua.

—¡Deben de haber sucumbido centenares de millones de semejantes nuestros! —dijo el anciano con voz nerviosa.

Desde hacía algún tiempo un rumor crecía en las calles. Se oía aquel ruido de resaca que hacen los clamores de la multitud... De pronto resonó un repiqueteo de campanas... Vacilante al principio, el tañido aumentó y se multiplicó: Saint-Jacques-du-Haut-Pas hacía voltear sus campanas para festejar las pascuas del género humano.

## VIII

# LA GRAN RENOVACIÓN

Al día siguiente se reconquistaron las radiaciones violetas y la Humanidad recomenzó su periplo. El fuego reapareció en los hogares, en los altos hornos, en la selva, en las praderas. Los barcos eléctricos reanudaron su curso en el mar resonante, los automóviles abarrotaron las ciudades, los aviones surcaron la extensión, el teléfono y el telégrafo, las ondas hertzianas tranquilizaron a las multitudes.

Se comenzó a calcular la extensión del desastre. Una tercera parte de los hombres, una cuarta parte de los animales domésticos y, en las últimas selvas vírgenes, algunos millares de bestias carnívoras y herbívoras, habían sucumbido.

Entre las razas blancas, fueron Alemania, los Estados Unidos y la Gran Bretaña las naciones que más graves pérdidas sufrieron. La población germánica, de setenta y cinco millones de almas había descendido a cuarenta y seis; no quedaban más que sesenta y cinco millones de seres humanos en los Estados Unidos y treinta y nueve en Inglaterra. Menos castigada, Italia vio su población reducida a treinta millones de almas, Rusia a noventa millones. España a quince y Francia a treinta y cuatro. Pero en París y en el litoral mediterráneo, la hecatombe había sido excepcional: París había perdido un millón y medio de sus cuatro millones de habitantes; la población de Marsella había quedado reducida a la mitad; Niza había perdido las dos terceras partes de sus moradores...

Durante algunos días estas pérdidas parecieron irreparables. Pero cuando los supervivientes empezaron a tranquilizarse acerca de su propia suerte, causaron más bienestar que pena. Solamente las madres, muchos padres, y algunos seres fieles, experimentaban un profundo dolor. Los restantes conocían la indiferencia o la alegría solapada que suele causar la muerte del prójimo; innumerables herencias convirtieron el desastre en una inmensa fiesta para millones de herederos. Las ciudades sufrieron más que el campo, lo cual significó la solución temporal de la cuestión social: hubo trabajo para todos y espléndidamente retribuido; hubo artículos disponibles en abundancia: el fisco se enriqueció hasta tal punto que se pudieron reducir los impuestos, emprender enormes obras públicas y socorrer generosamente a los necesitados.

La causa del cataclismo seguía sumida en el misterio, aunque abundasen las conjeturas. La mayoría de los sabios aceptaban la hipótesis de una inmensa corriente de energía, procedente de los abismos interestelares, que había barrido nuestro planeta y tal vez también Marte, Venus, Mercurio e incluso el Sol. La naturaleza de esta energía escapaba a toda definición y por lo tanto la hipótesis no explicaba nada. Nadie podía imaginar porqué sus efectos habían consistido en una reducción o una aniquilación de casi todas las energías conocidas. Asimismo, algunos pensadores proponían la hipótesis contraria. Según ellos, no era una corriente energética que

había pasado, sino un torrente de éter particularmente ávido de energía y que, por consecuencia, había absorbido la luz, el calor y la electricidad en dosis masivas. En suma, según unos se trataba de fuerzas antagónicas; según otros, de una captura de fuerzas.

La teoría de estos últimos se veía refutada por la rápida reconstitución de las energías terrestres: al frío de los días nefastos sucedía una temperatura estival, el magnetismo parecía aumentado, las acciones químicas se manifestaban con unos excesos de vivacidad que, en muchos casos, provocaron accidentes y exigieron la adopción de precauciones excepcionales en fábricas y laboratorios: todo sucedía como si se hubiesen economizado fuerzas vivas.

La inmensa mayoría de los supervivientes desdeñaba estas discusiones sabias. Una maravillosa renovación exaltaba los ánimos. Las más sencillas alegrías y placeres adquirieron una intensidad milagrosa; la dulzura de la existencia casi suprimía los odios, los celos y los roces que ensombrecen la vida humana.

Langre, Sabina y Meyral disfrutaban de aquella dicha con toda su plenitud. Se habían refugiado en el campo, en un lugar donde abundaba el agua, los árboles y la hierba.

La mansión se alzaba maciza y adusta, rodeada de jardines. Un coronel de espahís retirado la había hecho construir, según sus propios planos, a su regreso de África.

Tenía un aire de fortaleza pero su interior era espacioso y cómodo. En sus tres jardines se producía una sorprendente variedad de frutas y hortalizas, así como árboles de gran talla, una infinidad de flores y hierbas. Pertenecía a la hija del coronel, criatura embrutecida que, habiéndole tomado ojeriza, no se decidía a venderla y la alquilaba por una suma insignificante.

El coronel había atestado la biblioteca de libros comprados en los castillos vecinos y había multiplicado los muebles heterogéneos. La luz penetraba por una multitud de ventanas y por encima de las cercas y los setos, se distinguía un paisaje de la vieja Francia, de elegantes ondulaciones, en el que los sembrados y los pastos alternaban con los oquedales. El lugar se hallaba rodeado por risueñas colinas que se abrían hacia occidente, que ofrecía magníficos crepúsculos.

Entre las hayas y los tilos, dos fuentes formaban un arroyuelo que mezclaba su voz y su juventud con el verdor de los jardines.

Fue allí a donde fueron a reposar, durante la renovación del mundo. Gérard hizo llevar allí instrumentos de física y química aunque, de momento, Meyral y él se dedicasen más bien a compulsar sus notas y a buscar desesperadamente en ellas alguna explicación del flagelo que había assolado la Tierra.

Estos trabajos no los abrumaban en exceso. Iban a buscar el gozo a la misma fuente de donde lo sacaban Sabina, los niños, los domésticos todos los hombres del burgo e incluso los animales. Pues los seres vivientes parecían recibir parte de aquel excedente de energía que se constataba en los fenómenos: incluso los enfermos saboreaban las mieles de una felicidad desconocida, que endulzaban sus sufrimientos

y encantaban sus descansos.

Frecuentemente, la familia se embarcaba en una pesada lancha gobernada por un aldeano taciturno, y en ella recorrían el Yonne. A cada meandro de la corriente, la belleza desplegaba sus encantos. Un islote cubierto de juncos, de sauces y de álamos evocaba a los Robinsones. En las abras se ocultaba un ejército de gladios verdes; entre largas plantas fluviales, los peces vivían su vida ágil y fría; la hierba crecía monstruosamente; largas bandadas de cuervos, saciados por el desastre, pasaban con clamores de guerra.

Entonces Meyral cesó de luchar contra su ternura. La dejó crecer, permitiendo que llenase sus días como un río inagotable que formaba la substancia de sus sueños. ¡Qué importaba el futuro! Si fuese necesario, Georges pagaría en dolores los días de su hechizo. Al menos había franqueado la puerta de marfil y vagado por el jardín encantado. Durante largo tiempo la clara Sabina, al abrigo del pueblo enemigo de los varones, no escucharía ninguna voz.

Ella se encontraba en el momento de su mayor encanto. La seda brillante de su cabellera parecía haber aumentado aún; su cuello, antes delicado, poseía resplandor, turgencia y ritmo. La forma de sus mejillas era perfecta; de sus ojos frescos brotaba un resplandor de renovación que hacía elevarse en Meyral todas las criaturas apasionantes de la fábula.

Cuando la familia desembarcó en la ribera, mientras la criada trágica preparaba la merienda, le pareció a Georges que formaban un grupo extrañamente unido, tanto por el recuerdo de las pruebas sufridas en común como por algún vínculo indefinible, que se renovaba diariamente. Un perrazo que Langre había adquirido en Sens, participaba de aquella intimidad; sufría extrañamente cuando pretendían dejarlo solo en la casa; su ausencia era sentida por grandes y pequeños. Incluso el viejo jardinero que ocupaba un anexo en el fondo del huerto, y su nieto, un muchachuelo de cabellos plateados teñidos apenas por un reflejo pajizo, mostraban un extremado placer en convivir con la familia. Hubiérase dicho que la cabra y el borrico experimentaban análoga inclinación.

Así pasaron tres semanas. El solsticio había quedado atrás. Había llegado el tiempo de los dilatados crepúsculos: algunas tardes, sentados en la terraza, desde la que se percibía el Yonne, repleto de las bellas mentiras que le contaban las nubes, tras la puesta del sol... algunas tardes tenían el presentimiento del alba de tintes de perla, mientras las hadas del atardecer esparcían aún sus encantos. El calor era extraordinario; sobrepasaba con mucho el de los años más ardientes; pero no abrumaba. Por las venas circulaba una gozosa fiebre, que se complacía en las altas temperaturas. Hombres y animales experimentaban una sorprendente voluptuosidad en andar por los prados cálidos o siguiendo los caminos abrasados. Y lo que aún era más extraño, ni la hierba, ni las hojas ni las flores sufrían por ello. Bien es verdad que todos los días la tempestad tronaba durante una hora larga y luego se deshacía en diluvios.

—Es el tiempo ardiente del Can, del astro Sirio que temía Virgilio —dijo una mañana Langre, que se paseaba por el jardín con Georges y Sabina.

—¡El Can no es propicio! —replicó Meyral con una sonrisa.

—Sí, de una manera extraña... Deberíamos estar agotados ora por el calor ora por las tempestades. En cambio, un júbilo sorprendente anima todo cuanto se arrastra, camina o vuela. ¡Todavía no hemos salido del misterio!...

El anciano frunció sus tupidas cejas, con aquel aire de impaciencia que le era natural, pero la alegría lo dominaba a pesar suyo.

—¡Estoy cautivo de la hora! —refunfuñó—. Jamás, ni siquiera cuando la tumultuosa juventud hacía arder mis venas, he conocido esta dicha... ¡Tendremos que pagarla! —dijo, dominado nuevamente por la inquietud.

—Ya la hemos pagado —replicó Georges, añadiendo—: Observe la necesidad de estar juntos que sienten los aldeanos, y que nosotros compartimos... ¡Mire!

Los niños y Cesarina se habían unido a ellos; Catalina había salido de la casa y se acercaba al grupo; el perro brincaba a su alrededor; la cabra venía corriendo y lanzando balidos, y el asno, en su establo, lanzaba un rebuzno de llamada; por doquier picoteaban las gallinas, revoloteaban los gorriones, las palomas y los pichones; el sapo mostraba sus ojos topacio, tres ranas saltaban al borde del arroyo...

—¿Me equivoco acaso? —preguntó el joven.

—¡Oh, no! —exclamó Sabina.

—Observad que, instintivamente, nos hemos aproximado a la casa, o sea al centro favorable. Lo que más me sorprende, a decir verdad, es que no se trata de un instinto propiamente social. No deseamos reunimos *con otros grupos*. Los grupos de la aldea tampoco lo desean... Ayer, cuando quise ir solo a orillas del Yonne, experimenté, a medida que me alejaba de vosotros, un verdadero sentimiento de angustia.

—Todos hemos estado inquietos a causa de su ausencia —dijo Gérard— como si hubiese partido para hacer un largo viaje.

—¡Hay que poner en libertad a este pobre asno! —dijo Sabina.

Como si sólo esperase estas palabras, el viejo jardinero fue a abrir la puerta del establo; el asno, un animal joven, de ojos frescos y miembros elásticos, acudió retozando.

—¡Verdaderamente curioso! —comentó Gérard, muy pensativo—. Estoy convencido de que la aventura interestelar no ha terminado.

—¡No irás a suponer que sea posible un retorno! —dijo Sabina, alarmada.

—Hay millones de probabilidades contra una de que la corriente que inundó el planeta no vuelva a reaparecer. Pero hay un residuo. Hasta que este residuo sea completamente expulsado o absorbido, debemos esperar fenómenos insólitos... ¡como éstos que presenciamos!

—Será delicioso.

—Si son análogos, sin duda lo será. ¡Pero temo un «cambio de signo»!

—¡No diga tal cosa! —exclamó Georges—. Saboreemos en paz estas horas

deliciosas.

Langre no respondió. Su inquietud no era muy grande ni tenía fuerzas; sus facultades desconfiadas cedían ante la embriaguez universal.

En los jardines y en los sembrados, la cosecha fue extraordinaria. Los frutos alcanzaron dimensiones inauditas; se recogieron melocotones tan grandes como naranjas de Jerusalén. Los trigales parecían cañaverales. Las hojas, lucidas y verdes como el país de Erin, tenían el aspecto de hojas ecuatoriales. Todo brotaba en abundancia; tanto los graneros como las cavas desbordarían; una magnífica imprevisión invadía el corazón de los hombres...

Una mañana, Langre y Meyral hicieron sucesivamente dos descubrimientos excitantes. El anciano comprobó que la banda violeta del espectro solar se había ensanchado sensiblemente, mientras que Meyral observaba que un detector de ondas hertzianas de su invención mostraba una sensibilidad inesperada.

—¡Esto corresponde bien a nuestra hiperestesia y a la exageración del crecimiento vegetal! —dijo Georges.

Mirándole, el sabio comentó:

—¿Pero cómo no lo habíamos comprobado anteriormente? Diversas pruebas minuciosas revelaron algunas otras anomalías, pero muy débiles. Así, la conductibilidad eléctrica de los metales había disminuido, pero este fenómeno estaba disimulado en la práctica, pues los diversos aparatos —pilas, dínamos, máquinas estáticas— tenían un rendimiento superior al normal.

—Todo esto —observó Gérard— nos deja sumidos en la más total ignorancia. A través de todas las observaciones que hemos hecho durante el desastre y después del mismo, no veo ni una sola que tenga un carácter *específico*.

—¡Evidentemente! —terminó Georges—. Esto quiere decir que solamente los rayos amarillos, anaranjados y rojos han resistido, recibiendo un brillo suplementario.

—Los rayos infrarrojos también.

—¡Al menos los más próximos al espectro visible! Pues en cuanto a los demás, han sufrido la suerte común... lo mismo que las ondas hertzianas.

—Sin embargo, encuentro algo muy característico en la producción actual de energía. La «enfermedad de la luz», en efecto, hacía presuponer que las fuerzas enemigas *devoraban* a las fuerzas terrestres y solares. El resultado demuestra claramente que el antagonismo ha formado energías potenciales.

—¡Exactamente! —exclamó el anciano con despecho—. La producción de estas fuerzas virtuales es lo que debe proporcionarnos la clave del misterio. Pero solamente nos ofrece anomalías curiosas pero triviales. Ni siquiera tenemos la singular refracción que señaló el comienzo del ataque. ¡Es exasperante! ¡Es ridículo!

—¡No podemos subir sobre nuestros propios hombros! —concluyó filosóficamente Meyral.

Los días siguientes fueron sin duda los más bellos que conoció la especie humana. La vida, hasta la más sencilla, rebosaba gracias indecibles. Una inmensa

floración cubrió la tierra hasta los polos; por doquier las plantas revivían una nueva primavera. El aire estaba cargado de pesados perfumes, una incansable ternura flotaba en los crepúsculos y parecía descender de las estrellas, la naturaleza readquiría su virginidad: los prados evocaban las grandes praderas, un bosque se convertía en una selva, el lujuriente crecimiento hacía renacer todos los misterios del Génesis.

Hubo un atardecer más hermoso que todos los precedentes.

Era a mediados de la canícula. Después de cenar, la familia se reunió en la terraza. En las profundidades de occidente se abrían lugares inconmensurables. Los países vacilantes de las Nubes simulaban los esplendores de las tierras, de las aguas, de los bosques, de las montañas e incluso las obras del hombre. No solamente había lagos y marjales, cavernas y cumbres, ríos de amatista y golfos de mercurio, sabanas y espesuras, sino también catedrales, pirámides, altos hornos y una nave colosal, un tabernáculo formado de azufre, de perla y de jacinto, un amontonamiento de casullas...

El asno y la cabra vagaban por la pequeña extensión cubierta de césped; el jardinero se había recogido a la sombra de un cítilo, con su viejo perfil gótico, sus mejillas hundidas y su barba aguzada; su nieto se arrastraba hacia la fuente y el perro se levantaba a intervalos, olfateando la extensión, con los ojos ardientes como si percibiese cosas invisibles a los hombres; los pájaros ebrios inflaban sus pequeñas cornamusas y cantaban.

Georges permanecía al lado de Sabina. Vestida de blanco, con la cabellera recogida en un moño, en ella se condensaban los símbolos brillantes que dan figura de mujer a la felicidad. El brillo de sus pupilas, los estremecimientos que agitaban la nuca argentina, el nácar de los dientes que se mostraba entre los labios escarlata, la caricia de la luz sobre las finas mejillas, añadían matices vivos a la belleza del crepúsculo.

Al propio tiempo, sentía aquel curioso vínculo que lo unía con todo el grupo.

—¡Yo nunca había sido feliz! —murmuró Langre.

—¿Y quién lo había sido —susurró Georges— salvo durante los contados minutos que pasan como un ala ante un cristal para desvanecerse en las sombras? ¿Quién podía jactarse de haber conocido al huésped misterioso que los hombres esperan desde que tienen imaginación?

Grandes mariposas nocturnas pasaban agitando sus alas algodonosas, los murciélagos multiplicaban sus meandros ante los vitrales del crepúsculo y Meyral no cesaba de contemplar a Sabina. Le parecía formar de algún modo parte de ella; cuando ella se desplazaba, por todas las fibras del joven pasaban corrientes rápidas y deliciosas.

## IX

# LAS MANCHAS VIVIENTES

Una mañana, mientras se componía ante el espejo, Sabina observó manchas en sus brazos y pecho. Eran unas manchas palidísimas, de un leve tinte pardo. Aunque su forma era muy irregular, su contorno estaba formado por líneas curvas. Sabina las contempló con más sorpresa que temor y trató de definir las, sin conseguirlo. A lo más le recordaban confusamente unas ligeras equimosis.

Mientras reflexionaba, Cesarina, la doncella, hizo su aparición en compañía de Marta y Roberto:

—Mire, usted, señora —dijo—. Qué cosa tan singular.

Sabina examinó a los niños; las mismas manchas aparecían en sus cuerpecitos frescos pero eran más visibles y se extendían hasta el vientre. Entonces una ligera inquietud dominó su alma maternal.

—¿Y usted, Cesarina?

La doncella se desabrochó la blusa. Tenía la tez más oscura que la de Sabina y los niños, más dura también; hizo falta un momento para descubrir en ella las manchas características.

—¿Han experimentado algún malestar los niños?

—No, señora.

—¿Y usted?

—Yo tampoco.

—¡Es sorprendente! —exclamó la joven.

Su ansiedad aumentaba y disminuía, pero aquella gran dicha que parecía extenderse por sus venas como un elixir impedía a Sabina experimentar cualquier emoción positiva.

—Tengo que consultar a mi padre —se dijo de todos modos.

Y envolviéndose en un peinador, fue al encuentro del anciano en compañía de Marta y Roberto.

Madrugador como casi todos los ancianos, Langre estaba en el laboratorio. En tiempos ordinarios se hubiera inquietado de ver aparecer a Sabina a hora tan intempestiva con los dos niños. Pero entonces apenas si se asombró.

—¿*Hannibal ad portas?* —dijo con una sonrisa.

Después de examinar a Marta y Roberto, asumió una expresión grave.

—¡Por lo menos es insólito! —murmuró—. Y dices que tú también...

Sabina recogió la manga flotante de su peinador. Las manchas, raras en el antebrazo, se multiplicaban a partir del codo. Al tacto, no ofrecían ninguna impresión: la piel permanecía suave y lisa. A simple vista, parecían de momento uniformes, pero un breve examen revelaba la existencia de estrías, puntos y figuras confusas.

Langre tomó una lupa y los contornos revelaron cierta regularidad. Formaban triángulos, cuadriláteros, pentágonos y hexágonos «esféricos». Los detalles exteriores se precisaron. Los puntos se convertían en elipses, las estrías eran aproximadamente paralelas, las figuras tenían analogía con la forma general de las manchas; percibíase asimismo cierto número de finas superficies pálidas.

—Yo he estudiado Medicina... pero nunca he visto nada parecido —declaró Gérard—. ¡No, nunca!

Durante algunos minutos siguió examinando el pecho del pequeño Roberto, en quien el fenómeno se manifestaba con mayor intensidad.

—¿Y yo?

Después de arremangarse —trabajaba en mangas de camisa a causa del calor— no vio nada. Sin embargo, Sabina creyó observar manchas: la lupa las reveló con precisión.

De manera más indecisa, poseían las particularidades ya observadas. Evidentemente la impresión del conjunto y de los detalles se debía al color moreno y a la textura córnea de la piel.

—Ya lo había dicho —murmuró Langre con tono sombrío—. El drama planetario continúa.

Por primera vez desde hacía muchas semanas, sintió renacer en él aquel humor pesimista que duplicaba la amargura de las vicisitudes. El corazón le pesaba como una bala de cañón.

—Sin embargo —exclamó—, que yo sepa, no hemos sentido ningún malestar.

—¡Ninguno! —replicó Sabina—. Los niños nunca habían estado mejor.

Meyral entró en el laboratorio.

—¿Habláis de las manchas? —preguntó—. Yo las observé anoche, en el momento de acostarme, sin concederles demasiada importancia. A la sazón sólo había seis o siete pero durante la noche se han multiplicado.

—¿Y esto no te preocupa?

Georges alzó los brazos con aire perplejo.

—No creo —respondió—. He tratado de preocuparme... pero sólo he descubierto en el fondo de mí una dosis de curiosidad. ¡Y como sé que todos estáis sanos y vigorosos... la verdad, no veo motivos para inquietarme!

Tal vez mentía para no alarmar a los demás, pero sus palabras disiparon la inquietud que la actitud de Langre había despertado en Sabina.

—No pido otra cosa —asintió el anciano—. Y además si estuviese seguro de que este fenómeno es inofensivo, incluso me alegraría. ¡Quién sabe si por último sabremos algo!

Una sonrisa iluminó su rostro. La manía científica borraba el miedo de lo desconocido.

—Para mayor seguridad, llamaremos al médico —concluyó.

El galeno se presentó pocos momentos después. Era un quincuagenario de

expresión adusta, de dura pelambreira, cejas hirsutas y erizadas sobre unos ojos sardónicos. Sonreía sólo con media boca.

—Acabo de observar la misma particularidad en los Ferrand —dijo, después de examinar los brazos y el pecho de Roberto.

Hablaba pesadamente y con indiferencia.

—¿Y qué es esto? —preguntó Langre con impaciencia.

—Lo ignoro, señor mío. Nunca he visto nada parecido. Si no es una enfermedad nueva, se trata de una dolencia desconocida en Francia y, según creo, en toda Europa. ¿Pero es una enfermedad? Nada demuestra que lo sea. Este niño está completamente normal. Lo mismo que los niños de los Ferrand.

Mientras decía esto, auscultaba a la niña.

—Otro tanto puede decirse de ésta. No sé qué decir. Camino a tuestas. Mi competencia profesional vale tanto como la de mi perro, quizá menos.

En el silencio que siguió a estas palabras, se oyó dar la hora al campanario de Saint Magloire.

—Evidentemente, eso no es «ordinario» —refunfuñó por último el médico—. ¿Pero quieren decirme ustedes algo que sea ordinario desde hace dos meses? En cuanto a mí, declaro que en mi cerebro ya no hay lugar para el asombro. Todo me parece ya natural.

Y bostezó.

—Disculpen —dijo—. Es que me aburro. Me aburro cada vez que salgo de casa. Si la visita está un poco lejos, se me convierte en un suplicio. Solamente soy feliz en mi casita de soltero, con mi vieja sirvienta, mi viejo caballo, mi perro, mi gato y mis animales. Todos los habitantes de la aldea comparten mis sentimientos...

—Las palomas ya no se alejan del palomar —observó Gérard—. Incluso ciertas aves silvestres se acercan cada vez más a la casa.

—¡Trate usted de alejarse! —dijo el médico—. ¡Y veremos lo que me cuenta!

El galeno se despidió y vieron que se dirigía apresuradamente a su coche.

—¿Qué os parece? —preguntó Langre, sin apartar su mirada de sus nietos.

—¡Esperemos! —replicó Meyral, casi con despreocupación—. El misterio nos domina hasta tal punto, que únicamente podemos repetir las antiguas palabras: *Pater in manus...* La hora es encantadora y la esperanza nos mima.

Tomaron el primer desayuno en la terraza, en una intimidad luminosa.

—Me voy hasta el Yonne —dijo después Georges, que tenía su idea.

Desde hacía tres semanas, no daba solo un paseo de cierta extensión.

Al salir de los jardines experimentó aquel deseo de regresar a la mansión que conocía por experiencia. Sin ceder a él, descendió por el camino que conducía al río. Al propio tiempo, un malestar se iba apoderando de todo su ser.

Era como si unos hilos elásticos tirasen de él por detrás. Cuanto más avanzaba, más fuerte se hacía aquella tracción. Al propio tiempo, tenía la sensación de la presencia y los actos de los que acababa de abandonar. Asistía, con cierta

imprecisión, a los desplazamientos de Langre, de Sabina, de los niños, de las sirvientas, incluso de los animales. Llegado a orillas del Yonne, se detuvo para analizar mejor el estado de sus nervios.

La detención hizo menos penosa la tracción que sufría y que se ejercía sobre toda su piel, sobre los músculos y también en el cráneo y el pecho. Sólo que mientras la parte de su cuerpo vuelta hacia la casa sufría una especie de enfriamiento, la parte vuelta hacia el río se contraía con una sensación de calor.

Georges trató de definir los movimientos de sus amigos. Cada uno de estos movimientos originaba una tracción o una relajación. Por delicadas que fuesen, estas percepciones parecían groseras al lado de otras que no tenían ninguna relación con los datos que proporcionaban habitualmente los sentidos y que sin embargo no eran puramente psíquicas... Adivinó que Langre reanudaba sus experimentos; sabía que los niños jugaban ante la gran escalinata con el perro Chivat y que el jardinero recogía frutas. La manera como sabía esto no era táctil, auditiva ni visual. Lo sabía, esto era todo. Y si, por ejemplo, sentía emoción al saber que Cesarina peinaba la tupida cabellera de Sabina, era porque la imagen visual se sobreponía a la sensación desconocida, casi del mismo modo como se hubiera sobrepuesto a una lectura o a un ensueño.

—En suma —concluyo—, una parte de su vida está unida directamente a la mía. Sin embargo, *yo no leo en sus pensamientos...*

Tomó algunas notas en su agenda y prosiguió el paseo. De momento le resultó penoso y más adelante doloroso. De minuto en minuto la dificultad se agravaba. Cuando Meyral, después de dejar atrás el islote, llegó a la vista del acueducto, la marcha se le hizo agotadora: era como si arrastrase un carro; gruesas gotas de sudor corrían por su nuca. Al propio tiempo, un agudo sufrimiento invadía todo su ser; las sienes parecían oprimidas por planchas de madera; el corazón jadeaba; dijérase que los pulmones se hallaban lacerados por quemaduras.

Sabía que su sufrimiento repercutía en la casa, pero en grado menor, *repartido*, diluido.

Consiguió avanzar hasta el acueducto; por último la fatiga se hizo intolerable y sintiendo que estaba al cabo de sus fuerzas, se detuvo.

—¡Es inútil llevar más lejos la experiencia!

El alivio muscular fue instantáneo: solamente experimentaba una tensión, molesta pero soportable. El dolor también disminuyó, haciéndose estático por así decir: ya no sentía punzadas, sino un dolor de cabeza continuo, una especie de neuralgia intercostal y una sensación de quemadura en las extremidades.

Cuando regresó hacia la aldea, casi experimentó un bienestar. Andaba con una facilidad extraordinaria, como si su peso hubiese disminuido. Al llegar a la altura de la isla, se puso a correr y constató que su velocidad era superior a la que alcanzaba en la época en que se entrenaba para las carreras. Al propio tiempo, el dolor desapareció. Así que dobló por el sendero que seguía el curso del río, desapareció del todo.

Finalmente alcanzó el lugar donde se había detenido la primera vez. Su marcha volvía a ser normal y cuando echó a correr de nuevo, sólo consiguió alcanzar una velocidad ordinaria.

—¡Su ausencia nos ha sido muy desagradable! —exclamó Langre, cuando Georges penetró en el laboratorio.

—¡Mucho menos que a mí! —repuso el joven—. Yo sentía vuestra falta total. Sufría una impresión de conjunto, mientras que cada uno de vosotros sólo soportaba una impresión de detalle. Además, yo hacía un esfuerzo enorme, mientras que vosotros permanecíais en una relativa pasividad.

Se sumieron en profundas reflexiones y luego Gérard dijo con exaltación:

—Sé perfectamente por dónde ha pasado usted y dónde se ha detenido.

—¡Y yo se todo cuanto usted ha hecho durante mi ausencia!

—Si no fuese presa del más absurdo optimismo, se apoderaría de mí el horror. Pues todo sucede como si nos hubiésemos convertido en una especie de ser único.

—¿Tan terrible es? —susurró Meyral.

—Es espantoso. Bastaría que esto continuase para que terminásemos por formar parte de la misma personalidad de nuestro jardinero... nuestro perro... el asno... y las aves de corral.

—¡De la misma personalidad, sí! —asintió Meyral—. Es cierto que estamos todos unidos mutuamente de una manera extrañamente orgánica. ¿Será que una energía desconocida aprieta poco a poco los vínculos flojos que unen a los seres en épocas ordinarias?... En este caso, se trataría de un simple fenómeno de *interacción*... ¿O bien serán conexiones *vivientes* las que se forman entre nosotros... o bien estaremos presos en...?

Interrumpiéndose, miró a Langre. A través de su optimismo, experimentó el mismo dolor lancinante que había experimentado antes, mientras el médico auscultaba a los niños.

—Sí —completó Langre—. Nos hallamos presos en una inmensa trampa... ¡Se ha apoderado de nosotros otra vida!

Y todos guardaron silencio, consternados y abrumados.

## X

# LA CRISIS CARNÍVORA

Las manchas aumentaron en número y se precisaron, el vínculo que unía al grupo se hizo más estrecho. Y el mal, si es que lo era, demostró tener un alcance universal: toda la humanidad, todos los seres vivos sufrían sus efectos. Por doquier los seres formaban pequeñas aglomeraciones unidas por una fuerza insólita; todos los días era más difícil para los individuos alejarse de su núcleo, más allá de cierta distancia. Esta distancia variaba según la importancia de la aglomeración y de las condiciones locales. En Francia, alcanzaba su mínimo en la Costa Azul, en París y en la región lionesa; el individuo experimentaba malestar así que se alejaba de los suyos a más de trescientos o cuatrocientos metros. Más allá comenzaban los sufrimientos, agravados por una creciente fatiga. En otras regiones el límite alcanzaba hasta los setecientos metros; en algunas, muy raras, hasta ochocientos y novecientos metros. Alemania, el oeste de los Estados Unidos, el sur de Inglaterra y el norte de Italia se caracterizaban por lo restringido de la «zona de circulación», según la expresión del profesor MacCarthy.

A medida que el fenómeno progresaba, las perturbaciones sociales e individuales se multiplicaban. Los viajes individuales se hicieron imposibles. Cualquier desplazamiento de cierta importancia exigía el desplazamiento del grupo, si no se quería correr el riesgo de una catástrofe. Hasta las calendas de agosto, las separaciones solamente acarreaban sufrimientos; después empezaron a hacerse mortales. Individuos enérgicos, obstinados o imprudentes perecieron en gran número. La «zona mortal» comenzaba a una distancia de siete a veinte kilómetros, según los lugares.

El grupo compartía en parte los males del ausente, pero ninguno de sus miembros sucumbía. Desde luego, cualquier desparramamiento del grupo era causa de malestar y de dolor, en proporción a la distancia; mientras el conjunto se moviese dentro de la «zona de circulación», se producían sensaciones más o menos vivas, pero no penosas.

Gradualmente la vida social se metamorfoseó. Las unidades de un mismo grupo ya no podían trabajar a una gran distancia mutua; el personal de las fábricas, de los talleres, de las empresas comerciales quedó reducido, la producción disminuyó y a menudo se detuvo; afortunadamente, las abundantes cosechas y las terribles mermas causadas por la catástrofe compensaban ampliamente las pérdidas. Las excursiones en automóvil se hicieron prácticamente imposibles: era necesario que el conductor y cada pasajero trajesen consigo los miembros humanos y animales de su aglomeración. Hubo quien se las ingenió para formar grupos de vehículos, se imaginaron otras combinaciones aleatorias. El ferrocarril ofrecía aún ciertos recursos, pero cada vez resultaba más difícil reunir «series convergentes» de mecánicos, de chóferes, de revisores, de ferroviarios y de viajeros.

Todos los pueblos civilizados se hicieron total o parcialmente vegetarianos, pues la muerte de los animales domésticos y de algunos animales salvajes comprometía la salud y la seguridad de los grupos. Se establecieron relaciones conmovedoras, extravagantes y absurdas entre las criaturas vivientes. Nada había de más insólito que las procesiones de pobres, de ricos, de perros, de gatos, de pájaros, de caballos, que circulaban por las poblaciones, o las bandas de campesinos escoltados por su ganado y seguidos por cuervos, urracas, arrendajos, pinzones, pardillos, petirrojos, jilgueros, golondrinas, liebres, ratones, erizos y a veces corzos o jabalíes.

En suma, la circulación quedó casi tan restringida como al principio de la catástrofe planetaria y las dificultades que se experimentaban en tierra firme también se encontraban en el océano. Sin embargo, el mismo carácter de la navegación había creado originales relaciones. En las embarcaciones, especialmente en los barcos de altura, la asociación había nacido entre los propios marineros, con el resultado de que éstos se sentían vinculados a su buque como los terrícolas a sus moradas. Por otra parte, la excesiva movilidad de su vida había permitido a los marinos rehuir los vínculos que ligaban al común de los mortales. Estos privilegios, que compartían algunos nómadas continentales, mantenía más actividad relativa en el transporte marítimo que en otros medios de transporte. Con todo, los barcos que se inmovilizaban en los puertos eran diez veces más numerosos que los que navegaban.

En cambio, los demás medios de comunicación —telégrafos ordinarios, telégrafos hertzianos, teléfonos— continuaban siendo, si no normales, al menos suficientes. La escasez de personal estaba compensada por la limitación en las necesidades. Los negociantes, los banqueros y los industriales cursaban fatalmente menos mensajes.

Hasta fines de agosto, el desorden fue tolerable. Solamente sufrían los que se empeñaban en franquear las zonas de circulación; sólo morían los que ultrapasaban los límites extremos asignados a su grupo. En cuanto a los demás, la existencia les parecía más bien dulce y singularmente íntima. Su servidumbre se veía contrapesada por alegrías desconocidas. El egoísmo estaba reemplazado en parte por un altruismo restringido pero real: al participar todos y cada uno de una manera directa en la vida del grupo, se producía un agradable intercambio de impresiones y de energías, ya que no de pensamientos.

Nadie disfrutaba más de estas nuevas sensaciones que Georges Meyral. Pasaba horas enteras observándose, buscando por medio de la introspección el sentimiento de la vida ajena. Conoció extrañas emociones aéreas que provenían de las aves ligadas a la comunidad, enigmáticos sueños por los que pasaba algo del alma oscura del perro y del asno, sutiles meditaciones en que descubría en él los reflejos del pensamiento de Langre, del candor de Sabina, de la fresca impetuosidad de los niños...

El encanto de estas emociones consistía en que compartían el sentido de la vida colectiva y el de la vida íntima. Ésta no quedaba comprometida en lo más mínimo. Por el contrario, parecía más intensa. De manera que no había ninguna pérdida; la

ganancia era neta.

Sin embargo, los seres solapados tuvieron que sufrir algunas pruebas, pues si el pensamiento continuaba siendo indescifrable en su conjunto, los actos repercutían en todo el grupo y los sentimientos enérgicos no podían ocultarse. Este inconveniente estaba compensado por una solidaridad creciente, solidaridad que transmitía los odios, las cóleras y los celos *al exterior*.

Había también cierta «proporcionalidad» en la comunicación. Una percepción exclusiva para los seres resultaba bastante obtusa para los demás. El amor de Meyral por Sabina solamente se revelaba con claridad a la joven; aunque Langre no lo ignoraba y lo aprobaba, no recibía de él ninguna revelación muy precisa ni muy continua. Pero Sabina lo percibía con una acuidad turbadora; a menudo, cuando soñaba despierta en el jardín o meditaba en su habitación, sus mejillas se teñían de rubor. Esto sucedía en aquellos instantes en que la ternura de Georges experimentaba aquellos sobresaltos que son las tempestades del alma.

Sabina se defendía. A causa de tantos dolores y humillaciones, conservaba una terrible desconfianza. Le costaba ver al amor bajo una luz atractiva. Veía en él una potencia grosera, una servidumbre trágica, la íntima crueldad de la naturaleza. Sin trasladar a Meyral el odioso recuerdo que conservaba de su matrimonio, separaba el amor del bien y del mal individuales, discerniendo en él, a diferencia de Fedra, una fuerza voraz y venenosa.

El propio candor de sus sentimientos, unido a una riqueza de pensamiento que había heredado de Langre, la mantenía en su horror. Si hubiese sido menos temerosa, hubiera previsto mejor las variadas combinaciones de la pasión...

Georges recibía la impresión sobresaltada a consecuencia de estos debates anímicos. No los captaba en detalle, pero lo que conseguía captar lo llenaba de temor. Además, le producía una especie de seguridad melancólica: al menos no debía temer a ningún rival. Mientras durase el pesimismo de Sabina ella no abandonaría a su padre y él, Meyral, sería su mejor amigo. Se encontraba en aquel estado en que se cree en la felicidad negativa, en la *felicidad de presencia*, según la expresión de un predicador.

Por último, ello le causó algún sufrimiento, que hizo más largas y tristes sus horas.

Detestaba la idea de ser temido, sabiéndose tiernamente esclavo; una angustia interrumpía su ensueño, cuando sentía pasar, llena de vida, la aprensión de la joven.

Una noche ambos paseaban por el jardín, aún bañado por los resplandores cobrizos del Crepúsculo. Gérard seguía un sendero bajo los tilos; los niños jugaban cabe la fuente; Sabina y Meyral se encontraron solos, en un parterre de malvarrosas, de tornasoles, de iris y de gladiolos. Como su compañero tenía el corazón jadeante de ternura, ella estaba inquieta. Las palpitaciones de esa inquietud penetraban en Meyral y le daban, a intervalos, un poco de fiebre.

Terminó por decir:

—¡Te lo suplico... sé dichosa! Estas horas son tal vez las más hermosas de que disfrutará tu juventud. Y eres tú quien debe disfrutar más de ellas. Eres libre. Sabina.

Ella se ruborizó ligeramente y respondió:

—¿Lo soy de verdad?

Meyral se volvió hacia ella y se encantó contemplando las pupilas bañadas por la luz del crepúsculo, las radiantes guedejas de su cabellera, la sonrisa temerosa de sus labios escarlata.

—Lo eres —afirmó con fuerza—. Debes creerme. Las únicas limitaciones pueden venirte de fuera. ¿No te das cuenta, Sabina?

—Me doy cuenta de tu lealtad y tu dulzura —dijo ella a media voz—. Nadie me es tan verídico, nadie me inspira mayor confianza y seguridad... Son las circunstancias y mi propia alma quienes me asustan.

Inclinó su encantadora cabeza.

—¡Soy débil! —prosiguió con una especie de quejido—. Y he sido tan desgraciada...

—Yo no te hablaré jamás de mi amor. Sabrás que existe y esto será todo. Solamente romperé el silencio el día en que tú me lo permitas tácitamente.

—¿Cómo lo sabrás?

—Lo sabré, Sabina. He terminado por conocerte, hasta cierto punto, mejor que tú misma.

Ella le tendió su pequeña mano temblorosa, en el momento en que Gérard regresaba a la casa.

—¿Habéis leído los periódicos? —preguntó el sabio.

Llevaba el *Excelsior*, que blandía con mano nerviosa.

—¡Aún no! —respondió Meyral.

—¡Pues bien! Leed.

Les mostraba los titulares y un artículo de primera plana. Pudieron leer:

«EXTRAÑAS NOTICIAS DE WESTFALIA. LA CRISIS CARNÍVORA»

«Llegan noticias singulares y alarmantes de Westfalia donde, como nuestros lectores saben, el grupismo es más marcado que en todos los restantes países de Europa».

«Desde hace muchos días, una crisis carnívora asola la región, particularmente al este de Dortmund. Los habitantes sufren un *hambre de carne* que se hace más violenta de hora en hora y se manifiesta en algunos con furor asesino. Los grupos se roban el ganado o persiguen salvajemente la caza, que por otra parte casi está aniquilada. En algunos distritos, es una verdadera guerra: los hombres se matan entre sí; se calcula que varios centenares de personas han perecido a consecuencia de los combates fratricidas. Las noticias son confusas, pues es peligroso y casi imposible enviar grupos de informadores, pero no existe la menor duda acerca de la gravedad de los acontecimientos».

—La era siniestra vuelve a comenzar —dijo el anciano—. Pagaremos caros estos dos meses de tranquilidad. ¡Ah! ¡Sabía muy bien que la aventura planetaria no había terminado!

Pataleaba como un caballo asombradizo; el pesimismo penetraba de nuevo en su alma y contraía sus facciones.

—¿No observáis —prosiguió— que nuestra felicidad se deshace? Sin duda hay una extraña voluptuosidad en el aire que respiramos y en los efluvios de las plantas, pero se atenúa ya... Era innegable. Si por la fatalidad de su naturaleza y de la edad, él lo percibía mejor que los demás, Sabina y Meyral, de todos modos, también lo notaban distintamente.

—El mal se aproxima con vuelo rápido —continuó—. El mal que domina a los habitantes de Westfalia se extenderá por Europa y por toda la Tierra. Debemos temer la guerra monstruosa... ¡y de la que tal vez no se salvará nadie! Tengamos en cuenta que el mal es particularmente intenso en París y en la región lionesa; estamos cogidos entre dos fuegos. ¿No sería mejor huir hacia el Norte o el Mediodía?

—¿Cómo podemos prever el futuro? Aquí, al menos, tenemos un refugio —dijo Sabina.

—Tienes razón —prosiguió quejumbroso el padre—. Un inmenso azar nos envuelve. El alcance de nuestras acciones escapa a todo cálculo. Y, sin embargo, hay que pensar en defenderse.

—¿Quién sabe si los acontecimientos de Westfalia tendrán una continuación! —intervino Georges.

—¿Cómo puedes pronunciar semejantes palabras? —replicó Langre con vehemencia—. ¿Hemos visto, desde el origen de la catástrofe, un sólo fenómeno que no siguiese su curso?

Meyral no respondió. Hubiera querido tranquilizar a Sabina pero, como el anciano, él tampoco esperaba que el acontecimiento no tuviese secuela.

—¡Hay que pensar en defenderse! —repitió Langre.

Y se dirigió al laboratorio.

## XI

# LAS EXPERIENCIAS

En el laboratorio se realizaban experimentos sorprendentes desde hacía una semana. Tras un período de incubación las manchas se precisaban, permitiendo ver mejor los detalles de su estructura. Bajo la lupa, sus zonas se destacaban con nitidez. Primeramente inmóviles, empezaron a desplazarse y sus desplazamientos hacían evidente su constitución extraterrestre. En efecto: cuando abandonaban una región cutánea, ésta no conservaba *ningún rastro de su estancia en ella ni de su paso* y se mostraba perfectamente sana; además, la existencia de las manchas no correspondía a ningún fenómeno conocido.

Una vez comprobado esto, Langre y Meyral trataron de determinar si las manchas estaban constituidas por una sustancia. Las mediciones más sutiles no revelaron ninguna resistencia. En el lugar ocupado por una mancha, se podía pinchar o seccionar la piel, exactamente como si ésta se hallase en estado normal. Los experimentos realizados por Langre y Georges sobre ellos mismos, así como sobre la sirvienta trágica y el perro, fueron decisivos. Sin embargo, las manchas tenían tres dimensiones. El microscopio reveló que se elevaban por encima de la epidermis, hasta una altura que variaba entre ocho y sesenta y seis micrones. No eran transparentes, sino traslúcidas. Los rayos inferiores del espectro les prestaban coloraciones extrañas que de momento desafiaron todo análisis. La electricidad les hacía ejecutar movimientos de ritmo desordenado; los reactivos químicos solamente produjeron efectos indirectos; parecían escapar totalmente a la influencia de la gravedad y no revelaban poseer ninguna masa.

Por otra parte, conservaban rigurosamente su configuración y sus zonas.

—De ello se deduce —concluyó Langre— que pueden asimilarse a cuerpos sólidos.

—¿Sólidos sin masa, sin resistencia?

Ambos permanecieron pensativos.

—¿Habría que ver tal vez en ellas una forma de la materia? —preguntó el anciano.

—Sí, si la materia, a su vez, no es más que una fórmula de la energía... o mejor dicho de las energías.

—Entonces, ¿no habrá sustancia?

—¿Quién sabe?<sup>[1]</sup> Las energías, en suma, no son más que *manifestaciones* de diferencias. Es probable que sean sustancias, pero no tendrían ninguna relación con lo que nosotros llamamos la materia.

—¿Y el éter?

—El éter de los sabios no es más que una puerilidad. Creo en *los éteres*, en número indefinido, análogos entre sí pero no semejantes.

—¡No perdamos pie! —protestó vivamente Gérard—. Creo que hay que

considerar estas manchas como una *forma material* de la energía.

Una mañana hicieron un descubrimiento capital. Con el fin de realizar experimentos de masa, habían reunido a todo el grupo, seres humanos y animales, en el laboratorio. Tras varias tentativas, Langre observó la misma refracción insólita, si bien mucho más débil, que había sido señalada al comienzo de la catástrofe planetaria.

—¡De ello saco la conclusión de que existe una identidad esencial entre las manchas y el fenómeno que ha estado a punto de aniquilar la vida! —declaró— ¡Por lo tanto, no hay duda de que las manchas han nacido de este *residuo* cuya existencia yo sospechaba desde hace mucho tiempo!

—¿Entonces habrá que admitir que este residuo es la causa de la extraordinaria embriaguez que se ha extendido por la Tierra? Me parece contradictorio.

—A menos que imaginemos un efecto de evolución... —O una reacción de las energías terrestres y solares neutralizadas durante mucho tiempo.

—Tal vez ambas cosas. En todo caso, mi querido amigo, su descubrimiento es fundamental.

Al día siguiente, Meyral realizó a su vez un descubrimiento.

Desde hacía algún tiempo observaba que los rayos anaranjados y rojos ejercían mayor acción que los demás sobre la coloración de las manchas. Produciendo una luz roja intensa, la dirigió sobre su brazo desnudo. Las manchas ejecutaron un movimiento oscilatorio rítmico y tan regular que hubiera podido servir, *grosso modo*, para medir el tiempo. Pero mientras observaba este fenómeno, relativamente previsto, experimentó una viva sorpresa: por un lado, las manchas se coloreaban en los intervalos de las zonas y por otro, aparecían filamentos de color granate, que unían a las manchas entre sí... Esto aún no era nada: en la atmósfera se vislumbraban filamentos más pálidos. Cierta número de ellos iban de Meyral a Langre; la mayoría alcanzaban las paredes, las ventanas, la puerta e incluso el techo.

A partir de las primeras constataciones, Georges llamó a su amigo. El anciano manifestó una turbación que llegaba hasta el temblor.

—¡Nos asomamos al abismo! —exclamó—. No hay duda de que estos filamentos unen entre sí a *todas* las manchas, o sea a todo el grupo.

—No hay la menor duda... Observe usted que poseen variaciones de tinte, seguramente producidas por los diversos movimientos de nuestro grupo.

—¡Y que son muy posiblemente el resultado de variaciones de diámetro!

Ambos callaron, abrumados por una oleada de sugerencias de imágenes. Si bien la presencia de aquellos «filamentos» no era más extraordinaria que lo hubiese sido una comunicación a distancia, les presentaba bajo una nueva luz la energía imperiosa que unía a aquellos seres. Innumerables sueños trastornaban su alma.

—Estos vínculos son evidentemente muy extensibles —murmuró Meyral—, lo que explica nuestra libertad relativa de movimientos.

—¡Del mismo modo como el límite de su extensibilidad explica «la zona de

circulación»! —dijo Langre—. Mas ¿por qué mueren los que trasponen este límite?

—¿Morirían si se alejasen muy lentamente?

—Así parece, pues no se ha hecho ninguna observación sobre este particular. Las muertes son más o menos repentinas, esto es todo cuanto sabemos.

Tras una nueva pausa, Langre rezongó:

—¿Por qué el efecto revelador es producido por los rayos rojos? ¿Es seguro que otras radiaciones no pueden producirlo?

—Intentémoslo.

Sucesivamente, produjeron focos violeta, azules, verdes, amarillos y anaranjados... Hasta el amarillo, nada se hizo evidente. El amarillo determinó los movimientos rítmicos, pero no mostró ningún filamento. Solamente el anaranjado se comportaba como el rojo, pero con menos potencia; los filamentos aéreos apenas eran visibles.

—No hay duda de que el efecto de los rayos rojos es superior, y con mucho... incluso sobre el anaranjado —concluyó Meyral—. Esto se relaciona sin duda con lo que hemos observado durante la catástrofe: a medida que las radiaciones superiores se extinguían, el rojo se hacía más intenso.

—Segunda demostración de que las manchas son de naturaleza idéntica a la energía que asoló la Tierra. Ahora estoy seguro de que era una corriente energética.

—¿No cree usted que esta corriente, en su totalidad, estaba *viva*?

—No.

—¿Cree que las manchas lo están?

—¡Estoy completamente seguro! El fenómeno que sufrimos es de índole orgánica. Según mi parecer, cada grupo se halla englobado en un ser.

—De manera que la vida terrestre es actualmente *una doble vida*.

—Una doble vida, sí. Esta es la expresión justa. Pues el fenómeno no es únicamente parasitario, sino que ha aumentado nuestro poder de extensión.

—¡Qué apasionante sería esto, si el porvenir no fuese tan incierto!

—Es peor que incierto... Nos amenazan espantosos peligros.

Tras un nuevo silencio, Meyral observó:

—Creo que la visibilidad de los filamentos significa que éstos se hallan envueltos en una funda luminosa, pues es evidente que por sí mismos son invisibles.

## XII

### EL PAROXISMO

Las comunicaciones cada vez se hacían más lentas y difíciles. Los trenes sólo circulaban por las grandes líneas y apenas servían para transportar víveres, algunas mercancías, cartas e impresos; los servicios de correos funcionaban esporádicamente; la correspondencia y los periódicos sufrían retrasos considerables o se perdían. La era de la voluptuosidad había terminado. Tras un período indiferente, los hombres comenzaban a experimentar una lasitud que los hacía muy poco aptos para el trabajo y prolongaba los períodos de sueño. Este embotamiento solamente cedía en las comarcas donde se expandía el carnivorismo.

En ellas reinaba la fiebre, una excitación asesina, una embriaguez de mente que crecía hasta el paroxismo. El carnivorismo principiaba por un período de postración. El hombre o el animal víctimas del mismo tiritaban, permanecían tendidos en la posición de los «meningíticos», exhalando gemidos que no podían reprimir.

La temperatura descendía hasta 36 grados, a veces hasta 35.º,5. Luego subía bruscamente para alcanzar 38 grados, a menudo 38.º,5. Este era el período de exaltación y de delirio. Entre los animales, se caracterizaba por movimientos frenéticos; entre los hombres, daba principalmente lugar a manías, a fobias, al delirio de grandezas o al delirio persecutorio. Pero el «hambre específica», manifestada desde el principio de la crisis, no tardaba en hacerse insoportable.

En las regiones donde había reservas de carne, el carnivorismo apenas existía: bastaba con una comida copiosa para yugular la crisis. Por desgracia, si bien las provisiones vegetales eran superabundantes, las otras se agotaban. Ya no había conservas; la caza apenas podía encontrarse, ya fuese porque estaba aniquilada o porque se había refugiado en lugares inaccesibles a los grupos... pues la caza individual se había hecho imposible. En lo tocante a los animales domésticos, con excepción de algunos rebaños sacrificados hacía tiempo, pertenecían todos ellos a algún grupo determinado y su muerte provocaba atroces sufrimientos. Por otra parte, nadie se hubiera atrevido a tocar un animal de su propia comunidad; las crisis carnívoras, lejos de destruir los vínculos solidarios, parecían hacerlos más invencibles. Solamente se codiciaba la carne de los demás grupos.

Un jueves, los moradores de la villa de los Asfodelos esperaban el periódico con impaciencia. Terminaban su frugal almuerzo de guisantes, patatas fritas, uvas y peras; la doncella comenzaba a servir el café.

—¿No ha llegado aún el periódico? —preguntó Langre.

—¡El señor no hubiera dejado de enterarse! —respondió la muchacha—. ¡El grupo del cartero mete mucho ruido!

Era verdad: el cartero circulaba en numerosa compañía. Su cortejo, formado por muchos mozalbetes y perros se anunciaba mediante gritos, risas y ladridos. Desde

hacía un par de semanas, no traía más que malas noticias. El mal westfaliano se había extendido por toda Prusia, Hungría, Polonia y el sudoeste de Rusia; avanzaba por los Estados Unidos, en el litoral del Pacífico; las señales precursoras se manifestaban en todo el planeta. En París, se decía que Montmartre, Belleville y las Ternes habían sido invadidas; en el Lionés, muchas poblaciones parecían alcanzadas; la costa mediterránea hacía concebir vivas inquietudes.

En Westfalia, la guerra carnívora había diezmado la población; en Prusia, la lucha se encrespaba de hora en hora; comenzaba en Rusia, en Polonia y en Hungría; se hacía formidable en Chicago. Hasta la fecha, ningún «homicidio carnívoro» se había producido aún en Francia...

Los habitantes de la villa permanecían indemnes. Si deseaban comer carne, no parecía que el deseo tuviese nada de insólito; se limitaban a sufrir un poco por tener que renunciar a una vieja costumbre. Exceptuando las sensaciones solidarias, agradables casi siempre, disfrutaban de una salud y de una mentalidad normales. Pero temían la proximidad de acontecimientos espantosos.

Sabina había servido el café. Langre y Meyral, un poco febriles, lo paladeaban en silencio. Súbitamente se escuchó un rumor hacia la parte alta del pueblo.

—¡El cartero!

El rumor se aproximaba. Se distinguían ya gritos de niños, ladridos de perros, a veces el balido de una cabra, mezclado con graznidos de cuervos; el cartero vivía en una torre en ruinas que todos aquellos animales negros habían elegido como morada.

Cinco minutos después, Catalina traía el *Radiographe* y el *Journal*. El primero sólo tenía dos páginas y el segundo cuatro. Langre abrió febrilmente el *Journal*. Las noticias eran funestas. El carnivorismo continuaba extendiéndose, los tumultos y los homicidios se multiplicaban. En algunos distritos, unos grupos se aliaban con otros, lo que daba a las matanzas el aspecto de batallas campales.

—¡Escuchad! —dijo de pronto Langre.

Y leyó en voz alta:

«Se anuncian crisis de carnivorismo en muchas guarniciones de la Polonia rusa y de la Curlandia. Hasta el momento presente, es la primera vez que el mal se señala entre tropas europeas; la causa de esta inmunidad hay que buscarla en el hecho de que en casi todo el mundo los soldados, cuyo número ha sido considerablemente reducido por la catástrofe planetaria, disponen de conservas de carne. En Alemania, en Francia, en Inglaterra y en los demás países de la Europa Central u Occidental, estas conservas existen en tan gran cantidad que los gobiernos podrían ceder parte de ellas al público. Bien es verdad que los militares se oponen a ello con energía y tanto los jefes como la Intendencia hacen causa común con los reclutas».

—Es una suerte que estos víveres hayan sido acaparados por el ejército —observó Gérard—. Distribuidos al público, apenas si conseguirían retardar las crisis, mientras que, si los soldados se hallasen faltos de ellos, la guerra carnívora se haría mucho más terrible.

Meyral, que leía el *Radiographe*, lanzó una exclamación:

—¡El carnivorismo se agrava en París y en el Lionés!

Tendió su periódico a Langre, quien leyó, en la sección de «Ultima Hora»:

«Se señala una matanza, debida al carnivorismo, en la Butte aux Cailles y el bulevar Rochechouart. Más de cien personas han resultado muertas; no poseemos detalles del hecho, la circulación es difícil y los reporteros no pueden cumplir bien su misión. Por otra parte, varias aldeas de los alrededores de Roanne han sido pasadas a sangre y fuego. El Consejo de Ministros se halla reunido en sesión permanente, pero la presencia de los grupos correspondientes a cada miembro del Gabinete presta confusión a las deliberaciones. La prefectura de policía se ve impotente para actuar por razones análogas; la guarnición de París se niega a atacar a los enfermos».

—¿Por qué se niega a actuar la guarnición? —preguntó Sabina.

—No se dan motivos —dijo Gérard—, pero yo lo adivino: la situación de los soldados es privilegiada y temen comprometerla.

—¿Y los oficiales?

—Ya has visto que la oficialidad está de acuerdo con la tropa, en lo que se refiere a la cuestión de las conservas. Por otra parte, es natural que los oficiales se hallen fatalmente unidos a los grupos de soldados. Al intervenir en los desórdenes, que se agravarán de día en día, el ejército puede temer no hallarse preparado para asumir su propia defensa, cuando la guerra carnívora alcance su paroxismo. Podéis pensar que los oficiales preven esta contingencia aún mejor que los soldados.

Sabina contempló a sus hijos con espanto:

—¿Qué va a ser de nosotros? —suspiró.

—¡Ya es tiempo de pensar en nuestra defensa! —gruñó nerviosamente Langre.

Pensaba en ella desde que principiara el carnivorismo; Meyral tampoco podía apartar su pensamiento del problema.

—Nos hallamos cogidos entre dos fuegos —repitió el anciano—. Si el mal cunde en París, la ciudad se precipitará sobre el campo; debemos prever la llegada de hordas carnívoras. El Lionés nos amenaza igualmente. ¿Y quién puede asegurar, además, que el peligro no venga de nuestra misma comarca?

—De todos modos —intervino Georges— nuestra zona es particularmente apacible. Aunque se agotasen sus provisiones de carne, no se sabe que nadie haya muerto por vivir únicamente a base de vegetales. La falta de carne no me hace sufrir.

—¡Pues a mí, sí! —declaró Langre.

—Pero no en su salud, ni en su humor.

—De acuerdo. Hasta el presente, esto no va más allá de la molestia que suele causar la privación de un hábito. Sin embargo, en lugar de atenuarse, esta molestia parece irá en aumento. Tarde o temprano contraeremos el mal... y es entonces cuando tendremos que defendernos.

—¿Cómo? —preguntó febrilmente Sabina, que había atraído a sus hijos contra su pecho—. ¿Cómo lo haremos, si no hay carne?

—¡La carne tal vez no sea indispensable! —murmuró Meyral.

Todos volvieron hacia él sus rostros sorprendidos.

—¡Tengo una idea! —dijo el joven—. Permitidme que la conserve en secreto durante unos días.

## XIII

### EN EL BOSQUE

Dos días después, Gérard se sintió postrado. Había pasado una noche repleta de sueños salvajes e insomnios temblorosos. Al despertar se quejó de frío intenso; tiritaba. Al propio tiempo, lo atormentaba un deseo ardiente de comer carne. De hora en hora, aquel deseo se iba haciendo más insoportable.

—¡Ya está! —declaró con rebeldía—. Ya sufro los primeros síntomas del carnivorismo.

Alrededor del mediodía, Cesarina experimentó a su vez desfallecimiento y temblores. Después de comer, le llegó el turno a la pequeña Marta. La niña gemía y se refugió al lado de Sabina o de Meyral. Su mal se agravó con más rapidez que el de ambos adultos. Tenía los ojos revueltos y experimentaba súbitos espantos; el temblor se exageró hasta la convulsión.

Eran las dos y media cuando Meyral ordenó al jardinero que unciase el asno al carrito.

—¿Por qué? —preguntó Langre.

—Nos vamos al bosque —respondió el joven.

—¡Debes de tener una idea! —insistió el anciano sabio.

—No lo sé... ¡dudo! Ya veremos, una vez estemos allí.

Su fisonomía expresaba la incertidumbre y una especie de aprensión. Langre se encogió de hombros y se resignó a esperar los acontecimientos.

Georges daba instrucciones a Catalina, cuando el jardinero vino a anunciar que todo estaba dispuesto. La expedición se componía del asno y de un carro ligero, si bien bastante espacioso, destinado a usos muy variados y particularmente a transportar provisiones de boca. Se pusieron en él asientos para Langre, Cesarina y la pequeña Marta.

En otro tiempo, aquella caravana hubiera parecido extraña e incluso disparatada. Además de la familia, las sirvientas, el jardinero y su hijo, acompañaban al carro las gallinas y el gallo, el perro guardián, tres gatos, conejos, una marrana y seis lechones, una bandada de palomas, gorriones, pardillos, estorninos, paros, currucas, dos urracas, un enorme sapo, una docena de ranas, dos lirones, un erizo y algunos ratones... pero ningún insecto ni otros artrópodos, pues los animales invertebrados habían quedado libres de la influencia misteriosa o la sufrían de una manera distinta.

El paso a través de Roche-sur-Yonne no suscitó la menor curiosidad. Todos los días se veían grupos tan heterogéneos y no era la primera salida de los habitantes de la villa.

La horda, pues era positivamente una horda, atravesó los campos desiertos y alcanzó el lindero del bosque. Éste también se hallaba abandonado. Sus raros habitantes humanos, o sea aquellos que residían en él a perpetuidad, habían huido de

sus lares durante la catástrofe planetaria o habían muerto. Las inmensas riquezas «liberadas» por el desastre retuvieron después a los fugitivos en las ciudades o las aldeas; el bosque sólo ofrecía su fortuna eterna, la fortuna de los tiempos primitivos que el hombre no vacila en abandonar por los bienes sociales. Incluso los animales eran raros allí. Los habían acosado implacablemente para reemplazar al ganado incluido en los grupos; en aquel relajamiento universal, ninguna autoridad había intervenido. Por lo demás, habiendo emigrado todos los guardabosques, no existía allí nadie capaz de imponer el cumplimiento de la ley.

—¡Esto es la selva virgen! —exclamó Sabina, soñadora.

—¡Sin moradores! —rezongó Langre.

Con todo, alguna que otra bandada de aves silvestres se evadía entre el ramaje. Por lo general eran agrupaciones dispares de estorninos, de petirrojos, de verderones, de palomas torcaces, de arrendajos, de urracas, de mirlos, de faisanes y de pardillos. Sólo les podían ver de lejos: sus diversas vigilancias estaban coaligadas. Solamente los cuervos y los estorninos se mostraban en hordas homogéneas; de todos modos, casi siempre iban acompañados de aves de otras especies. Parecía como si estas coaliciones hubiesen infundido nuevas facultades a las aves. Su huida ante la bestia humana tenía un aire más concertado, más sagaz, hubiérase dicho más intelectual.

—¡No es fácil alcanzarlos! —observó Meyral.

—Y más teniendo en cuenta que no podríamos ojear el bosque sin delatar inmediatamente nuestra presencia. ¡Somos demasiados!

El ruido producido por el carro se amortiguó en la carretera invadida por los hierbajos silvestres. La vegetación era prodigiosa. Nunca se había visto nada comparable con aquella inmensa ostentación de follajes, con aquellos helechos de aspecto arborescente, aquellas espesuras tenebrosas, aquellos millones de plantas que, después de haber esparcido sus simientes, se echaban a florecer de nuevo.

A pesar de la angustia del momento, Sabina y Georges no eran insensibles a la magia de aquel espectáculo.

—¡Es la savia magnífica de los tiempos primitivos! —susurró el joven.

Con frecuencia, la marrana y el perro desaparecían durante algunos minutos en una espesura; Meyral los observaba con insistencia.

Apareció un claro en el que las hierbas libraban frenéticas batallas. El calvero se ensanchó y se vio surgir una casa invadida por las plantas silvestres y, detrás de ella, unos extraños barracones, unos terrenos cubiertos; a veces, auténticas cavernas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Langre, que tiritaba cada vez más y cuyo rostro estaba lívido.

—Son las instalaciones para el cultivo de setas de los Vernouze —respondió Georges.

Todos las conocían. Fueron creadas cinco años antes por Mathieu Vernouze y sus dos hijos, que acariciaban la idea de montar una explotación grandiosa y original de las setas. La mayor parte de su fortuna se invirtió en la empresa y el éxito comenzaba

a sonreírles cuando estalló la catástrofe planetaria. Los tres perecieron en ella, con la mayoría de sus ayudantes. A partir de entonces, el inmenso cultivo vivía su propia vida en el bosque desierto. Después del cataclismo no atrajo a nadie; pertenecía a unos herederos lejanos, que no se daban ninguna prisa en hacer valer sus derechos. Durante todo el Período Exaltado, no despertó la codicia de nadie. Otros bienes más fáciles atraían a los hombres. Cuando el grupismo modificó la existencia y las relaciones sociales, aún parecía más negligible que antes y se confundió con tantas otras tierras abandonadas por la humanidad inquieta, disminuida y limitada en todas sus empresas. Por último, a la hora en que el nuevo cataclismo se cernía amenazador sobre las naciones, no podía interesar a nadie.

—¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó Langre con voz agotada, añadiendo en voz baja—: Si pudiese comer una chuleta, me parece que me salvaría.

La niña también sufría un paroxismo y temblaba como hoja en rama...

—¡Nos detendremos aquí! —dijo Meyral.

Dirigiéndose luego a Gérard, le dijo:

—Discúlpeme, mi querido amigo. Tengo que dejarle durante unos minutos.

Provisto de una canastilla, desapareció entre los meandros de la explotación. Como todo el bosque, el cultivo de setas mostraba una fecundidad excesiva. En las penumbras cavernosas o arborescentes, el pueblo de los hongos crecía de una manera formidable. Veíanse por doquier sombreros monstruosos, círculos de brujas, carnes rosadas, escarlatas, cobrizas, bermejas, azuladas, plateadas. Equívocas, semejantes a bestias viscosas, a carnes sanguinolentas, o esplendorosas como floraciones y como conchas, las setas parecían dotadas de una vida inextinguible. Cien especies se hallaban allí presentes; en aquel sorprendente principio de otoño, las variedades primaverales habían vuelto a brotar y otras se adelantaban. Georges, que era un experto en setas, distinguió agáricos comestibles, morillas blancas y negras, lactarios, setas rojas, setas de cama, mojarrones, amanitas rojizas, mízcalos y setas de barbecho, con las que se podría improvisar una pequeña ciudad durante mucho tiempo.

El joven eligió morillas, agáricos comestibles y mízcalos, que colocó ordenadamente en el cesto. Una vez terminada la recolección, permaneció pensativo. Unas primitivas sensaciones, extrañamente seductoras, lo llenaban de ensueños. Entrevió en todo el planeta innúmeros bosques, llanuras y colinas vueltos a la libertad, y tantos otros que la reconquistarían a su vez...

—Si sobrevivimos —murmuró— volveremos a ver el mundo de nuestros antepasados.

Los vínculos que lo unían a su grupo se hacían imperiosos; Meyral emprendió el camino de regreso. El estado de Langre, de la niña y de Cesarina había empeorado; estaban sumidos en una especie de torpor tembloroso. Además, el jardinero ya tiritaba y Sabina estaba pálida.

Obedeciendo a un signo de Georges, la criada sacó del carro un hornillo de

petróleo, una cacerola y un paquete que contenía mantequilla, sal y pimienta.

Diez minutos más tarde, la mantequilla cantaba en la cacerola.

—¿Qué están cocinando? —preguntó Langre con voz sorda.

—¡Setas! —respondió Catalina.

Él encogió sus hombros temblorosos y se hundió nuevamente en su torpor. Pasó el tiempo; la cocinera vigilaba la cocción de las setas; Sabina y Meyral guardaban un silencio pensativo; la niña se quejaba a intervalos y la selva susurraba como un vestido inmenso.

—¡Ya está! —dijo por último la sirvienta.

Las setas esparcían un olor apetitoso. Georges puso dulcemente la mano en el hombro de su viejo maestro.

—¿Quiere usted comer setas? —preguntó.

—¿Para qué? —preguntó a su vez el anciano, contemplando al joven con sorpresa.

—Confío en que le aliviarán.

Langre movió la cabeza con amargura.

—¡Sea! —rezongó—. ¡Lo mismo da setas que otra cosa!

Con excepción del período de coma, el carnivorismo sobreexcitaba la energía digestiva.

Sirvieron a Langre una abundante ración de setas, que él comió con apetito; la niña y Cesarina las comieron igualmente. Los tres engullían y masticaban el alimento sin salir de su somnolencia. Una vez tuvieron el plato vacío, de momento pareció como si su torpor aumentase. La niña, especialmente, parecía estar a punto de caer en coma y Meyral, dominado por la inquietud, no se atrevía a volver la cara hacia Sabina...

De pronto, Langre murmuró:

—Quiero más.

Inmediatamente Catalina le llenó el plato. Esta vez él comió casi con voracidad, erguido y con los ojos muy abiertos.

—¡Diríase positivamente que esto me hace bien! —murmuró.

En el mismo instante la pequeña, levantando a medias la cabeza, decía:

—¡Tengo gana!... ¡Setas!

—¡Y yo también tengo apetito! —murmuró Cesarina.

Sabina se apresuró a satisfacer su deseo.

—Es singular —dijo el anciano—. Primeramente, las setas no me apetecían... Hubiera preferido pan o huevos y ahora es casi como si comiese carne.

Terminó su segunda ración con aspecto ávido y sorprendido.

—Si siguiese mis impulsos —declaró—, aún comería más.

—Quizá sea preferible esperar —intervino Sabina.

—Yo creo —dijo Georges— que podemos arriesgarnos a darle otra media ración.

—¡Es delicioso! —declaró esta vez Gérard.

Su temblor se hacía insensible; un lento bienestar invadía su corazón y su cerebro; sus ojos antes apagados, readquirían su vivacidad agresiva. Cesarina y Marta también se reanimaban, más rápidamente aún que Langre. La alegría penetraba de nuevo en el cuerpecito lleno de fuerzas creadoras; Marta reía mirando las ramas, las flores y los oquedales profundos.

—¡Es paradójico que las setas posean esta virtud! —observó Langre—. ¿Cómo es posible que puedan substituir a la carne, que no pueden reemplazar ni la leche, ni el queso ni los huevos? Una seta, si bien se mira, no es más que una esponja repleta de agua, con una cantidad insignificante de substancia nutritiva... ¡Viene a ser un equivalente del nabo o de la zanahoria!

—¿Cree usted —le preguntó Georges— que el carnivorismo está provocado por insuficiencia nutritiva, como se dice vulgarmente? ¿No será más bien debido a la falta de alguna substancia propia de la carne y que se encuentra en ella en cantidades mínimas... tal vez incluso por la falta de cierta forma de energía que *ellos* sacan de nuestro organismo? Si esta substancia o esta energía existen en las setas, en cantidad apreciable, poco importa que éstas sean unas esponjas.

—¿Y por qué en las setas?

—Misterio, como todo cuanto nos rodea desde el origen del cataclismo. De todos modos, observemos que la seta es una planta parasitaria. Vive aproximadamente como el animal, no a expensas del mineral, sino a expensas de la vida. A partir de esto se entrevé más de una analogía entre la carne de las setas y la de los animales. ¡Una misma substancia, una misma forma de energía pueden ser comunes a una y a otra!

—¡Admitido! —dijo Langre, aún demasiado cansado para llevar más lejos la discusión—. También me pregunto porque has pensado en las setas.

—No he pensado en ellas espontáneamente. Me llamó la atención, de momento, la avidez demostrada recientemente por el perro ante las raras setas de nuestros jardines. Luego observé la misma avidez en las gallinas, las palomas y, naturalmente, la marrana. Esto me ha hecho pensar.

—¡Comprendo! —replicó Langre—. Comprendo también que hayas dudado antes de hacernos partícipes de tus esperanzas...

Volvía hacia todos lados su mirada ágil. Cuando vio a la pequeña Marta que le sonreía, sufrió una crisis de enternecimiento y depositó un sonoro beso en la mejilla plateada. Luego, dándose cuenta del temblor que se había apoderado del jardinero, le dijo:

—He aquí una buena ocasión de confirmar el experimento. ¿Quedan todavía setas?

Catalina hundió la gran cuchara en la cacerola y respondió:

—Quedan todavía tres o cuatro raciones.

—En este caso, sírvale un plato a Guillaume.

Éste no deseaba otra cosa... no era que aprecia se particularmente las setas, pero

lo que acababa de ver le hacía venir deseos de comer. Absorbió su ración sin entusiasmo y, como Langre y las niñas, de momento no experimentó ningún efecto. Pero al cabo de algunos minutos pidió más setas y esta vez las devoró. Su temblor, menos intenso que el que había dominado al anciano, ya había desaparecido.

—¡Esto es bueno de verdad! —dije con una ruidosa e ingenua carcajada.

—¡No hay duda de que hemos descubierto un remedio específico para el carnivorismo! —dijo Langre—. Lo que me sorprende es que nadie se haya percatado todavía.

—¿De veras nadie se ha dado cuenta? —preguntó Sabina, soñadora.

—¡Con toda seguridad, la observación debe de haberse hecho raramente y los que la han realizado no habrán creído oportuno divulgarla, prefiriendo acaparar setas!

—No hay porque censurarles —dijo Meyral—. De nada serviría repartir con los demás estas criptógamas: la parte que tocaría a cada uno sería demasiado pequeña. ¡Además, la solidaridad de los grupos domina fatalmente, como muy bien hemos visto, a la solidaridad general!

—¿Y nosotros, qué haremos? —preguntó Sabina.

—Nosotros es distinto... Esa plantación de setas no se puede comparar, en mi opinión, con ninguna reserva artificial o natural; bastaría para atender a las necesidades de una población entera. La suerte nos permite mostrarnos altruistas y en este caso nuestro interés nos ordena que lo seamos. Gracias a esta mina, podemos formar una coalición con los habitantes de Roche-sur-Yonne, organizándonos para la guerra carnívora.

—¡Tate! —exclamó Langre—. Tendremos que apelar a la astucia y la prudencia. La codicia humana está llena de asechanzas y su estupidez es insondable.

—Obraremos con marrullería —dijo Meyral.

Sería inútil recomendar secreto al jardinero, a las sirvientas e incluso al niño: sus sentimientos reflejaban los del grupo. Acordaron llevarse en el carro una buena provisión de setas, para transformarlas en conservas con el fin de hacer frente a imprevistos, pues durante todo el otoño —que es propiamente la estación de las setas — estas criptógamas se encontrarían en abundancia.

—¡En superabundancia! —decía Langre—. No es esto lo que me inquieta. Tened en cuenta que Roche-sur-Yonne está muy lejos de los cultivos de setas, y además éstas deben comerse recién cogidas. No es práctico, incluso es casi imposible, que realicemos este viaje. Los aldeanos terminarían por caer en la cuenta de que nos traemos algo entre manos.

—Podemos hacer algo muy sencillo —intervino el jardinero.

—¿Qué? ¿Establecernos aquí?...

—¡Las construcciones no faltan! —prosiguió el rústico con una risita—. No estaría mal.

El jardinero tenía unas facciones bovinas y unos ojos adormilados, pero su boca de labios abarquillados, indicaba cierta cautela.

—Hay el pabellón de caza —prosiguió—. Como el señor sabe, está bien instalado en un claro, rodeado de un gran jardín. Tiene siete habitaciones, sin contar una choza, una cuadra y algunas bodegas... ¡Hay de sobra para todos nosotros, y aún cabrían más!

—¡Pero no es nuestro, padre Castelin!

Una sonrisa sardónica y bonachona a la vez contrajo la mejilla derecha del hombre.

—¡Desde luego! Pero nadie se ocupa de este pabellón... su propietario está en poder de un grupo que no lo suelta, ni él al grupo. Pero en vista de sus escrúpulos, existe otra solución. Alquilarlo. Yo conozco al administrador, que nos dará permiso para pasar algunos meses en el pabellón, por dos ochavos. ¡Si usted me lo permite, yo lo arreglo todo!

—¿Dónde está el administrador?

—Allá abajo, en Maufre, con su grupo. No se desamarra por nada.

—¿Y no desconfiará?

—¡Vamos, señor! Él le conoce bien. Yo le explicaré que se trata de uno de sus caprichos de sabio. ¿No sabe acaso el señor?...

—¿Que la gente me toma por un chiflado?

—¡Exactamente! —prosiguió alborozado el jardinero, pues si bien no leía el pensamiento de su amo, participaba, como los restantes miembros del grupo, en sus sensaciones, y se dio cuenta de que Gérard se alegraba—. ¡Bien! me parece perfectamente. Iré a decirle que el señor desea realizar experimentos. Apuesto a que ni él ni los demás sospecharán nada.

—¡He aquí los resultados de gozar de una buena reputación! —dijo Langre, riendo.

Catalina preparaba un nuevo plato, esta vez de morillas.

## XIV

# EL ATAQUE DE LOS CARNÍVOROS

El padre Castelin no había exagerado. Alquiló el pabellón de caza por un precio mínimo y el grupo Langre-Meyral se instaló en él con diligencia. Además de los muebles, trasladaron a la nueva residencia todos los instrumentos y productos del laboratorio. Aquella instalación en pleno bosque ofrecía una doble ventaja: ponía el cultivo de setas al alcance del grupo y daba a éste una seguridad parcial ante las invasiones de los carnívoros. Era muy poco probable que aquellos grupos perdiesen el tiempo registrando las soledades silvestres; su presa se hallaba en las poblaciones.

Durante algunos días, las sirvientas, Sabina e incluso los hombres fabricaron febrilmente conservas de setas. Las que se destinaban a la familia se prepararon sin trampa ni rebozo, pero Langre, desconfiado, hizo añadir legumbres a las que destinaban a la gente del poblado.

—Hay que hacerles creer en la existencia de una «receta» —argüía—. De lo contrario, vendrán a saquear nuestras reservas... y temo también las indiscreciones que puedan exponernos a Otros peligros.

—Yo no creo en las indiscreciones —replicó Sabina—. La solidaridad de los grupos es demasiado fuerte.

—Y cada grupo contiene seres discretos por naturaleza que dominan a los demás —añadió Meyral.

En el poblado, el carnivorismo revelaba sus síntomas por doquier. Después de haber acumulado provisiones en la villa, Langre y Meyral resolvieron ir a socorrer a los enfermos. Comenzaron por presentarse en casa del cartero, donde el mal se hacía peligroso. El cartero, tras un período de coma, mostraba una exaltación de mal agüero. Recibió a sus visitantes con aspecto solapado y fue necesaria la intervención de Sabina para que se decidiese a tomar el «medicamento». Los efectos fueron más rápidos y más lentos a la vez que en el bosque. Más rápidos, porque después de los primeros bocados, el cartero experimentó una especie de borrachera y se abalanzó sobre las setas para devorarlas; más lentos, porque fueron necesarias dosis considerables para que desapareciese la irritación.

Después de haber devorado numerosos botes de conservas, el hombre fue presa de un entusiasmo que se manifestaba en una ruidosa algazara. Aplicado a los demás miembros del grupo, el remedio demostró ser infalible. Sometieron al tratamiento a todos los habitantes de la aldea... sin un solo fracaso. Entonces la confianza general se desbordó; los «brujos», como llamaban familiarmente a Langre y Meyral, adquirieron una influencia que en el formidable misterio de aquellos momentos, adquirió un aspecto religioso. Dicha influencia se extendió a los caseríos de Vanesse, de Collimarre y de Rougues, que eran como los puestos avanzados del lugar. Pero no fue más allá. Como había previsto Sabina, los grupos conservaban el secreto.

Por lo demás, las comunicaciones eran cada vez más raras y difíciles. Habían dejado de funcionar totalmente los correos, el telégrafo y el teléfono. Lúgubres rumores se esparcían oscuramente de aldea en aldea. Se hablaba de terribles invasiones; se esperaban acontecimientos formidables.

Obedeciendo dócilmente los consejos de Langre y de Meyral, la aldea se fortificó: se excavaron fosos, se alzaron barricadas; limpiaban fusiles, horcas, hachas y cuchillos. En el bosque, el jardinero, ayudado por un grupo de Roche-sur-Yonne, taponó las entradas y estudió a fondo los vericuetos del cultivo de setas y las grutas. Langre y Meyral prepararon explosivos y, cavando en diversos lugares, colocaron misteriosas trampas.

Transcurrió un mes; los temores se fueron debilitando; todos disfrutaban de una salud más estable que de ordinario.

Una noche, Sabina, Langre y Meyral fueron arrancados de su sueño por explosiones que la dirección de la brisa hacía más insistentes.

—Dijérase —observó Meyral, asomado a una ventana— que esto viene de Rougues.

Rougues era el caserío más alejado de la aldea y lindaba con el bosque, a tres kilómetros del pabellón de caza.

La noche era intranquila. Inmensas nubes surcaban el cielo entre el ramaje y una luna trágica se dejaba ver sobre el caos; las sombras, tan pronto cenicientas como plateadas, infundían una extraña palpitación en el país de los árboles, cuya alma emocionante parecía huir a través de la extensión.

A cada minuto que pasaba, la emoción de los que estaban despiertos iba en aumento y se comunicaba al grupo. El jardinero apareció en el umbral de granito; el perro aulló frenéticamente; la cabra baló y el asno dejó oír su gran sollozo ronco, mientras que las aves susurraban en la penumbra...

—¡El horror se aproxima! —susurró Sabina...

—¿Qué haremos? —preguntó Meyral.

Ya no había duda: los carnívoros atacaban el caserío de Rougues. La intensidad de las descargas de fusilería demostraba que los asaltantes eran una multitud.

—¡No podemos permitir que los asesinen! —prosiguió el joven—. Hay que intentar algo... Langre miró a Sabina.

—¡Sí, hay que hacer algo! —dijo ella.

Toda la casa se había despertado, incluso los niños.

—Será inútil —observó Gérard—. Ya es demasiado tarde.

Como para confirmar estas palabras, las descargas cesaron tras algunos sobresaltos.

El bosque se sumió de nuevo en su sueño.

—¡El drama ha terminado! —murmuró Langre.

—¿Pero, cómo?

—Con la derrota del caserío.

—¿De veras? Y aunque así sea, ¿debemos permanecer inactivos? —preguntó Meyral—. Nuestra propia seguridad exige un reconocimiento.

—No tengo nada que objetar a ello —repuso Gérard—. Únicamente tengamos en cuenta que un reconocimiento equivale a abandonar completamente el pabellón. Ninguno de nosotros podría recorrer sólo tres kilómetros, ni siquiera dos.

—Intentémoslo. Yo iré como explorador. El jardinero y su perro formarán un enlace que facilitará mis movimientos. Desde luego, yo no podría llegar a Rougues y ni siquiera lo intentaré, ¡pondría en peligro a todo el grupo! Pero imagino que algunos de estos desgraciados habrán podido huir y su primera idea habrá sido unirse a nosotros.

Dos minutos después, Meyral se dirigía hacia el caserío, con el jardinero y su moloso. La marcha fue relativamente fácil de momento, para hacerse difícil a quinientos metros del pabellón y luego dolorosa. El jardinero se detuvo después de recorrer un kilómetro, bañado de sudor; Meyral continuó su ruta sintiendo palpitaciones y ahogo; mil vínculos tiraban de él hacia atrás, con tanta fuerza que no podía hacer más de dos metros por minuto. Después de recorrer unos mil quinientos metros, se detuvo, agotado; le zumbaba la cabeza desgarrada por la jaqueca; experimentaba en todo el cuerpo dolores lancinantes.

—¡Al menos, habré cumplido con mi deber!

A pesar de las energías que lo rechazaban hacia la casa, esperó diez minutos, tendiendo el oído. Finalmente creyó oír pasos. No tardó en estar seguro... Dos hombres y una mujer corrían bajo la claridad cenicienta.

—¡Corren! ¿Cómo pueden correr? —se preguntó Georges, estupefacto, pues los imaginaba unidos a un grupo.

No tardaron en aproximarse. Al claro de luna, que brillaba por un jirón entre las nubes, Meyral distinguió a dos individuos de edad madura, muy velludos, uno de los cuales recordaba confusamente al rey Luis XI. La mujer, más joven, tenía un rostro fúnebre y enloquecido.

Al reconocer a Meyral, empezaron a proferir roncos gemidos:

—¡Los han matado a todos... a todos! —gritaba la mujer—. ¡Y nosotros también moriremos!

Los hombres, a su vez, proferían fuertes clamores; sus pupilas se dilataban como las de los gatos; un rictus demente fruncía sus labios; se adivinaba que sus organismos estaban perturbados por la ruptura del grupo.

—¡Tratad de seguirme! —les ordenó.

Los cuatro echaron a correr hacia el pabellón: aquella carrera parecía una especie de sedante para los fugitivos de Rougues y para Meyral era una delicia. Encontraron al jardinero que, sin hacer preguntas inútiles, se unió al grupo, hasta que apareció el pabellón. Meyral tardó un cuarto de hora en volver a él; hubiera invertido incluso menos tiempo sin sus compañeros.

Condujeron a los fugitivos a la estancia que hacía las veces de salón. Sus caras

parecían más hurañas, su rictus se acentuaba; les era imposible estarse quietos; uno de los hombres recorría la pieza de arriba a abajo, otro daba vueltas alrededor de una mesa, mientras la mujer movía nerviosamente los pies, dando súbitos brincos y sus ojos revelaban un espanto insoportable. Del relato cortado, balbuceante y caótico que hicieron, se desprendía que una numerosa horda había caído sobre Rougues de improviso. Antes de que los habitantes del caserío hubiesen podido prevenirse, las cuadras y las pocilgas fueron destruidas y los animales muertos o heridos a hachazos. Atraídos por el ruido y aún más por los vínculos que los unían a las bestias, los habitantes de Rougues se echaron a la calle, donde fueron acogidos con descargas cerradas. Los asaltantes, agrupados al principio en torno a las casas, no tardaron en dispersarse y desaparecer. Solamente sus disparos, continuos y mortíferos, los delataban.

Los de Rougues trataron de repeler el asalto. Pero la sorpresa y una bravura insólita, un valor de grupo, vertiginoso, los hacía precipitar todos juntos al asalto de los enemigos. Sus pérdidas, lejos de intimidarlos, los enfurecían; todos ellos, mujeres y niños incluidos, continuaban sus asaltos arriesgados, con la esperanza de llegar al cuerpo a cuerpo con los asesinos y degollarlos. Los atacantes del caserío se batían en retirada, para atrincherarse de nuevo y continuar sus salvas. De esta manera abatieron a las tres cuartas partes de la población. Entonces, en los supervivientes la exaltación fue substituida por un espanto febril y emprendieron la huida sin orden ni concierto, al azar, volviendo muchas veces sobre sus pasos; así, los asaltantes los exterminaron como ciervos en un claro.

—¿Y no tenían animales con ellos? —preguntó Langre.

—¡Los tenían! —respondió el más viejo de los fugitivos, llamado Pierre Roussard—. Los hemos visto, pero los mantenían a distancia.

—Táctica necesaria —observó Meyral—. Los animales serían muertos con mayor facilidad que los hombres... y la suerte de éstos se halla unida a la de aquéllos.

La mujer lanzó un alarido, levantó los brazos como si quisiera asirse a algo y cayó de golpe.

Ya no se movía; estaba rígida, con los miembros extendidos... Su caída provocó misteriosamente la de sus compañeros; pero mientras Pierre Roussard se hundía en un sillón, el otro hombre se desplomó gradualmente en un rincón, donde quedó doblado en dos.

Un viento de espanto pasó por las almas. Durante un minuto, Meyral y Langre permanecieron paralizados. Fue Sabina quien se inclinó sobre la mujer y trató de reanimarla. El cuerpo permanecía inerte, sin respirar.

—¡Está muerta! —cuchicheó Georges.

El corazón de la mujer no latía; un espejo que le pusieron junto a la boca no reveló el menor aliento. En cuanto a los dos hombres, se habían desvanecido, Pierre Roussard menos profundamente que su compañero.

—Ha muerto a causa de la ruptura del grupo —observó melancólicamente Gérard

— y ellos...

No terminó la frase. Un fúnebre estupor dilatava sus pupilas; los estremecimientos del bosque evocaban peligros más espantosos que aquellos de los siglos en que el oso y el lobo devoraban al viajero solitario...

Desde hacía algunos instantes, el perro daba muestras de inquietud. En el exterior, las gallinas cloquearon; las palomas y los pájaros revoloteaban entre los claros de las nubes... El nerviosismo de las bestias se comunicaba a los hombres; todos percibían de una manera fluida la proximidad de algo.

Esta impresión fue en aumento. No tardó en hacerse evidente que varios seres vivos se encaminaban hacia el pabellón. El perro tan pronto gruñía como olfateaba febrilmente la penumbra... Por último se empezó a oír un rumor sordo. Meyral, Gérard y el jardinero se apresuraron a cerrar todas las salidas del pabellón y se armaron... Entre los troncos de los árboles se perfilaron formas humanas.

—¡Quién vive! —gritó Georges.

—¡Somos amigos! —respondió una voz sonora como un clarín—. Somos de Collimarre.

—Es Jacques Franières —dijo el jardinero—. ¿Qué les debe de haber ocurrido?

—¡Nada bueno, a buen seguro! —dijo Gérard.

—¡Por aquí! —gritó Meyral.

Se distinguía ya una horda de hombres, mujeres, niños, ganado, perros, pájaros y pequeños roedores. En cabeza marchaba Jacques Franières, personaje atlético cuyo torso semejante a un barril reposaba sobre dos patas de rinoceronte.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó el jardinero.

—El campo está invadido. Roche y Vanesse están rodeadas —respondió Jacques—. No hemos tenido tiempo más que para refugiarnos en el bosque.

—¡Son más de mil! —gimió con voz lamentable un individuo paliducho.

—¿*Los han atacado?*

—Aún no... se mantienen a distancia.

Lejanos estampidos interrumpieron al labriego. Al principio, débiles e intermitentes, se hicieron furiosos.

—¡Es en el pueblo! —dijo Jacques, prestando oído.

Un largo temblor recorrió los grupos; incluso los animales jadeaban sutilmente penetrados por el terror de los hombres; una inmensa desesperación se cernía sobre todos ellos.

—¡Organicemos la defensa! —dijo Langre.

Su voz era imperiosa; las circunstancias le infundían una fuerza trágica y los rústicos experimentaban su ascendiente, sometiéndose con una docilidad supersticiosa.

Tras una pausa, prosiguió:

—Hay que poner a buen recaudo a las mujeres y los niños. Hay que ocultar también a los animales; es demasiado fácil alcanzarlos; su muerte nos debilitaría

peligrosamente y amenazaría nuestra existencia.

—¡Por suerte, lo que faltan no son cuevas! —exclamó Castelin.

—Los hombres se disimularán detrás de las barreras, las paredes y las trincheras —prosiguió Langre—. Que den un paso al frente los buenos tiradores.

Jacques Franières y otros tres hombres avanzaron. Por otra parte el jardinero había sido cazador furtivo; Meyral había practicado con pasión el tiro durante su adolescencia.

—Haría falta un destacamento en los cultivos de setas —dijo Georges.

Los campesinos se miraron, indecisos. Todos querían quedarse junto a los «grupos».

—¡Es necesario! —prosiguió el joven.

Jacques se decidió.

—Iremos nosotros —dijo—. ¿Qué habrá que hacer?

—Ante todo, disimularos con cuidado... y permaneced quietos... Ya conoce usted el sitio; les será fácil permanecer invisibles... hasta que demos la señal.

—¿Qué señal?

—Cuando la campana del pabellón se ponga a tocar, vosotros empezareis a disparar los fusiles... sin abandonar vuestra protección. Si la campana no funcionase... la reemplazaré tocando una corneta.

El grupo de Franières escuchaba atemorizado.

—No corréis más peligro que nosotros —intervino Langre casi rudamente—. ¡Al contrario! Todos nosotros tenemos interés en exponeros lo menos posible.

Las palabras pronunciadas por el «brujo viejo», el que inspiraba más temor a los ojos cándidos de los campesinos, fueron decisivas y el grupo se dirigió hacia el cultivo de setas.

Un silencio lúgubre reinó después de esta partida y el propio bosque pareció más inmóvil. La brisa había cesado; un vasto *nimbus* cubría la luna y sólo dejaba filtrar una claridad mortecina; pálidos vapores flotaban entre el ramaje y se veían raras estrellas en el fondo de las cisternas abiertas en las nubes. El único rumor era el del lejano fuego de fusilería.

Entre tanto se pusieron a buen recaudo a los animales, a las mujeres y a los niños. Guiados por Langre, Meyral y el jardinero, los tiradores eligieron sus posiciones. Las municiones no faltaban, ni tampoco las armas. Además de los fusiles traídos por los campesinos, el pabellón contenía todo un arsenal de revólveres, de carabinas, de pistolas y de cartuchos. Los malos tiradores recibieron las armas de inferior calidad y las municiones sospechosas. Langre y Meyral prepararon unos petardos que debían estimular el fuego de fusil; habían preparado asimismo bombas de mano fabricadas por ellos y que se utilizarían en el caso de que los enemigos intentasen el asalto. ¿Pero vendrían los enemigos? El bosque, donde podían tenderse tantas emboscadas y que ofrecía tan pocos recursos, no era probable que tentase a las bandas carnívoras. Seguramente lo desdeñarían, si no se habían dado cuenta de la huida de los habitantes

de Collimarre.

Así transcurrió una hora. Nada sugería la proximidad del peligro, aunque los perros, los pájaros y el ganado mostraban cierta agitación; pero la misma podía atribuirse a la inquietud de los hombres, que se contagiaba fatalmente a sus hermanos inferiores.

El ataque a la aldea sufría alternativas, señaladas por las pulsaciones del fuego de fusil.

—La defensa es enérgica —observó Langre, examinando con Georges un juego de conmutadores dispuestos detrás del pabellón.

—Eso redundará en nuestro beneficio.

—Sí, en el caso de que las bandas estén muy concentradas. Pero probablemente no es un ataque concertado y las dificultades del asedio pueden decidir a una parte de los asaltantes a irse a otro lado en busca de suerte.

Hacia un momento que la agitación de los animales se había hecho tumultuosa. Los perros gruñían o emitían bruscos ladridos; los caballos mostraban aquella sobreexcitación que les es particular; los pájaros revoloteaban locamente; dos búhos dejaban oír gemidos fantásticos; los gallos cantaban... Después los perros se pusieron a aullar todos a la vez y los caballos relincharon...

—¡Ya llegan! —gritó un adolescente de aspecto huraño, blandiendo un viejo revólver.

El miedo se esparció rápidamente entre las almas. Pero Langre dijo, con una imponente gravedad:

—¡El valor nos salvará a todos!

En aquella multitud, que la fuerza misteriosa hacía cien veces más sugestionable que las multitudes normales, una confianza ciega sucedió al terror.

—Cada uno a su puesto —continuó el anciano—. Sólo abriréis el fuego cuando yo dé la orden.

Las luces se apagaron una a una; el pabellón y los jardines solamente recibieron la claridad cambiante del cielo; los hombres ocuparon las posiciones que les habían sido asignadas. Armados con fusiles de largo alcance, Meyral y Langre se quedaron en el pabellón, cerca de sus aparatos. La angustia había sido relegada a lo más hondo del subconsciente. Los dos hombres concebían, más que por la inteligencia por todo su instinto y todo su sentimiento, que las emociones *habían* de ser abolidas. Y durante la espera comprobaron sus dispositivos, adoptando las medidas supremas.

Comenzaron a apercibirse voces sordas, gruñidos de animales, rumor de pisadas. Esto procedía del oeste, pero el rumor iba propagándose al norte y al sur. Meyral fue el primero en distinguir siluetas verticales. Avanzaban con lentitud, inseguras y prudentes. No tardaron en multiplicarse. Pronto se pudieron contar unas cincuenta, rápidamente reforzadas por otras que llegaban por los lados. En la retaguardia se entreveían a simple vista y se distinguían claramente con los gemelos, los perfiles de los animales.

Los exploradores no tardaron en detenerse y su parada determinó progresivamente la de todos cuantos los seguían.

—Acaban de descubrir el pabellón —dijo Meyral.

La parada duró muchos minutos. Luego comenzó una lenta maniobra envolvente. De manera continua, los individuos llegados de occidente se dirigían a derecha e izquierda. Este movimiento, clarísimo para Langre y Meyral, resultaba bastante vago para los restantes moradores del pabellón, no tan bien situados y que sólo veían a simple vista. Sin embargo, todos adivinaban que el enemigo se disponía a arrollarlos.

—¿No sería mejor abrir fuego ahora? —gruñó Langre—. La sorpresa podría determinar un pánico.

—Sin duda —replicó Meyral—. Pero, aparte de que sería una lástima matar sin provocación decisiva, al pánico puede seguir una reacción.

—¡Como tú quieras, hijo mío! —respondió el anciano—. Comparto tus escrúpulos... Pero serían censurables si comprometiesen la seguridad de los nuestros y de los que se han puesto bajo nuestro mando.

Interrumpiéndose, asestó su catalejo hacia el sur, donde se formaba una concentración compacta. De pronto, aquella concentración se dirigió hacia ellos; luego una columna desembocó por el norte, sostenida por dos grupos al oeste. Meyral y Langre los veían venir, muy pálidos.

—¡Por la Vida o la Muerte! —susurró Gérard.

Meyral tumo su fusil, mientras el anciano accionaba rápidamente los conmutadores. Varios faros rasgaron la penumbra con sus rayos eléctricos. Sorprendidas por estos bruscos resplandores, las masas enemigas se detenían o se arremolinaban. Crepitaron unas detonaciones; no podían alcanzar a nadie.

—¡Fuego! —ordenó Meyral.

Una salva resonó en los profundos oquedales. Cuatro o cinco asaltantes cayeron. Los demás se ocultaron detrás de los árboles y arbustos.

—¡Alto el fuego!

Los faros se apagaron; un silencio negro, que ni siquiera los animales interrumpían, se abatió sobre el lugar. Apenas si podía percibirse, en dirección a Roche, el rumor de un fuego de fusil expirante. Aquel silencio duró varios minutos. Luego circularon órdenes misteriosas, el bosque se iluminó con la deflagración de la pólvora y un huracán de balas cayó sobre el pabellón.

—¡Cuerpo a tierra! ¡Cuerpo a tierra! —gritaba Georges, ocultándose tras un grueso tabique...

Los faros volvieron a encenderse. Su luz aguda revelaba las emboscadas y los defensores del pabellón solamente tiraban a intermitencias, tanto más invisibles cuando que el brillo de los faros, colocados a cierta distancia de las trincheras, cegaba y engañaba a los agresores. A veces un grito salvaje, un terrible gemido, anunciaban las heridas o una agonía; otras veces un clamor unánime revelaba el furor de los asaltantes. Hasta el momento ningún hombre de Collimarre había sido alcanzado,

mientras que las hordas enemigas ya contaban muchos muertos.

Al principio, Meyral dudó antes de cometer aquel homicidio, pero las peripecias del combate, la sugestión del peligro y los sentimientos solidarios, dispersaron sus escrúpulos. Favorecido por su posición, por la maniobra de los faros y por su destreza natural, derribó a muchos adversarios. El viejo jardinero había hecho tres bajas al enemigo; había otros cuatro tiradores que demostraban ser temibles. Las muertes y las heridas repercutían físicamente a los grupos carnívoros, causándoles dolores ardientes y una especie de embriaguez sombría que se manifestaba en alaridos...

Hubo una tregua. Los carnívoros se inmovilizaron al amparo de los árboles o entre los arbustos; continuaban oyéndose sus quejas o sus amenazas...

—¡Algo están tramando! —murmuró Meyral.

Apagó los faros y, bajo las espesas nubes, las tinieblas cayeron en bloque; la brisa producía un ruido de fuentes entre las frondas...

El sentimiento de un peligro nuevo no tardó en hacer pasar un estremecimiento colectivo a través de los grupos que, poco a poco, se hacía intolerable.

Uno de los focos volvió a encenderse y se puso a girar lentamente. Su luz violeta penetraba a través de las sombras como un haz de gladios. Y así pudieron ver, por el norte, un carro desuncido que avanzaba, cargado de forraje y de hojas; rodaba pesadamente, movido por una fuerza invisible. Inmediatamente Langre y Meyral lo adivinaron: los carnívoros se proponían volar el pabellón.

La maniobra debía de serles bastante familiar, pues la practicaban en el bosque; además, era muy apta para las moradas solitarias. Gradualmente, la atención de los sitiados se fijaba en aquel misterioso armatoste. De momento no les inquietó mucho pero luego, cuando empezaron a surgir los recuerdos en las cabezas, algunos tiradores comenzaron a comprender. Un estremecimiento se propagó de unos a otros y los perros ladraron con frenesí.

—¡Castelin y Bouveroy, disparad contra el flanco y a las ruedas! —ordenó Meyral.

A la izquierda del pabellón crepitó un nutrido fuego de fusilería; los sitiadores respondieron con una ráfaga de balas... y el carro continuó su marcha lenta. Hostigado por los disparos de Castelin, de Bouveroy y de Meyral, se desvió, al reparo de un bosquecillo de jóvenes hayas. No tardó en reaparecer por la derecha, donde protegido por un fuego violento de los carnívoros, avanzaba con mayor facilidad. Los que lo empujaban seguían invisibles.

—¡A las ruedas! —repetía Georges.

Las ruedas debieron de ser alcanzadas, pero ello no produjo efecto alguno sobre su funcionamiento. Finalmente, el carro se encontró a cien metros de las trincheras.

—¡Las granadas... cuando lo ordene! —gritó Langre, mientras el vehículo desembocaba en un espacio descubierto.

Su velocidad era mayor. Meyral asestó a la izquierda todos los faros, lo que guió los disparos y determinó un desvío brusco del vehículo.

—¡Lo van a conseguir! —dijo el joven al oído de Langre.

El clamor de los carnívoros se hizo triunfal.

Estupefactos ante la proximidad del peligro, los defensores del pabellón jadeaban. Una vez más, las luces se apagaron; Meyral buscó un conmutador y lo accionó con mano nerviosa. Entonces brotaron llamaradas lívidas del suelo, una explosión sacudió el bosque, la tierra tembló y se abrió, se elevó una humareda y el carro se desplomó en las tinieblas...

—¡Vivan los grupos! —vociferaban los campesinos, lanzando gritos estentóreos, mientras tres sombras saltaban renqueando sobre el terreno; sólo una consiguió escaparse, pues Castelin y Bouveroy abatieron las otras dos.

El carro era pasto de las llamas. El fuego, al principio rampante, en el seno de los vórtices de humo, se elevaba en láminas escarlata, en festones de cobre, en pesadas ondas de púrpura, proyectando en los oquedales y en el pabellón su vida formidable, sacada del fondo misterioso de las fuerzas en los abismos del mundo creador, en el infierno insondable de los átomos... Un trueno lo hendió; las hayas crepitaron; el carro se esparció en fragmentos chispeantes, hasta la copa de los árboles, y los vidrios de la habitación saltaron.

—¡Las bombas que nos estaban destinadas! —dijo Gérard.

La explosión trastornó hasta lo más hondo el alma de los campesinos; se sentían llenos de fe, y ésta les infundía valor, convirtiéndolos en servidores de la voluntad de Langre y de Meyral y, por su repercusión en los demás grupos, aquella fe alcanzaba un poder unánime sobrenatural.

Los carnívoros contemplaban, al resplandor del incendio, el pabellón pálido y los jardines enrojecidos; oscuras leyendas germinaban en sus cráneos y los aterrorizaban... Luego, en un acceso de rabia, una rabia que nacía de la impresión física de las pérdidas sufridas, exhalaban un gemido fantástico, en el que se confundían el dolor y la excitación, la voz del hombre y la voz de la bestia.

Fue como el embate del mar... Cien hombres frenéticos se lanzaron al asalto del pabellón...

—¡Fuego! —gritó Langre.

Meyral tiraba sin parar; cada uno de sus disparos producía una baja en aquella masa apretada; Castelin, Bouveroy, todos los hombres válidos aceleraban el fuego de fusilería. Pero el impulso de los carnívoros parecía invencible. A la luz de los faros, se veían aparecer las caras, los ojos fluorescentes, las bocas ululantes. Una fatalidad oscura conducía a aquellos hombres y los hacía semejantes a los elementos.

—¡Preparad las granadas! —ordenó el anciano.

Al propio tiempo, dio vuelta a un conmutador. Ardientes humaredas brotaron de la tierra; doce o quince hombres fueron proyectados a lo alto con el humus, las raíces y las plantas; los demás saltaban como lobos, jabalíes o leopardos; uno de ellos mugió:

—¡Al asalto!

Fue el minuto decisivo. El fuego de los defensores crecía constantemente; la campana del pabellón se puso a tintinear redoblando lentamente al principio y después más fuerte. Los más rápidos de los atacantes ya estaban a diez metros de las trincheras, cuando Langre ordenó:

—¡Tirad las granadas!

Los jóvenes de Collimarre se alzaron; uno de ellos, lanzando un grito gutural, hizo girar el brazo y lanzó una primera granada, seguida por muchas otras, que trazaban parábolas luminosas. Todas ellas, al estallar en un agrio estampido, hundían los pechos, abrían los vientres, trituraban los huesos, arrancaban fragmentos de carne y trozos de miembros. Espantosos gemidos se elevaron; el terror aminó el impulso de los carnívoros. Pero la retaguardia, menos sorprendida y que apenas comprendía lo que pasaba, continuó avanzando a saltos. Cuando se puso a tiro, las granadas causaron un horrible estrago en sus filas; se veían rodar los cráneos por el suelo como pelotas; y el tintineo de la campana y los rayos cegadores de los faros aún hacían la escena más siniestra.

—¡Al asalto! ¡Al asalto! —repetían las voces dementes.

La espesura trepidó; una descarga surgió de las penumbras silvestres, mientras el vozarrón de Franières resonaba como el mugido de un toro.

Se produjo el pánico. Un clamor sobrehumano, espantosos jadeos, largos gemidos lanzados por las mujeres, los niños y los animales que habían quedado más atrás... y los carnívoros se desparramaron entre los árboles.

—¿Hay que perseguirlos? —preguntó Meyral.

Langre apenas reflexionó un minuto. Se hallaba dominado por el alma colectiva, que le ocultaba el peligro.

—¡Sí! —respondió.

A los pocos momentos los grupos de Collimarre y los habitantes del pabellón salían en masa. Para prestar mayor emoción a la persecución, los hombres soplaban en los cuernos de caza o en los clarines que habían descolgado de las paredes; una música ronca y demente se esparcía por el bosque.

Pero el acoso era lento, a pesar de haber colocado a los heridos y a los niños a lomo de caballo o buey. Sin embargo, pudieron alcanzar a algunos rezagados que andaban renqueando y que los campesinos fusilaron sin misericordia. Luego descubrieron hombres, mujeres, niños y animales que se desplomaban, presas del mal que había causado la muerte de la mujer de Rougues. Meyral y Langre impidieron que los rematasen.

Además, un acontecimiento considerable hipnotizaba todas las almas: la proximidad de la aldea. Se veían fuegos dispersos, el bullicio de una multitud y se oía fuego de fusiles.

—¡Alto! —gritó Meyral—. Y silencio.

Subió a un pequeño otero y, con ayuda de su catalejo marino, escrutó la extensión. Desde el primer momento comprobó que la defensa del poblado era

encarnizada. Si los agresores habían podido apoderarse de dos casas de labor aisladas situadas en el extremo sur, las trincheras resistían y los asaltos habían sido rechazados enérgicamente. El ataque actual no tenía vigor ni consistencia; una maniobra de diversión oportuna sembraría sin duda el desorden y el desaliento entre los carnívoros... Podían aproximarse a cubierto, hacia Oriente, y atacar al adversario desde lo alto de una cresta, que ofrecía excelente refugio a los tiradores.

Después de examinar a fondo las posiciones del adversario, Meyral descendió de la loma y, llamando aparte a Langre, le expuso su plan.

Gérard lo adoptó con resolución. El sabio vivía en un sueño lúcido, que no hacía más que ampliar el sentido de su personalidad. El miedo estaba abolido y el peligro se convertía en una especie de abstracción. Aquel estado de espíritu, que no excluía la prudencia, coexistía en todos los grupos. Incluso los niños y las mujeres sufrían una sugestión colectiva, que anulaba la sensibilidad acostumbrada.

Cuando Langre dio sus órdenes nadie vaciló en lo más mínimo; los hombres se pusieron en marcha con una serenidad fatalista. Alcanzaron la cresta sin hallar obstáculos: toda la atención de los carnívoros se concentraba en la aldea. Incluso sus animales, cansados de tantas alertas, enloquecidos por las incoherencias de la batalla, sólo manifestaban una inquietud insegura; los vencidos del bosque se habían desviado oblicuamente hacia el norte. El desorden predominaba. Sin embargo aquellas feroces hordas tenían cierta organización, aplicaban algunas tácticas o ciertas astucias, pero su experiencia era limitada y, más que la inteligencia, las conducía el instinto.

## XV

# FIN DE LA BATALLA

Langre y Meyral dispusieron a los tiradores detrás de las crestas. Aquella posición era excelente y difícil de contornear; unos marjales la defendían por la derecha y una cantera por la izquierda. Desde ella se dominaba una terraza en la que se amontonaba el grueso de los sitiadores y se distinguían rebaños y animales ocultos en un enclave, inaccesible para los habitantes de Roche, pero fáciles de alcanzar desde arriba.

—¡No tiréis antes de que yo lo ordene! —les había dicho Langre.

Algunos habían traído consigo bombas de mano; varias mujeres se habían armado antes de salir del pabellón; Meyral sostenía una gran linterna provista de reflector, cuya luz era casi tan potente como la de los faros eléctricos. En aquellos momentos la tenía cubierta.

Todos esperaron. Las nubes se espesaban aún más; unas tinieblas blanquecinas se abatían sobre el lugar, atravesadas por resplandores lechosos por oriente. Había una especie de tregua entre los combatientes, pero desde lo alto de las crestas se discernían algunas hileras de carnívoros que se dirigían a la terraza. Unos fuegos pálidos, algunas salpicaduras de luz, acompañaban las descargas intermitentes.

—Esos bandidos preparar un asalto —gruñó Langre—. ¿Estamos dispuestos?

Meyral distribuía cuernos de caza y trompetas a algunas mujeres y muchachos; sólo debían utilizarlas en el momento en que los hombres de Collimarre abriesen fuego.

De pronto se alzaron clamores, una tremenda descarga partió de la terraza, se oyó resonar una orden y una horda enfurecida se precipitó hacia las barricadas del pueblo.

—¡Fuego! —gritó Langre.

Georges descubrió la linterna y proyectó sus rayos rutilantes sobre los carnívoros. Castelin, Franières, Bouveroy e incluso los tiradores mediocres causaban estragos en las masas bulliciosas. Los cuernos y los clarines sonaron. Una inmensa aclamación se elevó del poblado, seguida de una descarga desesperada. Aturdidos, los asaltantes chocaban entre sí en medio del mayor desorden, arrastrados por su propio ímpetu, arrebatados por remolinos y reflujos, o detenidos por la caída de sus compañeros.

Sin embargo, el ataque no estaba deshecho. Una vanguardia enérgica corría hacia las barricadas de la aldea, seguida por filas hipnotizadas. El centro giraba como un extraño remolino. En la retaguardia, un hombre de elevada talla vociferaba señalando las crestas. Una bala le había arrancado casi totalmente una oreja y él vociferaba, exasperado:

—¡Tomemos la colina!

Poco a poco, su fiebre se contagiaba a los demás; varias voces roncas bramaron; la sugestión creció y se hizo irresistible; varias bandas enfurecidas ascendían hacia las gentes de Collimarre... El fuego de fusil redobló. Cada disparo de Meyral o de

Castelin daba en el blanco; Franières y Bouveroy hacían también muy buena faena; la cacofonía de los cuernos y los clarines parecía la voz discordante de la tierra... Pero los asaltantes continuaban subiendo.

Si conseguían precipitarse sobre sus adversarios antes del período de depresión, éstos serían aplastados inevitablemente. La empinada cuesta, erizada de obstáculos, retardaba su marcha; a veces, los carnívoros parecían agotados, pero luego continuaban la ascensión y la gran linterna iluminaba perfiles hoscos, ojos de lobo y fauces abiertas... El grupo que iba en cabeza no tardó en aproximarse. Avanzaba lanzando jadeos y se apretujaba en una especie de hueco, entre dos orillas de bloques.

Este movimiento estaba previsto. Langre, atento, esperó a que el desfiladero estuviese lleno de hombres y entonces ordenó:

—¡Ahora vosotros, Gannal, Barraux y Samart!

Aquellos tres hombres tenían bombas de mano preparadas. Se levantaron calmosamente y apuntaron. Los proyectiles describieron sendas parábolas, cayeron sobre la multitud acumulada en la oquedad y rebotaron en fragmentos llameantes. Un clamor lúgubre y aullidos de espanto se elevaron, mientras se veían cuerpos jadeantes, miembros dispersos y oleadas de un líquido púrpura: el ataque de la vanguardia había sido desbaratado... Pero detrás venían corriendo otros hombres, rodeando los bloques y presentándose en dos hordas, sobre los flancos de la gente de Collimarre. Una tremenda descarga los acogió y después, cuando Langre dio la orden, Barraux, Gannal y Samart lanzaron nuevas bombas de mano. El efecto fue horrible; rompió el impulso del ala izquierda, y hacia la derecha, unos treinta individuos no cejaban en su empeño por escalar la cresta. Las últimas granadas rebotaron en las rocas... y seis o siete asaltantes consiguieron alcanzar las crestas. Uno de ellos giró sobre sus talones y cayó; los otros avanzaban con un jadeo. El colosal Franières los hendía a hachazos; Barraux, Gannal, Samart, Bouveroy y otros diez los atacaban con horcas, manejaban pesados garrotes o hacían molinetes con sables de caballería; Meyral golpeaba a los asaltantes con la culata de su arma... Aquello señaló la victoria. A lo largo de la cuesta, los supervivientes huían vertiginosamente y, en la cresta, los últimos atacantes sucumbieron.

Aunque muchos de ellos estaban heridos, los hombres de Collimarre lanzaron un largo grito de victoria, al que respondió un clamoreo procedente del poblado. Meyral, Franières, Bouveroy y Castelin ya disparaban contra las masas carnívoras y su intervención fue decisiva. El ataque contra las barricadas de Roche, que hasta entonces era violento, menguó; el ala derecha retrocedió bajo un fuego implacable; el ala izquierda interrumpió su avance. Langre asestó a dicha ala los rayos penetrantes del faro y ordenó que todo el fuego se concentrase contra ella, mientras empuñaba un clarín y tocaba desesperadamente. Esta maniobra coincidió con el período de abatimiento de los carnívoros y la desbandada se propagó magnéticamente del este al norte y del sur al occidente. Para acelerarla, Gérard dispuso una veintena de hombres y les ordenó que descendiesen hasta el desfiladero. El efecto fue decisivo. Cuando

aquellos hombres aparecieron en las crestas, los pocos asaltantes que aún vacilaban creyeron ver una multitud y se batieron en retirada. Al principio dispersa, la masa de los carnívoros se reunió hacia el norte, para desaparecer lentamente en las tinieblas nacaradas. De vez en cuando, un hombre o un cuadrúpedo giraban sobre sí mismos y se desplomaban, fulminados por el mal misterioso que Meyral llamaba el «mal de ruptura», o bien un pájaro tras un vuelo vacilante caía al suelo...

—¡Estamos salvados! —bramó Franières.

Su grito sonó como una música de esperanza. La alegría unánime, comunicándose de un ser al otro, provocaba la risa de las mujeres y los niños, hacía estremecerse a los cuadrúpedos y una bandada de palomas, de gorriones y de murciélagos giraba como un torbellino alrededor de las crestas.

De pie sobre las barricadas, los defensores de Roche-sur-Yonne aclamaban a Langre, Meyral y los hombres de Collimarre.

## XVI

### ROCHE-SUR-YONNE

Aquella noche salvó a los habitantes de Roche-sur-Yonne, de Collimarre y de Vanesse. Los carnívoros derrotados no intentaron ninguna nueva ofensiva; se desparramaron hacia el norte, donde encontraron hordas parisinas que los aniquilaron y los devoraron. De vuelta a la aldea, Langre y Meyral organizaron su defensa para hacer sus barricadas y atrincheramientos inaccesibles para las bandas que recorrían la comarca, ninguna de las cuales era considerable. Dos o tres de aquéllas bandas iniciaron un ataque nocturno, pero retrocedieron ante el resplandor de los faros, cuyo número y brillo hacían suponer una guarnición importante y medios de defensa temibles.

Como las pérdidas sufridas habían sido mínimas, salvo en el caserío de Rougues, los grupos afectados sólo experimentaron sufrimientos intolerables, que no ocasionaron ninguna muerte. La cosecha de setas bastaba para yugular el carnivorismo. El estado sanitario era mejor que en tiempo normal. El vínculo sobrenatural que unía a los grupos adquiría un encanto que la costumbre no hacía más que aumentar. Entre Langre y Meyral la colaboración alcanzó un grado de unidad extraordinario.

Si bien sólo podía hablarse de telepatía en lo tocante a algunas sensaciones, era inevitable que de la conexión nerviosa terminasen naciendo pensamientos idénticos. Era tan frecuente que ambos físicos tuviesen la misma idea o la misma intención, que les resultaban imposible averiguar si un descubrimiento pertenecía a Langre o a Meyral. Ya no lo intentaron; se abandonaban al placer de una solidaridad que decuplicaba sus facultades inventivas. Sus descubrimientos crecían en número y en profundidad.

Esta última tan pronto los exaltaba como los unía en una especie de éxtasis. Después de numerosos tanteos habían creado una solución coloidal, cuya substancia activa se había obtenido de las esporas de un agárico venenoso. Preparada en condiciones particulares, aquella solución parecía perfectamente isótropa. Pero al ser atravesada por las líneas que unían entre sí los miembros del grupo, desdoblaba débilmente los rayos luminosos, especialmente las radiaciones violeta. Si la probeta o el recipiente que contenía la solución se encontraba entre Langre y Meyral, el desdoblamiento era apenas discernible, haciéndose más aparente cuando varias personas se hallaban reunidas en el laboratorio; y de manera particular cuando dichas personas se colocaban de manera que las líneas atravesasen paralelamente el líquido. Desde las primeras experiencias, los sabios se convencieron de que no se trataba propiamente de una doble refracción, sino de hechos que admitían comparación con los que habían sucedido a la Catástrofe Planetaria.

Durante una semana, no se realizó ningún nuevo descubrimiento. Langre y

Meyral se esforzaban por aumentar la intensidad del fenómeno. Lo consiguieron colocando a seres humanos y animales en dos filas.

No tardaron en hacer una nueva observación, concerniente a las radiaciones violeta, se debilitaban sensiblemente cuando la acción de las líneas de comunicación era muy enérgica y cuando dichas radiaciones tendían a formar ángulo recto con aquellas líneas.

Prolongando la experiencia, se consiguió determinar la desaparición de una ligera zona de rayos violeta.

—¡Entramos en el terreno de las energías desconocidas! —exclamó Langre, que temblaba de alegría.

Meyral estaba tan exaltado como su viejo maestro. Prosiguieron su tarea con entusiasmo; ampliando su campo de experiencias, recurrieron a otros tres grupos, elegidos en la aldea entre aquellos que contaban con la mayor proporción de seres humanos. La zona de transformación se amplió, consiguiéndose la desaparición de un gran haz de rayos violeta, un debilitamiento notable de los rayos índigo y una ligera decoloración de los rayos azules. En suma, los dos físicos casi reproducían las fases de la Catástrofe Planetaria.

A pesar de sus reiterados esfuerzos y los ingeniosísimos dispositivos que emplearon, no pudieron hacer desaparecer positivamente los rayos azules ni los rayos verdes, pero hicieron otros descubrimientos.

El primero de ellos demostró que, sometida durante mucho tiempo a la acción orientada de los grupos, la solución coloidal conservaba señales duraderas de la experiencia. Prolongando las poses, constataron, con ayuda de la luz roja, que en el líquido persistían unas líneas parecidas a filamentos. Estas líneas eran la reproducción más débil de las líneas que unían entre sí a los individuos de un mismo grupo. A fuerza de ingeniosidad y de paciencia, consiguieron aumentar su visibilidad, y, sin duda, su diámetro. A la sazón ya era posible percibir las con ayuda de rayos anaranjados e incluso de rayos amarillos de los menos refrangibles; pero los demás rayos no parecían ejercer ninguna acción sobre ellas.

—¡Sin embargo, no hay duda de que dicha acción existe! —decía Georges.

Efectivamente, existía. Una serie de experimentos particularmente sutiles demostró que los filamentos debilitaban las ondas violeta.

—¡Debilitar o hacer desaparecer, da lo mismo! —observó Meyral—. El caso es que obtenemos líneas de fuerza fijas que tienen las propiedades del fenómeno misterioso.

Una última tentativa, hecha con ayuda de un haz muy suelto de rayos violeta, captados en las cercanías de la zona ultravioleta, dio por resultado la desaparición del haz.

—Un paso más —suspiró Langre, siempre más exaltado que su compañero.

Dieron aquel paso. Una de las soluciones, que había hecho desaparecer una cantidad relativamente considerable de radiaciones violeta, comenzó, después de

haber estado aislada durante quince días, a desprender una cantidad insólita de energía eléctrica y calorífera.

—Reversibilidad indirecta —murmuraba Langre con recogimiento.

—Y que explica el período de exaltación —añadió Georges—. Mi querido amigo y maestro, creo que estamos llegando al límite... ¡Hemos sobrepasado nuestras más locas esperanzas! No solamente hemos conseguido reproducir el fenómeno en sus líneas generales, sino que conseguiremos conservar una forma estable del mismo... tan estable como nuestras formas materiales. ¿No deberíamos concluir ya?

—¡Si, debemos concluir... hemos triunfado! —exclamó el fogoso Gérard.

Se interrumpió; de la calle llegaba un rumor creciente.

—¡El cartero! —dijo Georges, que se había acercado a la ventana—. Cualquiera diría que trae correspondencia.

—No irás a decirme que se ha reanudado la vida social —observó Langre con tono incrédulo.

—¡Un periódico!

Cesarina les traía el *Temps*, impreso en cuatro pequeñas hojas. Los dos hombres contemplaron aquel mensaje social con un extraño enternecimiento. ¿Señalaría aquello el final de la era maldita, el retorno de la armonía humana, o solamente sería un claro entre las ráfagas?... Desde hacía quince días, la comarca estaba tranquila; ya no se veían bandas, pero ningún grupo se atrevía a aventurarse por los campos y los pueblos, que la guerra carnívora había convertido en desiertos o en lugares temibles.

Le *Temps* anunciaba que el flagelo estaba en plena regresión. El carnivorismo se extinguía; en Francia, sólo debía de subsistir en algunos distritos lejanos. Su desaparición había sido rápida, incluso brusca, y coincidía con un aflojamiento sensible de los vínculos solidarios; por doquier se constataba un resurgimiento de la energía individual; algunos grupos de la Auvernia y de la Turena manifestaban síntomas de disolución; la existencia normal tendía a reanudarse en las grandes ciudades; los ferrocarriles circulaban con intermitencias; las principales líneas telegráficas funcionaban varias horas al día; se imprimían periódicos en París, en Lyon, en Marsella, en Burdeos y en Lille. Pero las pérdidas que había provocado el carnivorismo parecían ser inmensas. En París, la quinta parte de la población había sido inmolada o había perecido a consecuencia de las matanzas; se señalaban pérdidas igualmente graves en el Lionés, más graves aún en algunas grandes ciudades y algunos territorios extranjeros. *Le Temps* calculaba que las pérdidas ascendían en promedio a una décima parte de la población europea.

—¡Hemos sido prodigiosamente favorecidos! —dijo Meyral.

El anciano sabio observó:

—¡Gracias a nuestro régimen y a nuestra victoria sobre los carnívoros! Por el contrario, nosotros no constatamos todavía la menor disminución en la cohesión de nuestro grupo ni de los demás grupos del pueblo.

—Temo que esto también sea una consecuencia del régimen. Sin duda, nuestro

retorno a la normalidad será más lento que en otras partes.

—¡Diablo! —exclamó Langre, que parecía preocupado.

Todos los días las noticias se hacían más favorables. El vínculo sobrenatural que trababa a las sociedades se deshacía rápidamente; la acción individual volvía por sus fueros; reaparecieron automóviles en las carreteras, numerosos trenes circulaban ya por las vías; los correos, el telégrafo y los teléfonos funcionaban con cierta regularidad; algunos aviones planearon sobre las tierras devastadas; los periódicos se multiplicaron; se inició de nuevo el cultivo de la tierra; fábricas y talleres volvieron a abrirse uno a uno. En primavera, sólo quedaban restos dispersos del «grupismo», y únicamente en los medios donde el mal se había mostrado benigno. En estos medios había personas que manifestaban un notable aflojamiento del vínculo colectivo; otros grupos, muy raros, no mostraban ninguna mejoría importante. No tardó en saberse que esta persistencia coincidía con un régimen especial, a saber, el que Meyral había introducido en Roche-sur-Yonne. Es curioso constatar que los grupos rezagados no experimentaban ningún sufrimiento e incluso disfrutaban de singulares privilegios: hombres y animales parecían invulnerables a las enfermedades parasitarias, de manera que la mortalidad era pequeñísima. En Roche y Collimarre solamente se constató, durante aquel invierno, la defunción de un anciano.

Sin embargo, Meyral y especialmente Langre sentían ciertas inquietudes, que de todos modos sólo se manifestaban a intervalos. En cuanto a la gente del lugar, tras un período de desconfianza, se tranquilizó. Su situación no tenía nada de desagradable; todos realizaban igualmente sus tareas; los animales domésticos trabajaban como antes, incluso mejor. Por el momento, los rústicos lo atribuían todo a los «brujos»: su fe, causa de las repercusiones colectivas, era casi religiosa.

En un sentido, esta situación complacía a los físicos, pues les permitía llevar hasta el fin sus experimentos, comprobarlos en sus menores detalles y multiplicar las pruebas. Las memorias de Roche-sur-Yonne revolucionaban el mundo científico. Aunque en algunos puntos coincidían con sabios ingleses, alemanes, americanos, españoles y rusos, Meyral y Langre dejaban muy atrás las más sutiles investigaciones de sus rivales. Y cuando anunciaron una comprobación oficial de sus descubrimientos, todas las academias del mundo enviaron delegados. La fecha de la sesión se fijó para el 20 de abril.

A partir del 15, empezaron a llegar personalidades deseosas de procurarse una plaza. Del 17 al 19, Roche-sur-Yonne se llenó de una población que la diversidad de su origen hacía heteróclita. Pequeños japoneses de tez amarilla, flacos hindúes color canela, mulatos y negros se cruzaban en la calle con inmensos escandinavos, alemanes miopes, rudos anglosajones, impacientes italianos o eslavos flexibles.

Fue necesario disponer los aparatos en los jardines, bajo cobertizos que los protegían de los rayos solares. Para las experiencias, que exigían una penumbra, los espectadores se vieron obligados a desfilar por pequeños grupos.

Al principio, algunos espectadores, especialmente los que también pretendían

haber realizado notables descubrimiento, mostraban cierto escepticismo. Poco a poco el asombro y la admiración aumentaron, hasta convertirse en verdadero entusiasmo. Los dos hechos capitales —la destrucción de los rayos violeta y la conservación de las líneas de fuerza— exaltaron positivamente al docto auditorio.

Cuando Langre les ofreció el resumen de las investigaciones realizadas en Rochesur-Yonne, los sabios reunidos prorrumpieron en continuas ovaciones. Pero el discurso fue escuchado en silencio:

—Ya no podemos abrigar la menor duda acerca de la naturaleza de la catástrofe que ha estado a punto de destruir la vida animal de nuestro planeta. Un huracán de energías ha barrido la extensión que nos rodea, pero estas energías sólo tienen lejanas analogías con las nuestras. Con todo, las analogías existen puesto que nuestras energías han experimentado durante el paso del ciclón interestelar, ciertas modificaciones que, para algunas de ellas, significaron una auténtica destrucción. Los experimentos que el concurso de una serie favorable de circunstancias nos ha permitido llevar algo más lejos que nuestros gloriosos colegas, nos han hecho ver que dichas destrucciones no fueron más, en definitiva, que metamorfosis. La prueba general de ello ha estado representada, después del cataclismo, por esta gran afluencia de energías que prestó una lozanía extraordinaria a la vegetación y que determinó en los hombres una sorprendente exaltación vital. En cuanto a la prueba particular, señores, hemos tenido la suerte increíble de producirla aquí; nos hallamos convencidos que es más decisiva que la anterior. Del conjunto de nuestras comprobaciones, nos atrevemos a deducir que las energías incidentes comportan, además de formas inimaginables, un gran número de oscilaciones longitudinales, o más bien helicoidales, con la particularidad de que la parte transversal de las ondas es excesivamente reducida. Cuando dichas ondas chocan con las ondas luminosas, se produce un conflicto que, si se prolonga lo suficiente, da por resultado la desaparición de las radiaciones ultravioleta, violeta, índigo, azules e incluso verdes.

»Estas diversas ondas son literalmente vencidas por las ondas desconocidas. No ocurre otro tanto con las ondas amarillas, anaranjadas, rojas e infrarrojas. Las ondas amarillas resisten al ataque; las ondas anaranjadas, rojas e infrarrojas incluso hacen más: salen vencedoras en la lucha, consiguiendo transformar una parte de las radiaciones desconocidas. Así, hemos observado, junto con ilustres colegas, que durante la catástrofe planetaria las zonas rojas y anaranjadas acusaban un ligero aumento en su brillo. Diversos fenómenos de fluorescencia han demostrado que en el caso del infrarrojo ocurría lo mismo; no obstante, más allá de cierta longitud de onda, parece ser que el fenómeno cambia de signo.

»El conflicto entre los rayos rojos y las ondas desconocidas es particularmente cautivador, porque es el que mejor se revela a los ojos del observador. Observamos, en efecto, que las líneas de fuerza que unen a nuestro grupo se hacen perceptibles cuando se someten los puntos por donde pasan a la luz roja. Esta perceptibilidad es indirecta: surge del conflicto de las ondas... pues las radiaciones rojas forman una

especie de funda alrededor de las líneas de enlace, que no son más que haces de ondas helicoidales.

»Son muy numerosos los procesos que permanecerán siempre en la oscuridad para nosotros... como, por ejemplo, la acción ejercida por las energías misteriosas sobre los fenómenos químicos, pero podemos esperar —y estamos realizando actualmente experimentos sobre ello— proporcionar algunas sugerencias sobre las perturbaciones sufridas por las diversas formas de energía restantes. En el estado actual de la cuestión, es mejor dejar para más adelante el estudio de estos delicados problemas.

»Vamos a abordar ahora, señores, el más inquietante de todos estos enigmas: me refiero a esta sorprendente serie de fenómenos orgánicos que encantaron y espantaron sucesivamente a nuestra especie. Los hechos que se presentan a la observación y a la experimentación científica son de dos clases: unos fisiológicos y los otros sicoquímicos. Apenas hablaremos aquí de los primeros, que no son de nuestra competencia. Sin embargo, no podemos por menos de citar las curiosas propiedades que tuvieron las setas respecto al carnivorismo, y los efectos notables de nuestra solución coloidal, preparada con esporas de un agárico venenoso. Hay en ello indicios que interesan no sólo al fisiólogo, sino a todos aquellos que se ocupan de la físico-química. En cuanto al grupismo en sí, si bien por una parte continúa siendo un misterio, al parecer, por otra parte es indudable que depende de un doble medio orgánico: el medio orgánico terrestre y un medio orgánico exterior. Dicho de otro modo, el hombre y los animales han sido un caldo de cultivo, desfavorable sin duda, pero posible, para gérmenes venidos de los espacios interestelares. Nos está permitido conjeturar que en cada grupo animal y humano hizo presa uno de estos gérmenes, o sea un ser viviente. Los individuos que así se desarrollaban a expensas nuestras dependían fatalmente del medio energético que fue tan nefasto para la luz. Sólo conocemos con cierta aproximación dos de los elementos de que se componen nuestros prodigiosos parásitos: 1.º, las manchas, que principiaron por señalar el mal; 2.º, las redes de enlace. Todo conocéis las propiedades físicas de las manchas. No muestran el menor parecido con nuestra materia y, sin embargo, se comportan como cuerpos sólidos. Yo añadiría cómo cuerpos ultrasólidos, puesto que resisten a cualquier medio de destrucción o incluso de deformación. Parecen tan perfectamente permeables a todos nuestros cuerpos que podría creerse que la impermeabilidad no existe para ellas. No hemos podido descubrir en estas manchas ninguna apariencia de masa, pero se extienden en todos sentidos. Deben de contener ondas análogas a las que describen los rayos violeta y avivan las radiaciones rojas, pues hacen palidecer ligeramente los primeros y aumentan un poco el brillo de las segundas. En conjunto, dijérase que nos enfrentamos con energías estabilizadas<sup>[2]</sup>. Las mismas observaciones son válidas para los haces de ondas que unen entre sí a los individuos de un mismo grupo; lo que antecede se aplica a ellos de una manera aún más precisa y sorprendente. En este caso, en efecto, no sólo obtenemos un debilitamiento de los

rayos violeta, sino su destrucción, con tal de que tomemos únicamente en consideración un pequeño haz de radiaciones. Además, aquí se pone de manifiesto también la acción de los rayos rojos. Por último, en nuestras soluciones coloidales conseguimos inmovilizar haces de radiaciones, exactamente como podríamos inmovilizar corrientes de fluidos, o sea solidificándolos mediante un procedimiento cualquiera. A partir de aquí, apenas se puede negar ya que los huracanes de energía que barrieron la superficie terrestre poseían formas permanentes, comparables a las formas; de nuestros cuernos sólidos. ¿Nos da esto derecho a llevar más lejos la analogía? No lo creemos así. Entre las energías desconocidas y nuestro sistema energético-material existen tales diferencias, que los mismos términos no pueden aplicarse a ambos modos de existencia, a pesar de que dichas analogías son reales, puesto que vemos como por una parte nuestras energías son absorbidas y transformadas por las energías invasoras y, por otra parte, cómo éstas —más débilmente, es cierto— son absorbidas y transformadas por nuestras propias energías. Así, la fase de exaltación que siguió a la fase depresiva de la catástrofe es una recuperación parcial de las formas de energía perdidas.

»Permitidme, señores, que termine con una hipótesis que, por nuestra parte, consideramos como el imperioso corolario de la observación y la experiencia. Considerando que el huracán interplanetario tuvo aparejado un ciclo de fenómenos que, por una parte, es análogo, si bien de lejos, a nuestros fenómenos físicoquímicos, y que por otra parte es también análogo, aunque de más lejos aún pero con toda seguridad, a nuestros fenómenos orgánicos, podemos decir que lo que chocó con nuestro planeta fue UN MUNDO o el fragmento de un mundo. Es evidente que ESTE MUNDO pertenece a un sistema muy diferente de nuestros sistemas solares. De ello no hay que deducir que forme parte de sistemas situados fuera del espacio que ocupa la Vía Láctea y las demás nebulosas<sup>[3]</sup>. Es posible que en nuestro espacio coexistan diversas especies de universos, ora susceptibles de actuar parcialmente entre sí, ora de una indiferencia e incluso de una permeabilidad mutuas casi totales. En este último caso, la coexistencia de universos, por próximos que se hallen, no dará lugar a ningún trastorno perceptible, mientras que en el primer caso serán posibles cataclismos proporcionales a sus analogías. El mundo que acaba de atravesar nuestro sistema no tenía bastantes analogías con el nuestro para destruir a nuestra Tierra (la masa planetaria no parece haber sufrido ninguna modificación grave), pero tenía las suficientes para atacar nuestras energías superficiales y amenazar la vida. Un mayor grado de analogía, o un paso menos rápido de la catástrofe, y toda la vida animal hubiera desaparecido de la Tierra.

»Sea como fuere, planteamos la hipótesis de que hemos sufrido el choque con un mundo, incapaz de comprometer la existencia de nuestro globo y ni siquiera de perturbar su marcha, y que este mundo posee, como el nuestro, un reino orgánico.

»Concluiremos con unas palabras de consuelo: es improbableísimo que semejante accidente se reproduzca, al menos antes de miles de millones de años... y los

residuos de energías y de seres desconocidos que aún persisten entre nosotros, han dejado de ser peligrosos. Las últimas experiencias realizadas con los grupos de Roche-sur-Yonne, de los que formamos parte, parecen decisivas al respecto; los organismos parasitarios están condenados. Merced a nuestro sistema instrumental, perfeccionado por una serie de felices circunstancias, podemos calcular en cierto modo las curvas de disminución. Nuestra alimentación especial nos protege de las crisis e incluso éstas son ya menos temibles: las tramas siguientes que nos envuelven solamente nos amenazarían gravemente si intentásemos una separación prematura; debemos esperar a que estas tramas se rompan por sí mismas. ¿Hace falta decir, señores, que esperamos que llegue este momento sin la menor impaciencia y que incluso deseamos que tarde aún algunos meses? En Roche-sur-Yonne solamente hemos sufrido —y débilmente— durante un tiempo muy breve; diversas circunstancias excepcionales nos evitaron las pruebas que agobiaron a la inmensa mayoría de nuestros semejantes... Nuestra solidaridad ha terminado por ser tan dulce que incluso la echaremos de menos cuando finalmente reconquistemos nuestra independencia individual... y mi egoísmo de sabio me la hará echar de menos más que nadie, pues es evidente que ha favorecido de una manera extraordinaria mi colaboración con Georges Meyral. Sin embargo, no duden ustedes, señores, de que nos embarga una íntima alegría al ver a la familia humana libre al fin de la más espantosa pesadilla que ha conocido, desde los tiempos en que nuestros antepasados encendieron los primeros fuegos y balbucearon las primeras palabras.

Una inmensa ovación resonó en los jardines, todos se apretujaron en torno al sabio y el anciano Whitehead, cargado de años y de honores, abrazó efusivamente a los dos físicos, declarando:

—La posteridad colocará a vuestros descubrimientos entre los más sorprendentes que ha realizado el genio de nuestra especie.

Resonaron estruendosas aclamaciones, las manos se agitaron tumultuosamente, un entusiasmo sin límites encendía todas las pupilas y Langre, con los ojos bañados en llanto, sintió que aquella gloria de la que ya había desesperado durante sus tiempos de prueba, le había sido otorgada finalmente, para no serle arrebatada jamás.

## XVII

### SABINA

Sabina avanzaba bajo las hayas rojas, con paso soñador, y cuando salió de la sombra, pareció estar muy cerca de las hermosas nubes que se reunían en occidente. La luz era extraña y variable; la brisa agitaba las copas de los árboles y Sabina, contemplando el río y su noble alameda, saboreaba la vivificante tibieza del viento. El fervor de las jóvenes razas levantaba su pecho; la vida ya no le parecía una selva llena de añagazas y agitaba con valentía sus largos cabellos.

Mientras se abandonaba al extraño país de los sueños, notó que alguien se acercaba y se volvió. Meyral salía de la penumbra. Avanzaba con una especie de temor; sus grandes ojos claros no se atrevían a posarse sobre la joven. Ella lo vio venir. Cuando estuvo cerca, Meyral murmuró:

—¡Dentro de pocas semanas seremos libres!

Cierta melancolía cruzó por sus semblantes. Los vínculos que les habían unido durante largos meses se habían hecho tan débiles, que sólo los sentían ya en las horas de exaltación. En aquel minuto, en la brisa sordamente tempestuosa, ante aquel paisaje de la vieja Francia, ambos comulgaron en idéntico pesar.

—Yo no puedo alegrarme de ello —respondió Sabina—. Me parece como si fuese a quedarme sola. —Bajando la cabeza, añadió en voz baja—: ¡Amo al ser misterioso que nos une!

—¿No es verdad? —dijo él, con su voz mística—. No puedes imaginarte cuán triste estaba hace un momento, al pensar en los frágiles vínculos que aún nos unen; me ha parecido sentir las pulsaciones de agonía de Aquél en quien vivimos: se me ha helado la sangre en las venas.

—¡Y yo lo he sabido! He compartido tu sufrimiento.

—Si no por conocerlo, al menos hemos terminado por vivir en parte según su naturaleza. Esto extraña extensión donde él existe, esta extensión sin superficie ni profundidad, que yo siento bien, y esta duración alternativa, cada latido de la cual remonta en parte hacia el pasado... Llevo en mí su ritmo *pleno*, su ritmo que renueva todas nuestras ideas sobre la esencia de las cosas...

—¡Ah! —exclamó la joven—. Lo que sobre todo me impresiona es su tristeza. Él sabe que está desterrado, en un exilio eterno, separado de su mundo por un infinito inexpresable. Su dolor se refleja en mí y yo de momento lo ignoraba, pues empezaba por ignorar su propia existencia. Luego, se estableció comunicación entre nosotros y ahora pienso y vivo con él.

—¡Él también nos ignoraba!... ¿No es verdad que una de nuestras sensaciones más sorprendentes consiste en darse cuenta de que él va poco a poco adquiriendo consciencia de nuestra existencia y uniéndose a nosotros... tomándonos afecto quizá?

—¡Oh, sí! —suspiró ella—. ¡Cuán sensible nos resulta su dolor! Y qué poético

resulta...

—Solamente la música de los grandes maestros podría dar una lejanísima impresión de ello, si se hiciese absolutamente interior, penetrando en todos los nervios hasta sus más misteriosas profundidades... Reinó un largo silencio. Luego ella miró a Meyral de hito en hito. Sus corazones latieron al unísono.

La joven prosiguió con un acento un poco ronco y brusco:

—Sé también por qué me has seguido.

—¡Sabina! —dijo él con voz temblorosa—. Estaba resignado... puedo estarlo aún, pero por favor, no me des vagas esperanzas... ¡El despertar sería abominable!

Ella sólo vaciló un segundo antes de decir:

—¿Y si yo quisiera demostrar que te tengo confianza?

—¡Oh! —exclamó él con una alegría que podía convertirse en dolor a la menor señal—. ¡No me dejes entrever nada, si no me amas!

Ella le sonrió con tierna malicia femenina; un inmenso estremecimiento recorrió el cuerpo de Meyral. Toda la belleza del mundo pasó en un huracán de amor; inclinado ante ella, temeroso y valiente, dijo con voz quebrada:

—¿De veras? ¿No te equivocas?... ¿no será simple compasión?... Yo no quiero compasión, Sabina.

Ella le tomó la mano e inclinándose hacia su cara suplicante, susurró:

—Creo que seré feliz... —Lo serás, Sabina —suspiró él.

El pasado ya no existía; mejor dicho, el minuto presente contenía toda la vida, todo el tiempo y todo el espacio. Él permaneció un momento postrado de hinojos sobre la tierra sagrada donde se alzaba Sabina; la religión de las razas le henchía el pecho y cuando la gran cabellera rubia acarició sus labios, supo que su destino se había cumplido.



JOSEPH HENRY HONORÉ BOEX, (Bruselas, Bélgica, 17 de febrero de 1856 - París, Francia, 15 de febrero de 1940) es un escritor belga considerado, junto a Wells y Verne, como uno de los fundadores de la ciencia ficción moderna.

Durante más de 20 años compartió el seudónimo J.-H. Rosny con su hermano menor Séraphin Justin François Boex con el que escribió en colaboración cuentos y novelas, abordando temas naturales, prehistóricos y fantásticos, así como algunas obras de divulgación científica.

Terminada amistosamente la colaboración con su hermano en 1909, Joseph Henry continuó escribiendo bajo el nombre de J.-H. Rosny aîné [ó comunmente (Aîné)], («el mayor»), en contraposición a su hermano que pasó a conocerse como J.-H. Rosny jeune, («el menor»).

Joseph Henry Honoré Boex, es el más conocido de los dos hermanos por lo que obras producto de la colaboración de ambos suelen ser atribuidas por error solamente a él.

J.-H. Rosny aîné falleció a las 83 años en París.

# Notas

[1] En español en el original. <<

[2] Como el lector no ignora, nuestra materia está considerada por ilustres sabios modernos como *un simple complejo de energías*. (N. del T.) <<

[3] Langre emplea aquí el termino «nebulosa» en su doble sentido (N. del A.) Para el de universo estelar o universo-isla se emplea actualmente el termino «galaxia» (N. del T.) <<